Muerte y Vida en Morazán

Testimonio de un sacerdote

María López Vigil

UCA editores



MUERTE Y VIDA EN MORAZAN

Alfonso Villalta
junio/87.–

MARIA LOPEZ VIGIL

Muerte y vida en Morazán

Testimonio de un sacerdote

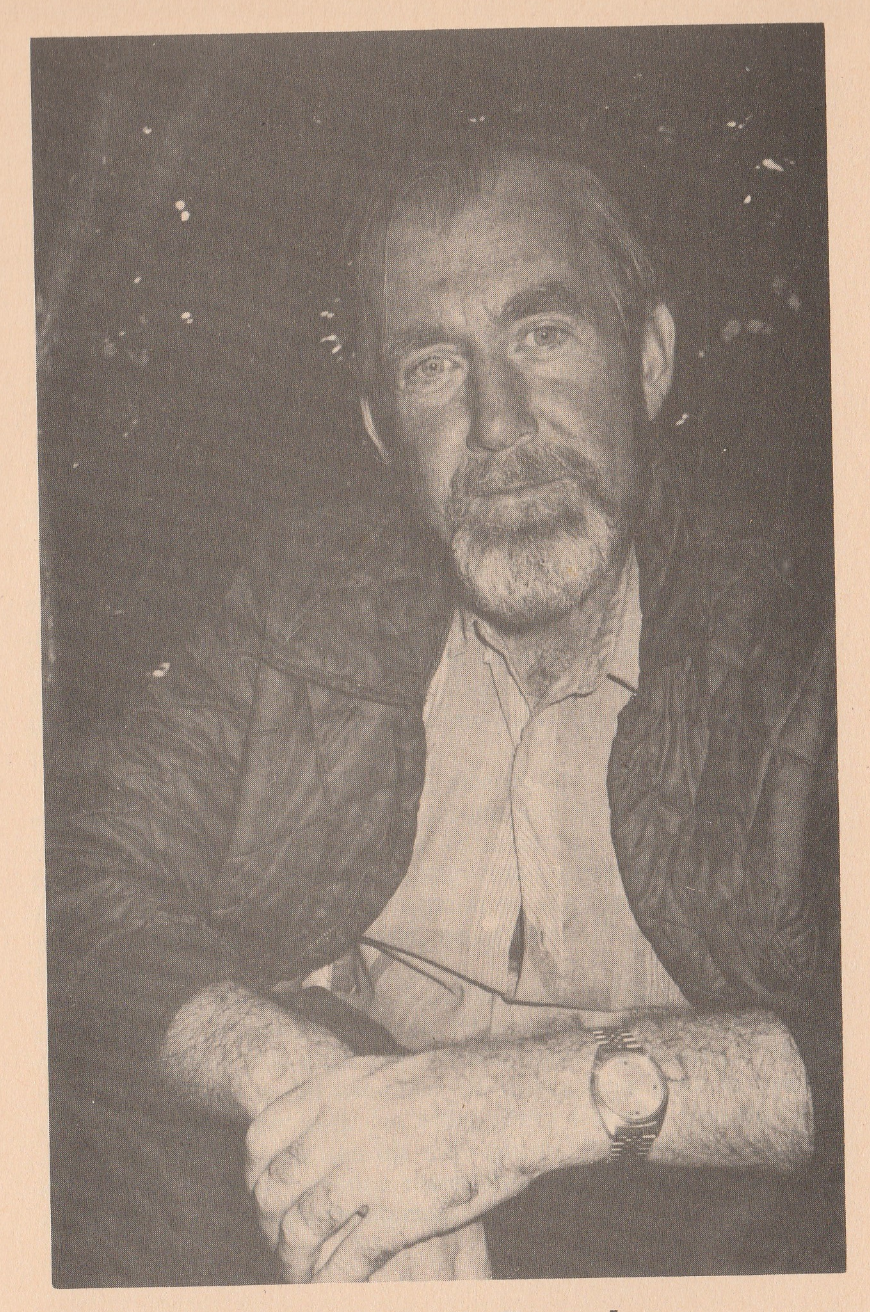
UCA Editores
San Salvador, El Salvador
1987

Colección
La Iglesia en América Latina
Volumen 9

Primera edición 1987

Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
Apartado postal 01-575, San Salvador, El Salvador, C.A.
ISBN 84-8405-092-0

Hecho el depósito que marca la ley
Impreso en El Salvador
Talleres Gráficos UCA, 1987



Padre Rogelio Ponceele

Presentación

Había oído hablar en muchas ocasiones del padre Rogelio Ponseele, quien trabaja en Morazán, en el oriente de El Salvador, territorio bajo control del FMLN.

Una cadena de circunstancias inesperadas me permitió encontrarme con él "en algún lugar" de estas tierras centroamericanas. Los eslabones de esa cadena prefiero reservármelos. Pero no sólo lo encontré. Pude hablar con él muchas horas seguidas. Fue un inmenso privilegio. Y lo que inicialmente iba a ser una entrevista larga se me convirtió en un pequeño libro.

El padre Rogelio me impresionó. Con cierta dificultad al comienzo —porque es tímido y porque nunca había hablado tanto tiempo, tan seguido, de sus vivencias de casi 6 años en el frente de guerra—, y con más seguridad a medida que nos íbamos conociendo a través de la palabra, me contó pedazos de su vida. La evolución de esa vida, en síntesis. El proceso, el camino, los pasos.

Rogelio tiene 46 años. Es alto, recio, rubio y rojo. "El padre Tomate," le decían a veces. Se emociona y se pone colorado. Se apasiona y le sube casi toda la sangre a la cara. Conserva aún muchísimo del asombro, de la sencillez y de la limpieza que son patrimonio de los niños. Pero a la vez que me parecía en muchos momentos un niño pícaro, lo sentía un hombre sabio, con muchos caminos recorridos, de esos a los cuales la experiencia ya no permite retornar.

Tímido, cobarde, débil. Y a la vez, decidido, firme, impetuoso, hasta duro. Lo vi reír y lo vi llorar. Con frecuencia se le aguaban los ojos recordando. Y recordando también, se reía a grandes carcajadas. Me cayó bien. Nos caímos bien. Eso facilitó mucho esta larga conversación de un poco más de 10 horas. Con pocas interrupciones y un guión, que después fue ampliamente superado por nuestro común gusto por la anarquía de la palabra. Rogelio habla despacio, bajito, con un lenguaje preciso, cortado, con un español sobrio, bastante correcto, buscando siempre la palabra exacta para dar el matiz exacto.

Lo que me contó Rogelio en esas horas largas de plática, salpicadas de tacitas de café, expresa bastante la evolución experimentada por la Iglesia salvadoreña —en gran medida, por toda la Iglesia que está en América Latina— en estos últimos 20 años. La evolución de una pastoral que se va aclarando. Y radicalizando. Es decir, que vuelve a las raíces más jugosas del evangelio de Jesús.

A Rogelio, sacerdote belga, le tocó vivir un período clave de la historia salvadoreña. La crisis del sistema oligárquico-capitalista, que para sobrevivir no tuvo más salida que la represión brutal, en la cual a la Iglesia le tocaron altas cuotas de sangre y muerte. Y la emergencia de las organizaciones político-militares a las cuales no se les dejó más salida que la contraviolencia revolucionaria para lograr el cambio, la justicia y la paz. Después, esta guerra prolongada, en la cual Rogelio eligió acompañar al pueblo y al ejército popular guerrillero en uno de los frentes de guerra. Allí está. Desde allí habla.

El padre Sardiñas en la Sierra Maestra de Cuba bautizaba y administraba los sacramentos a los campesinos de las montañas en donde estaban los guerrilleros. Pero cuando él bautizaba a los hijos de los guajiros cubanos, no habían ocurrido ni el acontecimiento del Concilio Vaticano II ni el acontecimiento de la Conferencia de Medellín, que fue el "concilio" de los obispos de la Iglesia latinoamericana. Esto quiere decir que la actividad pastoral del padre Sardinas hay que encuadrarla en un modelo sacerdotal muy específico, de aquella época marcada por el sacramentalismo. Fue un caso aislado, perdido en la memoria de la mayoría.

Después del concilio y de Medellín, el padre Camilo Torres en Colombia y el padre Gaspar García Laviana en Nicaragua incorporan a la Iglesia universal el modelo del cura guerrillero. Fueron casos polémicos para muchos. Y su memoria permanece en el pueblo de América Latina.

Tenía que ser en El Salvador en donde surgiera este nuevo modelo de sacerdote, que no es asimilable a ninguno de los dos anteriores. Porque la labor del padre Rogelio, a pesar de las misas y los bautizos, las procesiones y las prédicas, no puede calificarse de sacramentalista. El impulso que Medellín dio a la formación de comunidades eclesiales de base hizo ir surgiendo una Iglesia articulada en torno al grupo que reflexiona y ora, que se organiza y se compromete, que celebra la fe y mira con ojos bien abiertos la realidad. La pastoral con la que se modela una Iglesia así trasciende el sacramentalismo, va más allá del culto. Esa es la médula del trabajo de Rogelio en el frente de guerra. Esa es la novedad. La pastoral de las comunidades de base y de su acompañamiento, corazón de la Iglesia de los pobres en América Latina y fruto en el que se expresa la teología de la liberación, se hace presente en medio de una guerra popular, en medio de la guerrilla. Esa es la novedad.

Por otra parte, sin vestigios de mitificación de la opción no violenta, pero de una manera tampoco asimilable al modelo del cura guerrillero, el padre Rogelio acompaña al ejército popular sin que su tarea sea combatir. Sus tareas son otras, las tareas pastorales, en este sentido integral. No es un cura guerrillero. Es el sacerdote que acompaña a la guerrilla, que está con la guerrilla y que en ella y desde ella es el compañero sacerdote, un compa más. Pero sobre todo, un sacerdote que acompaña al pueblo.

Tenía que ser en El Salvador. Porque en este país chiquito se ha ido gestando, amasada con sangre, una Iglesia grande, luz para muchos en el mundo. Tan grande esta Iglesia, tan recio ya el arbolito de mostaza, que nos dio a todos el fruto de un obispo como Monseñor Romero

Esta Iglesia nos está dando también, como fruto sazonado, este modelo de sacerdote, que acompaña al pueblo y al ejército popular, haciendo presente en medio de una guerra de liberación la eucaristía, la comunidad de base, el grupo bíblico, el agua del bautismo, la palabra de esperanza. Haciendo presente al Dios de Jesús, al Jesús del evangelio.

Pero es importante señalar que Rogelio no es un caso aislado, que su opción no es la extravagancia de un hombre singular o un hecho errático. Son varios los sacerdotes y las religiosas que en Chalatenango, San Vicente y otros frentes de guerra acompañan la lucha del pueblo salvadoreño. De uno de ellos, Miguel Ventura, habla el mismo Rogelio, porque está también con él en Morazán. Se trata, pues, de la opción de la Iglesia, de una Iglesia que aprendió de Monseñor Romero lo que él llamó "la pastoral de acompañamiento." Ahora hablamos de Rogelio. Habrá que seguir hablando de los demás. Para que la luz salga del tatú y se coloque sobre el tejado de la Iglesia y alumbre a todos.

La casi totalidad de esos otros sacerdotes y religiosas, que como Rogelio son nuevos modelos de servidores de Dios en medio del pueblo, son salvadoreños. Rogelio es belga. Fue él el primero en tomar la decisión de irse al frente de guerra como sacerdote. Por otra parte, como viene de tan lejos, su transformación, su *kenosis,* como diría San Pablo, es aún más larga, más profunda. Dejó la patria, la lengua, la formación, los esquemas y se puso en camino. Por eso es un puente por el que conviene transitar para entender algunas de las claves de lo que ocurre en El Salvador. En ellas hay mensajes para el mundo europeo, cansado y escéptico.

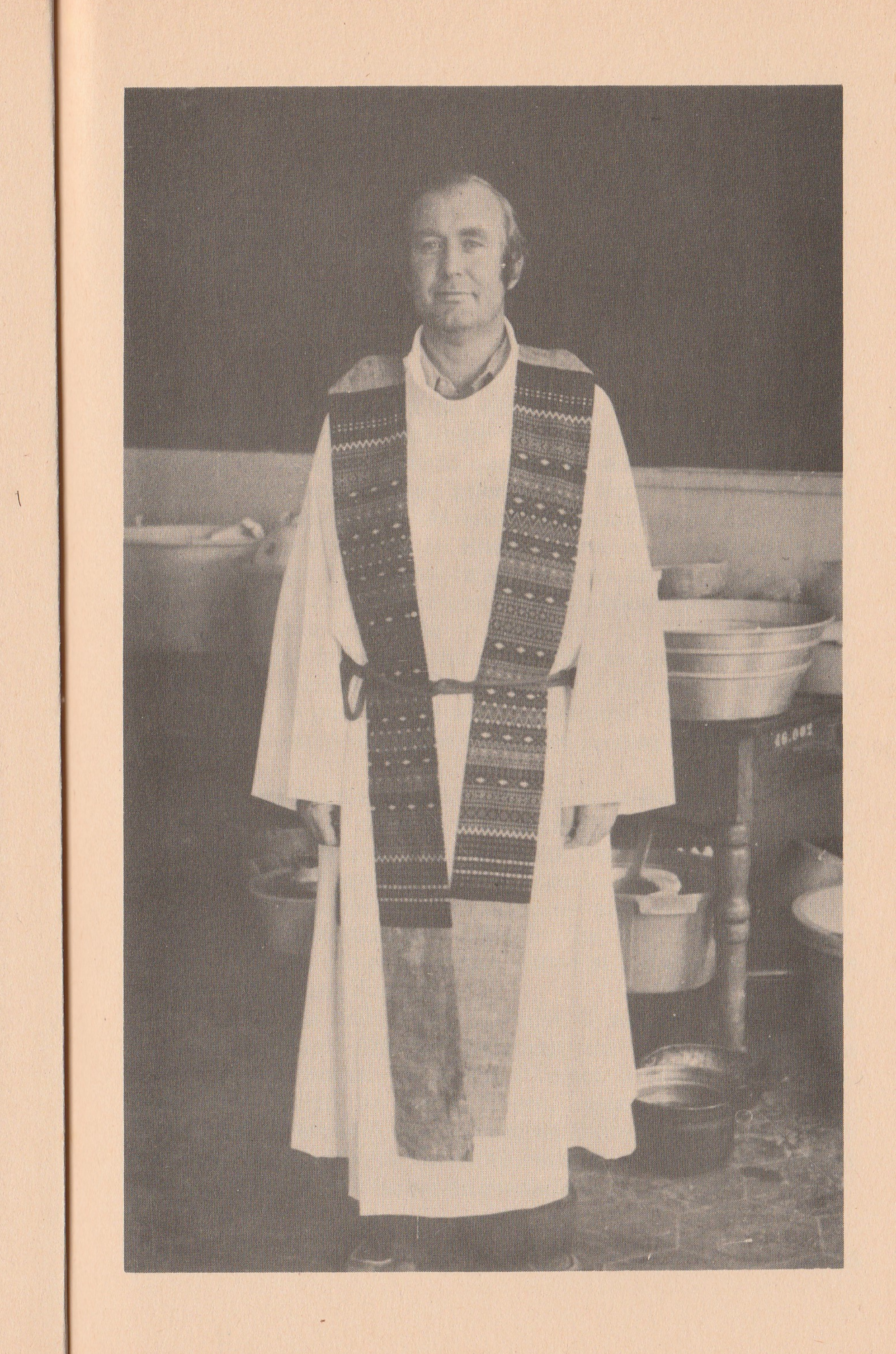
Aun cuando Rogelio esté vivo —y ojalá viva muchísimos años más— había que contar ya su historia. Y digo esto porque la muerte, con su sello, es la que consuma y explica definitivamente la vida y sus opciones, las trayectorias. A pesar de eso, de que es una historia aún incompleta —la completará la muerte—, había que contarla. Yo sé que a Rogelio, un hombre profundamente vital, enamoradote de la vida, no le gustará esta consideración sobre "su" muerte...

Pero sí, había que contarla ya. Como hay que contar incansablemente, oportuna e inoportunamente, lo que sucede en El Salvador. Contar de esta guerra genocida, del diario heroísmo del pueblo, de sus sacrificios y esfuerzos por hacer una nación justa y ganar una paz digna.

Rogelio es parte de ese pueblo, de ese modo de ser y de luchar que tienen los salvadoreños.

Para ese pueblo querido, querible, admirable y para su Iglesia, la Iglesia de Monseñor Romero, son estas páginas. Con la esperanza de que otros pueblos y otras Iglesias reciban y acojan la buena noticia que hay en ellas.

María López Vigil.
Octubre de 1986.



Antes de la "guerra del fútbol" yo no sabía ni que existiera El Salvador. El Salvador era un país desconocido para nosotros en Bélgica. Todo lo que había oído en mi vida de El Salvador fue cuando esa "guerra del fútbol" con Honduras. Antes de ahí, nada. Y después de ahí, ni una noticia. Jamás.

Yo había sido cura en Europa durante cinco años, dando clases de religión, vigilando a estudiantes en una escuela. Sólo eso hice. A veces pienso que si me hubiera quedado en Bélgica hubiera sido un curita no tan malo, creo que no tan malo, pero... ¿Y si me hubiera quedado en San Salvador? No me quedé, tampoco era fácil quedarse ya, por la represión. Aquí vine, a un frente de guerra. Me siento feliz aquí, en Morazán. Porque creo que estoy participando en un proceso decisivo para este pueblo.

Para mí fue un salto bien grande ir de Bélgica a El Salvador. Era 1970. La primera vez que salía de Bélgica, y estaba preocupado. ¿A dónde voy, qué voy a hacer, lo sabré hacer...? Fui con miedo, sí, para qué voy a negarlo. Pero nosotros los flamencos disimulamos mucho nuestros sentimientos, también el miedo. La despedida de mi familia fue muy fría. Me acuerdo que sólo nos dimos la mano. Como si hubiera un convenio entre nosotros de no llorar.

Yo no sabía nada de El Salvador. Y además, no sabía casi nada de español. Algunas palabras, un poco de gramática como para arrancar. Tenía gran temor a hacer el ridículo. Demasiado tímido me sentía. Ahora, hasta pienso en español, hasta rezo en español. Ya no rezo en flamenco. Siempre hablo con Dios en español. A veces, sí, rezo un Padrenuestro en mi lengua flamenca. Sólo eso me ha quedado.

Hasta aquí, a Morazán, llegan muchos periodistas. Se interesan por mi tarea, por el trabajo pastoral de la Iglesia. Para ellos es una cosa muy curiosa que haya un cura en un frente de guerra. Vienen con sus ideas europeas. Y en Europa el marxismo es ateo, ¿no? Que aquí haya una revolución marxista-leninista y aquí anden curas, les parece muy raro. Lo siento en las preguntas que me hacen. Por supuesto que son entrevistas más breves que ésta. Ahora he hablado mucho con usted. Casi creo que me he confesado.

Mi pueblo se llama Gullegem, está a unos 150 kilómetros de Bruselas, cerca de Brujas. Nací en el 39, cuando empezaba la guerra mundial. Yo soy de una familia obrera, tuvimos el orgullo de ser obreros. Eso marcó mi vida de niño. Somos siete hermanos. A todos nos marcó también el mayor de mis hermanos, que fue inválido y retrasado mental. Tal vez sólo llegó a tener la edad mental de un año, pero vivió hasta los 34. Toda la vida mis papás tuvieron que atenderlo, darle de comer, acostarlo. Todos, todos los cuidados de un niño chiquito, pero con un cuerpo de mayor. Toda la vida así. No fue vida. Siempre recuerdo con qué amor, con qué entrega, cumplían mis papás dándole cuido. Cuánta generosidad. Pienso que su visión cristiana de la vida estaba en esa generosidad tan consecuente. Estuviera donde estuviera, en una reunión, en un trabajo, a la hora que fuera, mi papá lo dejaba todo, iba a la casa para cargar a mi hermano y ponerlo en la cama, porque pesaba mucho y mi mamá no podía con él. La tremenda generosidad de nuestros padres con este niño nos dejó algo muy fuerte a todos mis hermanos.

Mi papá —Marcel se llamaba— trabajaba en tejidos de lino. Siempre lo conocí como secretario de una organización cristiana de cooperativas de pan y de carbón. También estaba metido en organizaciones educativas. Y era también el alcalde del pueblo. Sólo sabía multiplicar y dividir, creo que sólo hasta tercero o cuarto grado pudo llegar. Pero en aquellos tiempos no se necesitaba mucho para ser alcalde, sólo hacía falta ser buena gente. Ahora, en Bélgica, hay que ser universitario para llegar a un puesto así. Mi papá tenía deseos de estudiar, de saber más. Me acuerdo que cuando llegábamos de la escuela, con esos problemas de matemáticas que no se les encuentra solución, mi papá nos mandaba a la cama y se desvelaba gran parte de la noche para ver de resolverlos. Yo lo recuerdo con gran admiración. Era secretario de la cooperativa de pan y nunca llevaba a la casa ni un centavo de la caja. Al contrario, invertía de su propio pisto para el bien de la cooperativa. Y nosotros, pan viejo comíamos casi siempre.

—Si sobra pan viejo, ¿cómo voy a llevarlo a otra parte que a casa?

Eso decía. Era el secretario y hubiera podido llevarnos el mejor pan de la panadería, pero siempre nos llevaba el que quedaba de último. Así nos acostumbramos a comer pan viejo. ¡Y prohibidísimo ir a buscar pan tierno a otra parte, porque teníamos que comer el de la cooperativa! No protestábamos, estábamos de acuerdo con él. El éxito de la cooperativa, ser obreros y comer pan viejo: todo era una sola cosa. Y ése era un orgullo nuestro, el de mis hermanos. Así contribuíamos nosotros, no quejándonos de la mesa, porque nuestro papá estaba haciendo una gran misión y estábamos orgullosos.

Era un alcalde muy querido mi papá. Aunque él era obrero y había sido elegido por la organización obrera, los de la clase media lo querían. Los socialistas lo querían mucho también. Los primeros de mayo había en mi pueblo un mitín de los socialistas, con una fiesta. Socialistas eran sólo unos cuantos, pero muy buena gente todos. Cantaban *La Internacional,* recuerdo, lo mismo que yo canto ahora aquí en el frente, quién me lo iba a decir entonces... A ese mitín no iban los católicos. Un año, mi papá miraba el desfile de lejos y se puso triste:

—Qué buena gente son, qué lastima que se hayan alejado de Dios.

En mi pueblo, en mi casa, tuvo gran influencia en aquellos tiempos José Cardijn, el fundador de la JOC, la Juventud Obrera Católica. Este sacerdote levantó el movimiento obrero.

Era un visionario, un renovador. Fui varias veces a escucharlo. Se reunían jóvenes obreros, miles y miles. Y llegaba y comenzaban a aplaudirlo cada vez más fuerte. Y gritaban: ¡Cardijn, Cardijn, Cardijn! Yo no aguantaba la emoción. En aquel tiempo ya me fijé que Cardijn no decía nada, sólo decía lo mismo siempre:

—¡Jóvenes obreros, nosotros somos hijos de Dios y tenemos dignidad!

Y recuerdo que lo decía golpéandose el pecho y el tum-tum sonaba por el micrófono.

—¡Somos obreros, tenemos dignidad, somos hijos de Dios, hermanos de Jesús!

Sólo eso decía, decía otras cosas pero siempre la dignidad del obrero era su consigna. De estos tiempos y de mi casa traigo este orgullo de ser obrero, el sentido de la dignidad obrera. Por eso, al llegar a El Salvador, me dolía cuando en la Zacamil miré que a los salvadoreños no les gustaba decir que eran obreros.

—¿Qué hace usted, en qué trabaja?

—Soy estudiante.

Y yo sabía que eso quería decir que trabajaba en una fábrica y que en la noche estudiaba. Los campesinos, no. A los campesinos sí les veía el orgullo de ser campesinos. Pienso que la fe cristiana no les dio a los obreros salvadoreños orgullo de ser obreros. Pero sí les dio orgullo de ser pueblo. Y orgullo de ser pueblo pobre, eso sí. Es lo mismo, ¿verdad?

Eramos pobres, pero yo nunca sentí hambre. Mi mamá —Ivonne se llamaba— sí sabía lo que era la pobreza. Fue la mayor de las mujeres entre 14 hermanos. Mi abuela había muerto muy joven y a ella le tocó hacer de madre en una familia tan grande, llevar la disciplina en la casa. Sufrió mucho. Y por eso era tan rígida, más que mi papá. Para conseguir algo teníamos que ir donde mi papá, porque mi mamá imponía la ley y la hacía cumplir: de tal hora a tal hora en la casa, de tal hora a tal hora en la cama. Así. El domingo, la misa a las 6 de la mañana, porque las misas más tarde ella decía que eran para los haraganes, para la gente perezosa.

Nosotros queríamos dormir más cuando habíamos ido a parrandear el sábado, pero ni modo. Y con dolor de cabeza, con lo que fuera, a misa todos juntos a esa hora. Era muy rígida, muy consciente de los problemas de los pobres. Contaba que un hermano suyo fue un día al dentista a sacarse una muela. Y el dentista le preguntó:

—Bueno, muchacho, ¿va a ser con dolor o sin dolor?

Y él asustado.

—Enséñeme lo que trae.

Entonces el cipote enseñó unas monedas, muy pocas.

—Bueno, va a ser con dolor.

No tenía suficiente para pagarse la anestesia. Y le sacaron la muela con dolor. Se lo oí contar muchas veces.

Siempre nos inculcó un gran respeto hacia la gente humilde, hacia la gente anciana. Porque los niños tienen la mala costumbre de reírse de la gente que tiene defectos y de los viejos. ¡Hacer eso en mí casa era lo último, un gran delito! Era suficiente para un gran castigo corporal y para ir a la cama sin "crucecita." Porque en mi casa la costumbre era que los papás nos hacían una crucecita en la frente, antes de acostarnos. Irse a la cama sin esa crucecita era suficiente para llorar horas. No darnos la crucecita era el rechazo total, lo máximo que nos podían negar.

Mi mamá era muy cristiana, muy católica, pero un poco anticlerical. Me contó varias veces algo que a ella le había enojado tanto que no lo olvidaba. A su casa llegaba un sacerdote. Como eran una familia pobre no alcanzaban las sillas para todos. Y por eso, las sillas siempre estaban ocupadas, calientes, pues, del calor de las nalgas. Un día, al llegar el cura, sacaron a uno de los niños, que estaba sentadc en una silla, y mi mamá se la ofreció al sacerdote. Y él la rechazó, enojado porque estaba caliente. Mi mamá contaba esto con un odio...

Criticaba siempre a los curas por ser haraganes. Y cuando yo dije que quería ser cura, eso me avisó:

—¡No me vaya a ser un haragán!

Tenía ella un hermano que llegó a ser obispo de Ubangui, en el Congo Belga, pero no se llevaba bien con él. Pasaba riéndose cuando íbamos a alguna celebración suya, porque como era obispo, durante la misa se quitaba y se ponía el solideo, el

sombrerito rojo. Y mi mamá se reía mucho con el quitapón. Se burlaba. Cuando ya estaba jubilado, aquel tío me dijo:

—Yo estoy dispuesto a hacer todavía mucho por los misioneros belgas que están en el Congo, pero por los negros, ¡nada!

¡Cómo me chocó aquello! Nosotros no podíamos comprender cómo un misionero, después de 30 años de estar trabajando con los negros, los odiaba así. ¡No podía verlos! Como que yo estuviera 30 años en El Salvador y odiara a los salvadoreños...

Mi familia era muy católica, pero no beata. La misa de los domingos, la oración en la noche antes de acostarnos... Criticábamos a los sacerdotes y los apreciábamos, todo junto. Mi vocación al sacerdocio nació de mi familia y del interés social que yo aprendí allí. Y tal vez de una inclinación personal a la oración, a lo religioso. Yo siempre quise hacer algo en favor de los humildes, vaya. Era una idea vaga, pero siempre tuve eso fijo. A los 14 años terminé la primaria y fui a la escuela normal para prepararme a ser profesor. Yo pensaba que podría ser profesor, me gustaba eso.

Era una escuela normal de curas, casi parecía seminario. Recuerdo que yo era muy religioso. Había dos misas los domingos, misa todos los días, vísperas y actos en honor del Santísimo... A muchos estudiantes les molestaba tanta cosa, a mí no. Me gustaba estar en la capilla los domingos, me gustaba la misa, me gustaba mucho cantar. Pero ni idea de hacerme cura. Era muy rebelde. Contradecía todo lo que dijeran los curas y hacía lo que no tenía que hacer. Los compañeros de aquel tiempo me han dicho:

—Nunca entendimos cómo te fuiste al seminario, porque tú eras terrible en la escuela, siempre fregando a los profesores.

Nunca me ha gustado el cigarro, ve, pero fumaba sólo porque estaba prohibido. A los 19 años, cuando terminé la normal, no sé, me entró la idea de irme al seminario y hacerme cura. Para mí y para todos fue una sorpresa esa mi idea. Todo el mundo había pensado en muchos otros, menos en mí, tan indisciplinado.

Yo creo que aguanté en el seminario por necio. Era una disciplina bárbara y yo traté de sentirme bien, escapándome un poco de ella. Me decían los profesores:

—Si no está cumpliendo con esto y con esto y con esto, tiene que pensar si éste es su lugar.

Yo no cumplía con muchas cosas. Pero me gustaba la vida del seminario porque era una vida comunitaria. ¡Púchica, era pesado! Teníamos que confesarnos todas las semanas. Y en el seminario, ¿qué se puede pecar? Confesarme todas las semanas era una cruz para mí, pero había que ir, eso estaba muy controlado. Siempre me acusaba de lo mismo. Falta de atención en la lectura, cosas así, babosadas... Siempre uno tiene las mismas fallas, ¿no? El director espiritual me dijo un día:

—Bueno, si usted no puede cumplir con la lectura espiritual tiene que cuestionarse seriamente si va a seguir aquí.

Varias veces me avisaron. Seguí.

En el seminario pasé 6 años, dos años estudiando filosofía y cuatro teología. En el segundo año de teología me tocó hacer el servicio militar. En la mañana estudiábamos y en la tarde teníamos entrenamiento. Nos enseñaban ejercicios, a correr, nos entrenaban como brigadistas de salud. De eso sí aprendí un poquitito más. Nos enseñaron a manejar algunas armas, pero como a mí no me interesaba nada de eso, no ponía atención. ¡Vaya, ni aprendí a disparar! Si hubiera sabido lo que iba a ser mi vida ahora, hubiera puesto un poquito más de interés. Me acuerdo muy bien una tarde haciendo el tiro al blanco. Quedé el último, porque disparé ciegamente, a lo loco. Otros apuntaban bien, al menos para sacar algunos puntos, pero a mí no me interesaron nunca las armas y nunca tuve una buena nota como militar.

Todo estaba muy ordenadito en el seminario, todo muy legislado. Antes de llegar a ser sacerdotes, estaban las órdenes menores. Teníamos que pasar exámenes canónicos, así se lla-

maban. En una de esas órdenes menores, me llamó el director del seminario:

—¿Qué texto de la ordenación es el que más le ha impresionado?

—Fíjese que ninguno me impresionó nada.

Entonces me mandó al cuarto, enojado, para que estudiara a fondo los textos y llegaran a impresionarme.

En aquellos momentos sentía que yo sobraba en el seminario, pero siempre la última decisión era quedarme. Muchas veces tuve crisis así, pero crisis no muy grandes. ¡A mí no me gustan las crisis muy grandes! Choquecitos, sí, muchos. Me costó bastante. Pero yo seguí por necio. Cuando llegó el examen canónico para las órdenes menores de exorcista, el que tiene poder contra los demonios, me tocó un profesor más bromista, con sentido muy crítico, que también se reía de todos esos exámenes:

—Rogelio, ¿si usted tuviera los instrumentos necesarios, tendría el valor de echar a un demonio?

—Si tengo los instrumentos, ¡yo lo echo!

—Muy bien, pasaste el examen canónico.

Así fue de fácil. ¿Qué si yo creo en el demonio? No, yo lo que creo es en el mal. El demonio es una personificación del mal. Y cada vez estoy más convencido de que el mal existe. Una persona como Ronald Reagan es el mal, ¿no le parece?

Me ordenaron de sacerdote. Tenía 26 años. Para mí el sacerdocio tenía siempre que estar vinculado a un servicio, pero no a un servicio religioso, sino a un servicio social. Yo quería ser sacerdote para acompañar a la gente que tenía que crecer en su conciencia o que tenía que resolver sus problemas materiales. Pero me metieron en un colegio para dar clases de religión a los cipotes. Pensé que no estaba en mi puesto. Pero yo salí del seminario muy inmaduro y me contenté con aquella escuela, porque creía que no iba a tener valor para atender bien una parroquia y trabajar con gente adulta. Esas cosas pasan en Europa... ¡Cuánta inmadurez, ¿no?! Esos seminarios cerrados... Cinco años estuve en aquel colegio dando clase y vigilando a los estudiantes. Era una tarea frustrante, porque uno

tiene que estar encima de ellos, haciendo como de cuilio, de guardia. Hay curas que se frustran del todo con un trabajo así, se arruinan. Yo logré tener buenas relaciones con los estudiantes, pero aquello me resultaba tan aburrido...

Creo que me decidí a venir a América Latina también por la aventura. Yo venía buscando lo desconocido. Hubo algo de eso o mucho de eso, sí. Siempre me quedó presente lo que dijo un compañero sacerdote en un retiro espiritual:

—Vean: estamos muy pasivos... ¡¿Qué pasa, señores?! Tanta pasividad, tanta pasividad... ¡Hagamos algo, aunque sea una tontera, pero hagamos algo!

Eso se me quedó. Porque es mejor hacer una tontera que no hacer nada. Mejor es meter las patas que no dar un paso. Tal vez yo he hecho en mi vida muchas tonteras, pero creo que he hecho algo. Es mejor equivocarse que no hacer nada. Todo eso me hizo pensar.

Ya cuando estábamos en el seminario, nuestro obispo, el obispo de Brujas, Monseñor De Smedt, nos había escrito a todos los curas y seminaristas de su diócesis una carta que fue muy importante en mi vida.

El estaba participando en el Concilio Vaticano II. Allí en Roma se había encontrado con muchos obispos latinoamericanos que le hicieron preocuparse por la Iglesia de América Latina. Decía él que un obispo no es sólo obispo de su propia diócesis, sino de toda la Iglesia. Por eso nos mandó esa carta, proponiéndonos reflexionar sobre la posibilidad de ir a trabajar a América Latina. Así, en general, sin detalles. América Latina entera. Nos decía que era un continente católico con mucha pobreza. Y, sobre todo, con muy pocos sacerdotes. Fue entonces cuando empezamos a discutir entre nosotros los seminaristas sobre América Latina. Pero todavía era como un sueño, algo que se piensa pero que nunca se va a realizar. No fue así. Al poco, ya algunos se fueron: Juan, Esteban... iban a El Salvador.

¿Por qué precisamente a este país, tan desconocido para nosotros? No lo sé.

Yo tenía un amigo: Pedro. Fuimos estudiantes juntos, estuvimos juntos en el seminario, nos nombraron juntos para ser vigilantes y dar clases de religión en aquella escuela. Un día él decidió irse a El Salvador. Un año después yo mandé una cartita a mi obispo diciéndole que quería ir para acompañar el trabajo pastoral de Pedro. El obispo decía que yo no podía irme todavía, porque era "uno de los mejores vigilantes de toda Europa"... Y según él estaba haciendo una labor tremendamente buena y no me podían reemplazar, que esperara... Y yo, baboso, ¡hasta me sentí importante! Pero me quedé en Bélgica. Ahora veo que el obispo quería probarme, para ver si mi solicitud era honesta y reflexionada. Al año ya me dejaron ir. Sí, hubo algo de deseos de aventura. Sí, creo que sí. A mí me gusta la aventura.

En 1970 salí de Bélgica. Había sido cura en Europa durante cinco años. No sabía nada de América Latina, no sabía nada de nada. Yo era un hombre inmaduro y muy tímido. De Bélgica a Panamá, 15 días por mar. En Panamá pasé un mes en la parroquia de San Miguelito, donde estaban trabajando con el método de "La familia de Dios." Era un método de trabajo pastoral que yo desconocía. Me pareció una experiencia bien bonita. Se hacía una labor concientizadora. Se trataba de construir la Iglesia formando grupos de base conscientes de lo que significaba su compromiso cristiano. Varios curas gringos trabajaban en esa zona con ese método. Y hasta allí llegaban agentes de pastoral de toda Centroamérica para aprenderlo.

El 6 de abril llegué a El Salvador. La Zacamil: a esa colonia de multifamiliares, en las afueras de la capital, nos mandó el obispo a Pedro y a mí. Pero no nos quedamos sólo en la Zacamil. Empezamos a trabajar también en otros barrios de la periferia de San Salvador. Pedro me dijo:

—Rogelio, hay que empezar a trabajar. Miremos a ver.

Lo primero fue visitar las casas. Casa por casa. Esas visitas sorprendían a la gente. No estaban acostumbrados a que el cura fuera de casa en casa. Estaban acostumbrados a que el cura se mantuviera en la oficina de la parroquia, apuntando misas y bautizos.

Yo me moría de pena. Casi no hablaba el español. Sólo podía hacer algunas preguntitas, que llevaba apuntadas y que me había preparado muy bien:

—¿Qué tal? ¿Cómo está? ¿Dónde trabaja? ¿De dónde viene usted?

Como a la Zacamil llegaba gente de todas partes del país, aquellas me parecían buenas preguntas para iniciar la plática. Lo malo eran las respuestas: a veces no entendía nada de nada, pero a todo decía que sí, que sí... Pedro me dijo que tenía que ir solito a esas visitas. El era más hablantín y si iba con él, sólo hablaba él y yo me quedaba todo aguado en un rincón, sin decir nada. Sí, tenía que dejar su apoyo, atreverme a equivocarme. Entonces, empecé a ir solo. Fue para mí muy difícil.

La lengua fue un problema muy serio para mí. Me costó mucho aprender, me costó bastante. Creo que por mi timidez. Sobre todo, si me comparaba con Pedro. El se metía y empezaba a hablar y no le importaba equivocarse. A mí no. Siempre he sido tímido, aunque trato de superarlo haciendo bromas. ¿Sabe qué hacía también para superarlo? ¡Tocaba trompeta! Aprendí a tocarla en la escuela primaria. Y la trompeta me ha ayudado en la vida a ir superando mi timidez. De estudiante tocaba frente al público y aunque me asustaba, pero perdía el miedo que sentía. Entonces, también toqué trompeta en las comunidades. Ibamos Pedro y yo, y él se ponía a hacer algún número de payaso, una tonterita y yo con la trompeta. Esa era mi salvación. Creo que fue por la pena que me costó tanto aprender la lengua. Y hay que equivocarse, hay que meterse, hay que nadar...

Aprendiendo el idioma fui aprendiendo la situación del país, todo junto. La gente me hablaba de muchas cosas: de las masacres del 32, de lo que había sucedido en tiempos del presidente Lemus, en tiempos de tal y tal presidente. Yo lo ignoraba todo y así fui descubriendo la historia de El Salvador. También, como disciplina, leía los periódicos de la primera a la última página. Aunque decían mentiras, detrás de la mentira

siempre hay algo de verdad, ¿no? Así aprendí bastante. Todas las mañanas una hora y media leyendo y apuntaba todas las palabras y las buscaba en el diccionario. A nosotros los curas nos ayuda también el que por fuerza tenemos que hablar en público. En una misa, en una reunión, hay que hablar. Me acuerdo las primeras reuniones con las comunidades que estábamos formando. Yo lanzaba las preguntas que había preparado y a veces no entendía nada de lo que respondían y tenía que sacar conclusiones de todo aquello que no entendía. La gente, que habla tan enredado, los viejitos sin dientes... ¡Púchica, yo no entendía nada!

Pasó un año antes de sentirme seguro y poder hablar lo suficiente. A pesar de eso, la gente jamás me humilló. Siempre me animaban:

—Rogelio, si usted habla mejor que nosotros.

Ahora ya conozco bien a los salvadoreños, ahora sé que cuando animan tanto es porque uno lo hace mal. No hablaba nada y decían que tan bien. Ahora entiendo su sicología. Cuando ya me hacían bromas me alegró. Era señal de confianza. Me acuerdo un encuentro donde los jóvenes estaban haciendo desórdenes. Yo llegué y grité:

—¡¿Qué está pasando aquí?! ¡Esto es puro relajo!

Pero ese "relajo" lo dije mal. Nosotros tenemos problemas con la "erre" fuerte. No existe ese sonido en flamenco. Se rieron de mí, imitaron mi "relajo." Me gustó porque ya era señal de que hablaba mejor y por eso se atrevían a hacerme broma.

El pueblo salvadoreño es muy cariñoso. Me han querido tanto, aunque soy extranjero. Yo creo que para ellos Bélgica debe de ser un paraíso con abundancia de todo. Y agradecen mucho que uno haya querido venir a compartir con ellos. Yo me sentí enseguida muy acogido. Y fue ese cariño el que me ayudó a aprender el idioma y a vencer mi timidez.

Es tan diferente el pueblo salvadoreño al pueblo belga. Cuando he vuelto a Bélgica ya quiero regresarme enseguida. En El Salvador la gente es más abierta, más espontánea, más amiga. Allá, qué distinto lo miro todo. Siempre que regreso, me llama la atención lo mismo. Estoy haciendo fila para esperar el tren de Bruselas a mi pueblo. Hace frío, todo el mundo tapado, nadie se mira, nadie platica con nadie, sólo esperan en

silencio. Después, subo al tren y me siento frente a uno. Yo tengo ya la inclinación de empezar una plática:

—¿Cómo está usted? ¿De dónde viene?

Pero eso no se puede hacer, la gente hasta se asusta. A veces logras platicar algunas palabras, pero cuesta. Y el tren sigue y voy así, hora, hora y media, dos horas, delante de una persona sin poder decirle nada o con el periódico abierto, separándonos. ¡Qué diferente, ¿verdad?! Esta incomunicación no se da nunca en El Salvador.

Al llegar a la Zacamil nos encontramos con un problema que fue para mí una dicha: no había capilla. No nos importó demasiado y nos reuníamos en las casas a celebrar la misa. El trabajo que iniciamos era sencillo. Seguíamos el método de San Miguelito. Después de las visitas, de conocerlos bastante, de hacernos amigos, invitábamos a los que querían a que formaran un grupo cristiano. Con estos grupos nos reuníamos una vez a la semana y así íbamos haciendo con ellos un cursillo de diez charlas. Cada grupito de éstos tenía 10, 15 personas. Al término de las diez charlas ya invitábamos para algo más, para un encuentro. Primero fueron las visitas casa por casa y hasta sólo después de un año, estos cursillos y los encuentros. Siempre hablábamos de la realidad del país, de la realidad de ellos y de la Biblia, todo junto. Tuvimos bastante éxito con este método, reuníamos a mucha gente.

En la Zacamil, al comienzo, ni tanto éxito, porque aunque es una colonia pobre, la gente tiene ya ciertas comodidades, su apartamento, pequeños sueldos, cosas así. Bastantes problemas tienen también, pero ya están con la mentalidad de buscar su progreso personal. Y eso dificulta que la conciencia crezca.

Los tugurios: lo sentí muy fuerte. También nos acercamos a los tugurios, que son esas quebradas miserables por donde pasan las aguas negras y la gente vive amontonada en champas de cartón y de lata. Me impresionaron mucho. Yo no conocía ese tipo de pobreza, la miseria de los pobladores de los

tugurios me pareció tan dura. Ibamos allá, también a visitarlos. Era zona de bolos, de putas... Al principio, la gente nos miraba con desconfianza. Y es que temían que uno sólo iba a llegar por unos días. Porque allí llegaban estudiantes que iban a hacer un trabajo de investigación. O llegaban otros que iban con un proyecto del gobierno, pero sólo estaban por unos días, porque ni el proyecto ni la gente les interesaba de verdad. O también llegaban los políticos en las elecciones. Pero a nadie habían visto ellos que llegara y perseverara y se quedara yendo a ayudarlos, a escucharlos. Cuando la gente ya vio que nosotros íbamos siempre, nos empezó a mirar de otra manera. Llegábamos a los tugurios, trabajábamos con la gente, teníamos constancia. Y así fuimos formando bastantes grupos de reflexión en estas zonas tan miserables.

Había cosas que me chocaban en el modo de la gente. Había una reunión, incluso una misa, vaya. Y llegaba una persona tarde y entonces toda la atención era para ella. Usted podía estar predicando, concentrado para no perder el hilo, pero ni modo: llegaba uno tarde y que bienvenido, que pase adelante, y a buscarle una silla por allá... Vaya, se armaba un bonche y uno quedaba cortado. Entendí después que tienen mucha razón al hacer eso. Porque es mucho más importante la atención a esa persona que llega tarde que lo que yo estoy diciendo. Es mucho más importante que alguien se sienta acogido en la reunión y que mire que lo tienen en cuenta, que la predicación del cura. A mí me chocaba y aun todavía me choca a veces. Pero tienen razón.

Me chocaba también el trato a los niños. Porque los niños tienen derecho a hacerlo todo. Bueno, no es que yo no quiera a los niños, pero... A veces la celebración era un poquito más solemne, todo bien preparado. Fulano va a leer tal cosa, tal otro tal otra cosa, después habrá la procesión... Pero llegaban los niños y ¡todo lo arruinaban! A veces jalaban el mantel del altar y se ponían a jugar con él y nadie los regañaba. Así pasa también aquí en el frente de guerra. ¡Los niños! ¡Ay, y si el cura se atreve a regañarlos lo miran como una actitud bien mala! Yo ya he aprendido y nunca lo hago.

Recuerdo que una vez celebrábamos una semana santa en la Zacamil. Después del viacrucis llegamos al local. Era pequeño. Yo había puesto sillas. Y al entrar, miro que todos los niños se habían adelantado y habían ocupado ya todas las sillas. Entonces, me puse bien bravo:

—¡Por favor, todos los niños fuera! ¡Las sillas son para los adultos!

Pero ningún adulto quiso ocupar ni una silla. Y después me criticaron fuertemente por esa actitud contra los niños, porque los niños no merecían eso, porque si yo tenía otro plan y los niños lo desbarataban, bien estaba que lo hicieran porque ellos tenían derecho...

Claro, a mí no me educaron así, me exigieron mucha disciplina. Pero me doy cuenta que si invitamos a las familias a participar, hay que aceptar el desorden de los niños. ¿Cómo los vamos a tener tranquilitos escuchando algo que no entienden? Los salvadoreños me han enseñado que es más importante respetar a un niño que mantener el orden. Tienen razón.

En nuestro equipo de tres curas, los tres belgas, también había unas muchachas, medio monjas, algo especial, no monjas clásicas, otra cosa. Fue bonito el proceso de ellas.

Eran tres. Salvadoreñas. Llegaron del campo, campesinas, a prepararse para hacerse monjas de una congregación prestigiada en San Salvador. Pedro cuestionaba mucho a las religiosas de esa congregación para abrirles los ojos y para que miraran la realidad de pobreza que vivíamos y se comprometieran. Criticaba mucho la tranquilidad del convento, lo cómodo de estar rezando y no haciendo mucho para que las cosas cambiaran... ¡Púchica, después de cada plática de ésas, las monjas quedaban bravísimas con él! Poco a poco las religiosas de esa congregación, como muchos otros en tiempo de Monseñor Romero, fueron cambiando y comprometiéndose. Las que sí cambiaron fueron las tres muchachas salvadoreñas. Fue naciendo una gran mística entre ellas y empezaron a vivir en comunidad. Fueron las que mejor supieron trabajar en los tugurios en aquellos primeros tiempos. Hicieron milagros. Con hombres tan machos, de costumbres tan machistas,

supieron trabajar. Las respetaron mucho. Si había uno que se acercaba más a una de ellas, siempre había otro que decía:

—¡Esas mujeres tienen que respetarse y punto!

Tan jóvenes y lograron hacer un trabajo bien bueno en los tugurios. Silvia ya murió. Cuando la ofensiva general, en enero de 1981 se incorporó al frente de Santa Ana y la mataron en la masacre de Cutumay Camones. Es mártir de nuestra comunidad, entregó su vida con mucha generosidad. ¡Uy, pero hasta llegar a estos compromisos, cuánto tuvimos que cambiar ellas y nosotros...!

La violencia: ¡cuánto tuvimos que cambiar en eso! ¿Cómo empezamos nosotros a comprender el problema de la violencia en El Salvador? Nos costó mucho entender. Traíamos nuestros esquemas. En los primeros años en las comunidades cristianas y en los grupos que íbamos formando, en los encuentros de iniciación, escuchábamos siempre una grabación de las palabras de Martin Luther King, *I have a dream,* "yo tengo un sueño." Ahora me parece una tontera eso de escuchar palabras en inglés que casi ni entendíamos. Teníamos que seguirlas con un papel con la traducción en la mano. Admirábamos a Luther King. Yo lo sigo admirando.

¡La no violencia! Siempre fuimos muy partidarios de la no violencia. Años enteritos predicando eso. Predicando eso hasta el último momento, hasta los tiempos del general Romero, en el 78. El ideal nuestro, el que presentábamos como ideal cristiano, era la no violencia. Y a Luther King como la figura que encarnaba ese método. Las mujeres eran las que más estaban contra la violencia, bien cerradas. En cualquier plática, la no violencia y la no violencia. Claro que cada vez más esa prédica era contradictoria con toda la realidad. Porque ellas mismas hablaban de no violencia, pero daban alojamiento a los compañeros que ya andaban armados en movimientos clandestinos. Creo que es típico de los salvadoreños: son mucho más flexibles frente a los hechos, frente a las personas, que en la teoría. En la teoría son necios y necios y mantienen toda una serie de ideas, pero ya frente a la persona se vuelven flexibles.

Se le habían cerrado todas las puertas no violentas al pueblo que quería un cambio. Y empezaron a nacer por todos lados las organizaciones populares, que eran también organizaciones armadas. No podíamos ignorar este hecho. Muchos de nuestros cristianos estaban organizados. Sin embargo... Tengo que reconocer que al principio, por la necedad de la no violencia, yo no aceptaba esa realidad. Hasta llegué a decir en una reunión que si en la comunidad se metían los de las organizaciones populares, ¡yo los iba a sacar con un látigo, como Cristo sacó a los mercaderes del templo! Así, con cólera, lo dije. Así pensaba yo.

Todo estaba cambiando y aquella nuestra no violencia, ¿qué significaba? ¿Para qué servía? ¿Qué resolvía? Con esa actitud cerrada ante la lucha armada estábamos alejándonos del pueblo. Porque nosotros estábamos concientizando a nuestro pueblo y, como fruto de eso, muchos se estaban organizando y en las manifestaciones los mataban y llevaban armas para defenderse y ya se organizaban en grupos armados... Y nosotros, que los habíamos llevado hasta allí, seguiamos con la no violencia. Estábamos alejándonos del pueblo o el pueblo se alejaba de nosotros.

Me acuerdo mucho de Marbel, una cipota de 15 años. Sumamente inteligente. Platiqué mucho con ella los últimos meses de su vida. Era cristiana y estaba organizada. Tenía muchas discusiones con sus compañeros sobre Dios.

—No, yo ya no creo en Dios...

Me contaba que así le decían los compas. Y ella se defendía:

—Vaya y vos, ¿crees en el amor? Porque tenés novia, ¿no? ¿Crees en el amor entonces?

Y claro que le decían que creían.

—¿Y lo has visto alguna vez al amor?

Porque los compas salían siempre con que a Dios no lo habían visto nunca.

—Dios es amor, el amor no se ve, el amor se experimenta.

Así les alegaba la cipota, bien firme. Es una teología, ¿no? Una muchacha tan fina, tan linda. Daba charlas de realidad nacional a los adultos.

Su organización decidió asaltar un banco. Era en los años en que así se conseguía el dinero para hacer actividades revolucionarias. La eligieron a ella para el grupo que iba a asaltar. Me dijo unos días antes que lo iba a hacer, que tenía miedo, pero que ni modo.

Los mataron a todos. También a Marbel.

Para mí ese fue un camino para comprender la violencia. Era el tiempo de las manifestaciones, de este tipo de actividades. Protestar, reclamar, era arriesgarse a morir. Había una manifestación y cuando volvían a la comunidad:

—¿Cómo estuvo?

—Bien, sólo tres muertos.

—No son muchos.

Y yo no conocía a ninguno de los tres. Pero el día que me dijeron:

—Mataron a los seis. También cayó Marbel...

¡Púchica, la Marbel! Por eso, porque uno conocía a los que iban cayendo uno se cuestionaba sobre su lucha. Así fui entendiendo.

Me tocó ir a buscar a Marbel de funeraria en funeraria con su mamá. Tan jovencita, tan buena. Pensando en ella me resisto a creer que no haya nada más allá de la muerte.

Silvia también está muerta, también la mataron a ella. ¡Cuánto peleé con Silvia por esto de la no violencia! Porque yo, al final, ya estaba cuestionando mucho nuestras ideas no violentas. Si al pueblo le habían cerrado todos los caminos y el pueblo tenía razón, nosotros no debíamos estar imponiendo nuestras ideas, sino acompañando su caminar. Y teníamos que abrirnos, teníamos que reflexionar... Así hablaba yo y me molestaba que unas muchachas, necias, me llevaban la contraria. Silvia sobre todo. En una reunión se me levantó con la Biblia en la mano y me dijo que mi opinión no valía nada. Y con textos bíblicos me fue botando todos mis planteamientos. Lo que yo planteaba eran preguntas para discutirlas. Yo insistía

en que estábamos haciendo un mal al pueblo con tanto escrúpulo frente a la violencia, que así la gente no se atrevía a organizarse, que eso retrasaba la lucha... Pero ella, cerrada, ¡cuestionándome con sus textos bíblicos! Me quedé sin palabras, enojado.

Salíamos de todas las reuniones discutiendo y llegábamos a la casa de ellas y seguíamos discutiendo y en las gradas discutiendo y delante de la puerta seguíamos. Entrando, discusión; y saliendo, discusión. Era el año 77 y seguíamos dudosos en eso. Y muchos cristianos de nuestras comunidades estaban organizados y trabajaban clandestinos ya. Fue el pueblo el que nos hizo comprender. No fue al revés. Nosotros concientizamos al pueblo hasta aquí, hasta cierto nivel. Pero después, desde aquí para adelante, fue el pueblo el que nos concientizó a nosotros.

Tuve un buen maestro en aquellos primeros tiempos. Odilón. Vendía budines para ganarse la vida, pero no sólo para ganársela, sino para sacar tiempo suficiente para dedicar su vida a la lucha. Nos hicimos muy amigos, tenía treinta y pico de años, con familia, dos o tres hijos. Era dirigente de nuestra comunidad cristiana de la Zacamil. Pasaba la noche haciendo budines y a primera hora de la mañana salía a venderlos. Tenía ya sus clientelas, ni buscaba ya dónde vender. Sabía que en la universidad iba a vender tantos, que en tal sitio otros tantos. Corría de un lado a otro, siempre haciendo más y más budines. A las 9 ó 10 de la mañana ya se le habían acabado. Terminaba el trabajo y entonces quedaba libre para hacer otras cosas: actividades de la organización y actividades de la comunidad cristiana.

Odilón era para mí un ejemplo muy bueno. Algunos me decían:

—Estamos en la organización y ya no podemos hacer tal y tal cosa, porque no hay tiempo.

Cuando me decían eso, yo siempre pensaba en Odilón, en cómo logró organizar su vida para cubrir los gastos de su familia y para estar activo en todo lo demás. Fue un gran amigo.

Llegaba a la casa con un budín y mientras estábamos comiéndolo, tan rico, platicábamos sobre la situación.

Me insistía en la necesidad de un cambio, me quería tener bien informado y quería hacerme caminar un poquito más allá. Estaba enseñándome, captándome estaba. Se me hizo costumbre el verlo llegar. Entonces, avisaba a los demás:

—¡Ahí viene Odilón! ¡Vamos a comer budín y a hablar del café!

Y cabal. Odilón llegaba, se sentaba, sacaba sus budines, nos los brindaba y entonces le decía yo:

—Odilón, ¿qué tal? ¿Cómo está la situación?

—Lo primero que hay que comprender es lo que está pasando con el café...

¡Y siempre empezaba igual, siempre la infraestructura económica, como él nos decía...! Odilón, ¡qué gran amigo! Fue un maestro para mí. Desde que lo conocí he mantenido que los verdaderos revolucionarios no son los que hacen una cosa dejando de hacer otra, sino los que se multiplican para poder hacerlo todo. Odilón cayó también en Cutumay Camones, en enero del 81, cuando la ofensiva general.

Fueron 10 años de trabajo en los suburbios de San Salvador. Del 70 al 80. Un largo proceso para las comunidades y para nosotros. A medida que íbamos profundizando en el trabajo, dando conciencia a la gente y la gente organizándose, venían más problemas. En la Iglesia ningún obispo nos apoyaba. En este camino, ninguno. Sólo Monseñor Romero y su obispo auxiliar, Mons. Rivera. No es que los demás no nos apoyaran, es que nos condenaban. La verdad es que sólo podíamos contar con Monseñor Romero.

Pero para poder llegar a contar con él, también tuvimos que caminar, también fue un proceso. Porque Monseñor Romero, hasta ser arzobispo, había sido bien reaccionario. Para nosotros fue una decepción muy grande su nombramiento. Yo lo conocí cuando todavía era obispo auxiliar. En aquel tiempo criticaba a las comunidades de base. Apenas tenía acercamiento con ellas y cuando se acercaba era bien negativo. La verdad

es que Monseñor Romero nos caía muy mal. En aquel entonces no sólo nos parecía conservador, sino hasta malo.

En nuestra parroquia tuvimos un conflicto bastante serio con él. La cosa fue después de una ocupación de la Universidad Nacional, en 1972, cuando salió un comunicado de los obispos en el que claramente defendían la medida del gobierno, justificándolo con lo de la subversión y el comunismo. Nuestros cristianos se enojaron bastante con los obispos, pero como nos sentíamos Iglesia, pensamos que era oportuno invitar a Monseñor Romero a platicar con nosotros. Aceptó, llegó a la parroquia y preparamos una misa para concelebrar con él tres curas más. Todo iba normal, pero después del evangelio, en la homilía, empezó a atacarnos, acusándonos de políticos, de ya no ser cristianos, rechazando nuestros compromisos, ofendiendo a la gente. Pero no de ninguna forma amable, porque aquello no fue ni discusión ni plática, sino más bien fueron insultos mutuos. La gente se sintió ofendida, se defendió con la Biblia en la mano, un gran pleito.

Pedro se quitó el alba y dijo que no había ambiente para celebrar la eucaristía, así que mejor lo dejábamos porque había sido un fracaso. Tal vez nosotros no supimos llevar la discusión. Monseñor se quedó sin argumentos y empezó a usar argumentos de autoridad, insistiendo en que él tenía la razón, sólo porque era obispo. Un tono feo. No terminó la misa, cada quien se fue a su casa, unos grupitos siguieron discutiendo con Monseñor, que tenía cólera. Yo me acuerdo que ese día le dije a Monseñor Romero:

—¿Cómo es posible que la Iglesia esté tan alejada del pueblo pobre?

Pero él, nada. Creo que entonces nos despreciaba. Fue bien triste aquel pleito.

Pero digo yo que felizmente sucedió eso. Años después, cuando Monseñor era ya Monseñor, volvió de nuevo al mismo lugar y con la misma gente. Recuerdo sus primeras palabras: dijo que se acordaba de todo y pidió disculpas por lo que había dicho aquel día. ¡Nos pidió perdón! Y nos dijo que estaba decidido a acompañar a su pueblo como pastor, que en aquel entonces no comprendía lo que estaba sucediendo. ¡Púchica, una actitud tan humilde!

No creo que haya ningún obispo que haga eso. El cambio de Monseñor fue un milagro. ¿Cómo se dio? Bueno, yo creo que, a pesar de todo, él fue siempre un hombre honesto. Tenía prejuicios contra nosotros y nosotros los teníamos contra él. Ahora vemos que malo nunca fue. Nosotros lo sentíamos malo, pero ese fue nuestro error, los prejuicios. Porque él, en el fondo, siempre guardó la honestidad. Y lo cierto es que quien es honesto llega siempre a la verdad. Trataba de hacer el bien, a como él lo entendía. Y tenía muchas influencias negativas.

También fue siempre un hombre de mucha oración, bien religioso. Para él Dios no era una palabra vana. Yo creo que para algunos obispos Dios es una palabra vana. Son funcionarios de Dios. Para Monseñor Romero, incluso en esa su época fea, Dios siempre fue Alguien, a quien él trataba de responder del mejor modo posible.

Fue un hombre muy religioso. Cuando lo recuerdo, lo recuerdo sobre todo el día que las Ligas Populares se tomaron la iglesia de El Rosario. La iglesia estaba tomada. Pero se continuaban celebrando misas y seguía el culto. Los "compas"controlaban a todo el que entraba. Un guardia intentó entrar armado, como provocación, y lo capturaron los "compas." Quería armar un bonche dentro de la iglesia, disparar hacia afuera y decir que habían sido los de las Ligas. Cualquier cosa así. Lo capturaron, pues. Entonces, Monseñor se dio cuenta de que con el pretexto de ese guardia capturado se iban a meter los cuerpos represivos a la iglesia para rescatarlo, iba a haber una masacre.

Monseñor decidió ir a mediar. Como yo conocía bien a los compas de las Ligas, me pidió que lo acompañara. Para allá fuimos y cuando estábamos dentro, la guardia comenzó a rodear la iglesia. Empezaron las conversaciones, los guerrilleros soltaron al guardia, pero ahí no acabó la cosa, porque la guardia se mantuvo fuera, insistiendo en que iban a entrar. Y los compas en las puertas, con sus pistolitas. Nosotros detrás, esperando a ver qué iba a pasar. Y Monseñor en la puerta, tratando de negociar. Los guardias le gritaron, "¡Cabrón!" Eso le impresionó mucho. Después me dijo:

—Primera vez que me dicen eso.

Estaba indignado, preocupado también. Me confesó después que estaba cierto que nos iban a matar a todos. Fueron momentos malos. Y eso es lo que recuerdo. A mí no se me ocurrió rezar, pero lo vi a él rezando, y esa imagen se me ha quedado grabada. Pálido, caminando de aquí a allá, rezando el rosario... Esto duró una hora, dos horas. Y él rezando su rosario. Monseñor me dijo después que rezar había sido su única esperanza. ¡Qué fe más sencilla! A mí nunca se me hubiera ocurrido eso. A él sí. Era un hombre muy religioso.

Fue un hombre tímido. Pero también alegre. Contaba chistes, creaba un clima de hermandad entre él y el pueblo. Una cosa bien grande para nuestros cristianos. Y una cosa bien grande para nosotros los europeos, que estamos acostumbrados a ver una distancia enorme entre el obispo y la gente. En Bélgica, para poder ver uno al obispo hay que pasar cuatro o cinco puertas, pedir permiso, llamar, solicitar, esperar un día... Aquí no, aquí vimos una cosa distinta: un obispo que convive con el pueblo. Entonces, fuimos acercándonos a él y esto despertó en todas las comunidades una conciencia bien grande de pertenecer a la Iglesia. En todos los acontecimientos de alegría o de tristeza, en los asesinatos y en las masacres, siempre en todas las actividades, allí estábamos. Y él con nosotros. Apreciamos mucho de Monseñor su trabajo, su esfuerzo por encontrarse con todo el mundo, por visitar los cantones más alejados. En su oficina, de la mañana a la noche, había siempre gente para platicar, buscándolo. Se acercó a todo el pueblo. Todo el pueblo se le acercó. No es fácil eso en un obispo.

La última vez que hablé con él fue en febrero de 1980, un mes antes de que lo mataran, cuando fue a Bélgica a recibir el doctorado *honoris causa* de la Universidad de Lovaina. Yo estaba en Bélgica y regresé con él, llevándole la valija.

Fue muy bonito el acto en Lovaina. Un acto de gran nivel y en esa universidad de la edad media, de tanto prestigio, con todos los profesores vestidos con sus ornamentos especiales. Yo que conocía un poquito a Monseñor miré que estaba muy nervioso. Porque él era tímido y hablar delante de todos aquellos profesores le daba pena. Pero empezó diciendo unas palabritas en flamenco. Y eso le robó el corazón a todos. A los cinco minutos ya había perdido el nerviosismo. Hablar era su carisma. Y enseguida fue como si estuviera nuevamente en el púlpito, en la catedral de San Salvador, con sus gestos y su elocuencia de siempre. Realmente, todo lo que dijo impactó bastante. Y reco-

gió un aplauso tremendo. Antes de él, hablaron unos científicos que también recibían el doctorado, pero los aplaudieron así, con un aplauso discretito. Monseñor se llevó el gran aplausote.

Vengo del más pequeño país de la lejana América Latina. Vengo trayendo en mi corazón de cristiano salvadoreño y pastor, el saludo, el agradecimiento y la alegría de compartir experiencias vitales.
Saludo, ante todo, con admiración a esta noble Alma Mater lovaniense. Jamás imaginé el inmenso honor de esta vinculación honorífica con un centro europeo de tanto prestigio académico y cultural, donde nacieron tantas ideas que han contribuido al maravilloso impulso de la Iglesia y de la sociedad para adaptarse a los tiempos nuevos.
Por eso, vengo también a expresar mi agradecimiento a la Universidad de Lovaina y, desde ella, a la hermana Iglesia de Bélgica. Porque este doctorado de honor lo quiero interpretar no tanto como un homenaje a mi persona. Me abrumaría la desproporción enorme de tanto peso sobre tan pocos méritos. Más bien permítanme interpretar este generoso galardón universitario como un cariñoso homenaje al pueblo de El Salvador y a su Iglesia, como un elocuente testimonio de apoyo y solidaridad para con los sufrimientos de mi pueblo y su noble lucha de liberación y como gesto de comunión y simpatía con la actuación pastoral de mi arquidiócesis.
Tampoco podía negarme a aceptar este privilegiado homenaje si el venir a recibirlo significaba venir a agradecer a la querida Iglesia de Bélgica el inapreciable contingente de ayuda pastoral a nuestra Iglesia salvadoreña. En efecto, no hubiera podido encontrar un lugar y un momento más adecuado que éstos que me proporciona tan gentilmente la Universidad de Lovaina, para decir, desde el fondo de mi corazón ¡Gracias!, muchas gracias, hermanos obispos, sacerdotes, religiosas y laicos por unir tan generosamente su vida, sus sudores, su contribución económica con las preocupaciones, obras, fatigas y hasta persecuciones de nuestros agentes pastorales.

(Palabras introductorias del Discurso de Mons. Romero en Lovaina, Bélgica, 2 de febrero de 1980).

Regresamos juntos en el avión y hablamos bastante. Nunca tocaba él el tema de la muerte, siempre hablaba de la vida, de lo que había que hacer. En aquel viaje mucho me habló de la preocupación que tenía de que las comunidades se convirtieran en meras organizaciones políticas y nada más y que no mantuvieran su identidad cristiana, su fidelidad eclesial. Me preguntaba sobre eso, me pedía que le contara mi propia experiencia. Los demás obispos lo presionaban mucho en ese punto. Yo le aseguraba que nosotros hacíamos un trabajo pastoral, que las comunidades tenían una reflexión bíblica permanente, que si nuestra gente se organizaba en las organizaciones populares era una consecuencia de su fe. El lo entendía bien, pero tenía esa problemática por las acusaciones que le hacían, diciéndole que él andaba apoyando cosas políticas porque nosotros, los curas que andábamos en eso, éramos más políticos que curas. Y que las comunidades lo mismo. El quería argumentos. Me los pedía.

De eso hablamos bastante. Y también de la experiencia que había tenido esos días en Bélgica. Le impresionó mucho conocer las familias de los curas y las monjas belgas que trabajábamos en El Salvador. Familias numerosas y muy unidas. En El Salvador, por la pobreza, por la represión, por la guerra, todas las familias están desintegradas. Es difícil que haya una familia realmente compacta. A Monseñor le dolía aquello. Me habló mucho en ese viaje de cómo hacer una pastoral de la familia. Siempre andaba él con una pila, siempre pensando en qué hacer.

Yo he mirado que en la medida en que uno va subiendo de rango y de cargo, más que todo en la Iglesia, uno se va quedando cada vez más callado. Cada vez es más hombre de la institución. Es lógico. No se quiere perder el rango. Con Monseñor Romero pasó todito lo contrario. En el momento de estar al más alto nivel fue cuando dio ese gran cambio. Y perdió el rango y perdió la vida. Eso es único en la historia de la Iglesia, eso es un milagro.

Monseñor fue un hombre muy apasionado. Yo le agradezco mucho su sentido de la Iglesia. Aquí en el frente de guerra tratamos de ser un poco como él. Acompañar al pueblo y hacer siempre un trabajo eclesial.

La represión nos abrió los ojos. La represión contra la gente de las comunidades, cuando reclamaba. Y contra los curas. Viví muy cerca el asesinato de tantos curas como nos mataron en aquellos años. El primero, Rutilio. Y tantos más. En enero del 79, Octavio Ortiz, compañero nuestro, mi amigo, que fue miembro de nuestro equipo pastoral, que era de aquí, de Morazán... Rafael Palacios, Alfonso Navarro, Napoleón Alirio... Estuve en el entierro de todos ellos. Pero en ningún momento me desanimó su muerte. Yo creo que en aquellos años Monseñor Romero estaba jugando un papel muy grande de animador. Siempre en aquellos entierros de los sacerdotes se vivía una solidaridad fuerte, que te empujaba. La Iglesia y el pueblo unidos. Una Iglesia que se unía con el pueblo hasta en la sangre, que corría la misma suerte del pueblo. Aquellas muertes nos daban valor. Yo sentía el dolor y a la vez el gran ánimo para seguir adelante.

Tuvimos muchos registros, cateos. En el tiempo en que todavía no mataban curas, antes del 77, nos hicieron un gran cateo. Habían capturado a un muchacho y él andaba el número de teléfono de nuestra casa. Le encontraron los teléfonos y con torturas lo obligaron a decir que nosotros guardábamos armas en la casa y lo hicieron dibujar exactamente dónde estaban esas armas. Llegaron a buscarlas. Un gran alboroto en la casa, estábamos solos Pedro y yo, por suerte. Los guardias nos echaron boca abajo en el suelo, con los fusiles así, pegados a la espalda, mientras ellos registraban. Yo temblaba, quise huir, salir corriendo, dejar a Pedro solo. Tuve mucho miedo.

Hubo una manifiestación en San Salvador el 29 de octubre de 1979, cuando estaba ya la junta. Mataron a más de 30 manifestantes campesinos. Trajeron los 30 cadáveres a la iglesia

de El Rosario y me invitaron a celebrar la misa. Había curas que me criticaban duro porque yo celebraba misas para gente de la organización. Pero aquel día no podía negarme. Era gente muy pobre, campesinos de aquí de Morazán que habían ido a la capital a manifestarse, a reclamar. Y los habían matado. Aquella misa, con los 30 cadáveres alrededor del altar, en el atrio de la Iglesia, con los campesinos, con las familias, no la puedo olvidar. La gente de la ciudad es más fría. Pero los campesinos, cantos, lecturas, oraciones, todo sabían. Mucha participación. Mirarlos, a esa gente tan profundamente religiosa, me animaba. No olvido aquella misa, me impactó mucho. Aquellos campesinos me enseñaban que la resignación no es un conformismo. Ellos tienen integrada la muerte en la vida. Siempre hablo de aquella misa cuando me preguntan los europeos:

—Y usted, ¿qué dice como sacerdote de la violencia?

Y yo siempre digo que la violencia no es un problema teórico, sino un problema práctico, que sólo se comprende la violencia del pueblo cuando se acompaña al pueblo. El problema de la violencia es el problema de dónde se ubica uno, dónde está uno. Me llama mucho la atención cómo los obispos de Nicaragua no condenan la violencia de los contras, más bien la apoyan... Entonces, el problema no es la violencia, sino quién la hace y para qué. El problema es dónde nos ubicamos, desde dónde miramos la vida, con quién estamos, dónde nos colocamos, desde dónde participamos, ¿no le parece?

Nunca tuve el pensamiento de que me iban a matar. Nunca creí que a mí me podía pasar eso. Pero tuvimos que ir tomando algunas medidas de seguridad. Porque todos estábamos en peligro y en las listas de los escuadrones de la muerte. Una medida que tomamos fue la de no dormir nunca en la casa. En el día trabajábamos normalmente, en la noche íbamos a dormir a otro lugar. El año 80 fue el peor. Después de que mataron a Monseñor Romero ya todo parecía posible. Nos van a matar a todos, pensábamos entonces. Yo, no tanto lo pensaba. Además, a mí las medidas de seguridad no me gustaban mucho.

Pedro ya no estaba. Quedamos solos Luis y yo. Una noche estaba bien cansado para salir a buscar dónde dormir:

—Luis, quedémonos aquí esta noche, no hay peligro.

—No, Rogelio, tenemos que escondernos.

Aquél día nos fuimos como a las nueve. A las once nos dinamitaron la casa. La destruyeron toda. Hubiéramos muerto los dos si Luis me hace caso.

Octubre de 1980

6. Cuerpos de seguridad allanan la vivienda del sacerdote Manuel Antonio Reyes Mónico, lo sacan violentamente de su casa y al día siguiente aparece asesinado.

6. Patrullas militares cantonales catean la bodega de Cáritas Arquidiocesana en Aguilares.

6. Una patrulla cantonal invade el atrio de la Iglesia de Aguilares y dispara al aire sus armas.

6. A las 8 a.m., al salir del refugio Domus Mariae, Mejicanos, fue caputrado por agentes de los cuerpos de seguridad vestidos de civil el albañil Francisco Antonio Castillo Hernández, de 22 años, originario de esta ciudad. Se le introdujo a un taxi y se lo llevaron con rumbo desconocido.

7. Una potente bomba fue detonada en la puerta del arzobispado de San Salvador y Seminario San José de la Montaña.

10. Miembros del ejército catean la vivienda de los sacerdotes de la parroquia de Mejicanos (San Francisco).

10. El ejército allana y catea el refugio ubicado en la casa de ejercicios Domus Mariae.

10. Cuerpos combinados violentan a tiros la iglesia de Aguilares, penetran, roban y hacen varios disparos en el interior del templo.

Cuerpos combinados de seguridad catean la casa parroquial de Aguilares, hacen destrozos y roban dinero y aparatos electrodomésticos.

La clínica parroquial de Aguilares es ametrallada por cuerpos combinados de seguridad.

Cuerpos combinados entran violentamente en la bodega de Cáritas Arquidiocesana de Aguilares y roban ropa.

24 Quince bombas de alto poder destructivo son colocadas en la residencia de los PP. Jesuitas, en la Colonia Jardines de Guadalupe de San Salvador.

27 Una nueva explosión termina de destruir la residencia de los PP. Jesuitas en la Colonia Jardines de Guadalupe de San Salvador.

27 Cateo al refugio Domus Mariae, Mejicanos, donde se pretendió dañar los restos que aún quedaban en buen estado del transmisor de la YSAX, radioemisora de la arquidiócesis de San Salvador.

Noviembre de 1980

5 Dinamitan la casa de los sacerdotes belgas que atienden pastoralmente la parroquia de la Colonia Zacamil, San Salvador. En el operativo posterior que se realizó minutos después, robaron papeles, fotos, cassettes, libros, dinero y un mimeógrafo. Son los mismos cuerpos represivos uniformados que hicieron dinamitar la casa los que catearon y saquearon.

7 Personas de civil fuertemente armadas capturan a dos seminaristas menores del Seminario de San José de la Montaña...

(De una de las páginas del largo informe de Socorro Juridico del Arzobispado de San Salvador "Persecución a la Iglesia." Abarca sólo 1980. Fue publicado en 1981 en San Salvador).

San Salvador era un peligro. La represión crecía y todos estábamos amenazados. Nos registraron otras muchas veces la casa. Y empezaron las llamadas telefónicas, que nos iban a matar por ser curas comunistas, que nos fuéramos, que sabían lo que hacíamos. Amenazas. A medida que la cosa se ponía más fea, tuvimos que tomarlo en serio. Porque los escuadrones de la muerte trabajaban muy bien. Pedimos alojamiento en un convento de monjas. Allí teníamos un cuarto para dormir. Y eso que eran monjas que daban clase a gente acomodada. Pero es que en el tiempo de Monseñor Romero todo el mundo tuvo

apertura. Ya después que lo mataron, no, ya mucha gente retrocedió. Mucho han cambiado las cosas en la Iglesia salvadoreña sin Monseñor Romero.

Una noche dos muchachas tenían también problemas de seguridad, no podían quedarse en su casa. Como lo más normal del mundo, se nos ocurrió llevarlas al convento de las monjas a donde íbamos Luis y yo. Había un cuartito con dos camas, un colchón. Cabíamos los cuatro. Nosotros teníamos llave del convento. Entramos sin hacer ruido hasta el cuartito...

En aquellos tiempos malos teníamos ya formadas muchas comunidades. El domingo eran misas y misas. A las 6 y media agarraba el carrito y de la Zacamil a recorrer muchos lugares. Tenía muchas misas... pero no ganaba ni un centavo. Hay curas aquí que dicen siete misas, pero sólo para ganar pisto. En todas las comunidades las organizaciones habían ido creciendo. Eran comunidades de gente pobre y hay un momento en que la pobreza y la organización van juntas, ¿no? Cuando se organizaron, los cristianos de nuestras comunidades empezaron a sufrir la represión. Muchos fueron asesinados. Los sacaban de su casa, los mataban, botaban por ahí los cadáveres...

Sólo de las comunidades de la Zacamil tenemos 600 muertos; 600 mártires, sí. Eran cristianos y entregaron la vida por su pueblo, son nuestros mártires. He insistido siempre en que tenemos que apuntar todos sus nombres para recodarlos siempre. Alguien lo está haciendo ya en San Salvador. Sus nombres, sus fechas, sus circunstancias, sus vidas. Porque no podemos olvidarlos nunca. Tantos muertos que he visto y los nombres ya se me van olvidando...

> ...Aquí estamos llenos de problemas. La actividad de las organizaciones populares se ha multiplicado. Y a la par ha aumentado la represión. Un miembro de nuestros grupos cristianos fue capturado el martes pasado. Era un maestro. No sabemos de su paradero y cuál ha sido su suerte. Tenemos poca esperanza de volverlo a ver. Cada

> día aparecen cadáveres. Ayer pasé el día más triste de mi vida. Los alumnos del maestro desaparecido decían haber visto su cadáver a la entrada de un pueblo, a una hora de distancia. Junto con la esposa y algunos familiares fuimos a ver. El juez de paz del pueblo había reconocido el día anterior a diez cadáveres. "Cada día pasa esto," nos dijo. Pensamos que alguno de los diez, que no había sido identificado, podía ser nuestro amigo. Pero ya estaba enterrado. Nos dieron permiso de exhumación y con una pala y una piocha fuimos al cementerio... Lo desenterramos, estaba cruelmente torturado, pero no era él... Cuando estábamos de regreso nos avisan que habían encontrado su cadáver en donde estuvimos buscando en la mañana. Llegamos. En un puentecito había un poco de gente. "Cada día aparecen cadáveres," nos dijeron. "Esta mañana enterramos a un maestro." Pero los datos que nos dieron no coincidían. Cuando estábamos allí, apareció otro cadáver cerca del río. Estaba torturado, lo volteamos para verle la cara, pero no era él... La esposa de nuestro amigo estallaba en llanto. Seguiremos buscándolo, pero no tengo ninguna esperanza de encontrarlo vivo. Dios no puede ser indiferente ante tanto sufrimiento...
>
> (Extractos de la carta del P. Rogelio Ponseele al P. Pedro sobre la desaparición del maestro Agustín Osmín Hernández capturado el 12 de febrero de 1980. La carta es del día 15).

Ya desde que había sido asesinado el Padre Octavio, en enero de 1979, empezábamos a pensar en irnos de San Salvador. El ambiente era más y más tenso cada día. A finales de 1980 más parecía que era el fin. En noviembre de ese año, ¿se acuerda?, cuando mataron a los dirigentes del FDR y pocos días después a las monjas americanas... Fue difícil aquel tiempo. Fue el tiempo de las decisiones.

¡Púchica!, es peligroso llevar a la gente a un punto, porque después la gente lo lleva a uno hasta otro punto, lo lleva más allá. A fines de 1980 los compas preparaban ya la insurrección general. Ellos decían la "insurrección final." Se sentía que todo iba a cambiar. No podíamos seguir en San Salvador, nos iban a matar.

Para mí había dos caminos: o salir del país o ir a Morazán, en donde se estaban agrupando los compas para la retaguardia militar de esa insurrección.

En la comunidad pensábamos mucho entre todos qué podíamos hacer. Me decían unos:

—Mire, padrecito, váyase fuera, que es demasiado peligroso. Lo van a matar. Nosotros aquí ya resolveremos nuestros problemas, ¿no?

Y otros decían:

—Vea, usted siempre ha hablado bastante bonito, usted sabe decir bien las cosas y ahora, lo que usted está pasando, ese miedo a la represión, es lo que nosotros hemos pasado siempre. Hemos estado trabajando como cristianos con usted, nos hemos organizado, nos están fregando con la represión, de repente hemos tenido que ser clandestinos... Y ahora, ¿qué va a hacer usted? ¿Se va a ir? Claro, usted tiene derecho a irse, usted es extranjero y puede irse. A nosotros nos toca quedarnos aquí...

¡Púchica, qué cuestionamiento! Yo, que tenía la fama de ser tan bravo y de exigir tanto compromiso a la gente...

Recé mucho antes de tomar una decisión. Ir a Morazán, con los compas que se estaban organizando en el frente de guerra, fue una propuesta que me hicieron ellos. Respondía también a un deseo mío. La cosa se dio porque en nuestras comunidades tuvimos siempre organizados de todas las organizaciones. Y siempre tuvimos una actitud de apoyarlos a todos. Yo celebraba misas tanto para el FAPU, como para los de las Ligas, como para los del Bloque... Con todos hablábamos. Poco a poco hubo un mayor acercamiento a las Ligas Populares, es decir, al ERP. Específicamente por su planteamiento sobre la unidad. Desde el principio ellos se planteaban luchar por la unidad.

Años atrás los del ERP fueron muy fregados. Por su visión militarista. Yo tuve bastantes choques con ellos por eso. Me exigían cosas que yo no podía cumplir, ¡que yo no quería

cumplir! Por ejemplo, una vez me pidieron que les diera una lista de nuestros cristianos para comunicarse con ellos y hacerles llegar armas. ¡Ellos siempre con su esquema de insurrección popular a corto plazo! A esas cosas yo me negaba:

—No puedo hacerles esa lista, vaya. No puedo hacerlo sin hablar antes con esa gente, ¡yo no puedo dar una lista con nombres!

A muchas exigencias les dije que no. Así, drástico. Un compa, Mateo, se desesperaba.

—¡Con los cristianos no vamos a hacer nada!

—Pues si no vamos a hacer nada, terminemos ya de hablar. Fue muy agradable conocerlos, pero aquí terminamos toda plática. Porque lo que ustedes me piden yo no lo puedo hacer.

Fueron cambiando su actitud. No me acuerdo el año en el que tuvieron una evaluación, en la que hasta reconocieron su error en la muerte de Roque Dalton. Se hicieron una autocrítica muy fuerte. Después de aquello, Mateo vino a verme:

—Bueno, Rogelio, esta semana mire usted cuánta represión no ha habido... Ustedes son comunidad cristiana. ¿Qué pueden hacer ustedes frente a eso? ¿Qué respuesta van a dar?

Ya era otra forma, ¿no? Le dije que podíamos hacer una misa pública de denuncia, que podíamos hacer una manifestación, tomarnos una iglesia para protestar por lo que había pasado...

—¡Háganlo!

Cambió la cosa. Mateo llegaba y me daba un informe político y me preguntaba qué podíamos hacer nosotros. Pero ya no llegaba a exigirme que hiciéramos esto o lo otro. Así, fue habiendo un mayor acercamiento. A Mateo lo encontré después aquí, en Morazán. Cayó combatiendo en Corinto.

Por ese acercamiento de años que había fue que me trajeron la propuesta de irme con ellos a Morazán. A finales de 1980 hubo una gran euforia en las organizaciones. Pensaban que la insurrección que se preparaba era ya definitiva, que la guerra iba a ser breve, que la victoria estaba al alcance de la mano. Yo tenía fuertes dudas sobre eso. No podía comprender cómo iba a ser tan corta la guerra si el gobierno contaba con el apoyo norteamericano. Me acuerdo que esta duda se la platiqué a la comandante Mariana, con quien hablé la cuestión de si iba a ir

o no a Morazán. Pero todos nos contagiábamos de la euforia. También yo participé del entusiasmo de aquel momento. Yo nunca me imaginé entonces que la guerra se iba a prolongar tanto.

Era la hora de las decisiones. Los compas nos insistían:

—Ustedes pueden hacer dos cosas. Aquí en San Salvador no pueden quedarse ya. Entonces, o salen del país y se incorporan a la solidaridad, o vienen al frente de guerra, a Morazán. Vean qué quieren hacer.

A todos nos lo plantearon. Discutimos entre nosotros, reflexionamos. Hubo un intercambio fraterno, un discernimiento entre todos para ir cada quién tomando su decisión. Y los demás, apoyándolo en lo que decidiera. Como equipo de pastoral así lo hicimos. Nos respetábamos, veíamos lo que había a favor y en contra...

Yo tenía una ventaja sobre el padre Pedro y el padre Luis. Tenía muchos más años de trabajar en San Salvador. Diez años. A Pedro lo habían expulsado ya unos años antes, había estado mucho tiempo afuera. Entonces había regresado por un tiempo, pero... Luis tenía poco de haber llegado. Por eso, ellos estaban más afligidos que yo. Además, pasó que en aquellos días que estábamos reflexionando qué íbamos a hacer, cuando aún teníamos el carro, iban Pedro y Luis por la calle y sintieron que un carro cerrado, de esos de cristales ahumados que usan los escuadrones, estaba siguiendo el carro de ellos. Ellos corriendo y el otro detrás. En El Salvador muchas veces pasaba eso. Y así mataban a la gente. O la asustaban. Lograron escapar, perdiéndose en el tráfico. Pero fue la gota de agua: se asustaron mucho.

—No, Rogelio, aquí nos van a matar...

Tenían miedo. Yo estaba con miedo, pero menos afligido que ellos. Nunca he pensado realmente que a mí me iban a matar, no sé por qué. Tenía más libertad para decidir, porque tenía menos miedo.

Por fin, Luis y Pedro salieron. Para incorporarse a la solidaridad internacional. Los apoyamos.

Todos sentíamos que era una hora definitiva, que era la hora de probar que estábamos cerca del pueblo. A la vez, pensábamos que nos despedíamos sólo para unos meses, para un tiempo breve. Y después, la victoria.

Recé mucho en todo este tiempo. ¿Dos caminos? Pero yo me decía: ¿y qué es lo que voy a hacer yo "a nivel internacional?" ¡Cuatro babosadas! Me sentía inútil para ese trabajo, porque iba a tener que hablar. ¿Y qué voy a decir? No, yo no sirvo para eso. Mejor me quedo. Me quedo con mi pueblo. Y me voy a Morazán.

Tomé la decisión en la capilla del seminario de San Salvador, en donde estaba escondido.

Los "compas" me habían hecho la propuesta de ir a Morazán como sacerdote. Jamás me dijeron que tenía que ir como combatiente o para integrarme a la guerrilla o para cumplir alguna tarea como militar. Y hasta el día de hoy jamás han tratado de desviarme a otras tareas que no sean las de sacerdote.

Me acuerdo que platicaba con Teodoro todo esto:

—Se va como sacerdote. Vea lo que puede hacer allí como sacerdote. Porque en Morazán hay cristianos y los combatientes también son cristianos. Nosotros sabemos que ustedes han formado en la Zacamil grupos de reflexión. Vea cómo puede organizar también esos grupos allá, cómo puede hacerlo.

A mi me gustó la propuesta. Me pareció importante. Creo que también los "compas" fueron geniales al darse cuenta de la importancia de que un sacerdote acompañara al pueblo en esta guerra, una guerra del pueblo, de los pobres.

Si a mí me hubieran dicho en 1970 o en el 72 que fuera a Morazán, al frente de guerra, yo no hubiera ido. No hubiera ido por miedo. Y por no comprender bien la situación. También es verdad que yo pensé que estaba tomando una decisión sólo para unos meses. Nunca me imaginé que la guerra se iba a prolongar tanto. Nadie se lo imaginó.

Un domingo antes de la navidad de 1980 ya me retiraron a una casa de la organización, preparando el viaje hacia acá. Pedro y Luis se habían ido ya. Ese domingo celebré misa por la mañana y me despedí de la gente. Pero ellos creían que había decidido irme yo también.

—Pues sí, padre, aquí lo van a matar, mejor que se vaya a otra parte.

—Está bueno, pero no se olvide de nosotros.

Y yo con ganas de decirles: no me voy, sigo con ustedes. Me sentí un poco triste. En la tarde celebré una misa en Santiago Texacuangos. Lo mismo, que me iba del país... Las despedidas. Regresamos a San Salvador y de un solo me tocó arreglar la valija para una cita que teníamos a las siete de la noche en el Boulevard de los Héroes. Todo muy misterioso: iba a pasar un carro, se iba a detener, me iban a llamar por mi nombre, tenía que subir ligero a ese carro... Y cuando por fin pasa el carro, miro que eran amigos míos, de mucho tiempo en las comunidades cristianas. Como compromiso, estaban atendiendo una casa de seguridad de la organización. En esa casa estuve unos días hasta la navidad. La nochebuena fue de fiesta con la familia. Al día siguiente empezó el viaje para el frente.

Salimos de la casa con un carro hasta tal parte de la Colonia Miramonte. Allí nos estaban esperando, pasó otro carro, subí y salimos para San Miguel. Viajé con Santiago, un locutor de la Radio Venceremos y con Gustavo, quien también venía a incorporarse. En San Miguel estuvimos en otra casa. Con el dueño pasamos cantando canciones cristianas. Santiago tenía miedo de que los vecinos se dieran cuenta de algo extraño con tanto canto.

De ahí nos llevaron hasta Santa Rosa de Lima. Al llegar a una vereda tuvimos ya que bajar. Empezaba la caminata. Un guerrillero bien jovencito le ofreció un arma a Santiago y otra a mí. Le dije que no, que yo no usaba armas.

De Santa Rosa nos tocó caminar hasta Hecho Andrajos. Llegar hasta allá fue para mí un calvario. Yo pesaba entonces 220 libras y creía que podía caminar ligero, pero me equivocaba. Después de un kilómetro me torcí el pie.¡Qué dolor! Le dije al "compa" que nos guiaba, pero no me hizo ningún caso. Cada vez se me hinchaba más, no podía. Cuando llegamos a Hecho Andrajos yo estaba del todo arruinado. Los pies sangrando, sudado, aquel dolorón. Descansé un poquito y ya estaban diciendo que arriba, que había que seguir a La Esperanza. Otro calvario.

¡Qué pena sentía! Yo había venido con la idea de animar a los "compas." Y todos los "compas" me miraban con lástima. Un cura tan gordo que ni puede caminar... Me sentí perdido. ¡Púchica!, aquí voy a ser una carga, yo no voy a poder

hacer nada aquí. En La Esperanza me invitaron a celebrar una misa y eso me dio algo de ánimo.

En aquella primera misa mía en el frente de guerra dije algo así:

—Ustedes no cargan el fusil porque sean violentos o porque quieran matar. En manos de ustedes el fusil se ha convertido en un arma sagrada para conseguir la liberación del pueblo.

¡Jamás habían oído algo así! Estaban asombrados de que un cura dijera esas cosas. Pude darles algo de ánimo.

A la mañana buscaron una mula para ir a dejarme hasta el río Sapo. Pensaban que el enemigo había entrado al otro lado del río y por eso íbamos con mucho cuidado. Y yo con miedito. Después ya supimos que no había peligro. Caminar otra vez hasta El Escondido. Mi pie estaba hinchado, arruinado. Del río Sapo a la Guacamaya. Horrible ese camino tan difícil. Mis dudas eran cada vez mayores. No iba a poder aguantar esta vida...

Al llegar al campamento los compas me recibieron bien, pero miré que me tenían lástima. Hasta me buscaron una camita de pita, de las que tienen los campesinos, para que descansara. Pero dormí muy mal aquella noche, no dormí. Me sentía el hombre más fracasado del mundo. ¿Para qué había ido a Morazán...?

Morazán, ya ve, es una zona de cerritos. De cerritos y de veredas. Es un gran monte, pero no hay aquí montañas grandes, Cerros y veredas. Perquín, San Fernando, Torola, Joateca, Arambala, Corinto más al sur, Jocoaitique... Son los pueblos grandes. Bueno, pueblos grandes que son pueblos chiquitos, pueblitos. Con casitas de adobe, algunas de ladrillos. Con sus escuelitas, su alcaldía, su puesto militar, su ermita. Callecitas de piedra al centro. Los bombardeos han arruinado estos pueblos. Las casas están destruidas, hay impactos de bala por todos lados. Algunos están vacíos, la gente huyó. Otros no. Torola está destruida prácticamente. Son pedazos de casa nada más. Es triste ver estos pueblos y el monte que va naciendo por todos lados. Están los pueblos y están también los caseríos, los cantones, más chiquitos, con sus ranchitos de madera o de paja.

En Morazán hay mucha agua. Es una gran ventaja. Cuando hay corte de luz porque los compas han hecho un sabotaje para nosotros nunca es problema. No tenemos luz nunca. Tenemos candelas, un candil a veces. Y siempre tenemos agua. Muchos ríos y riítos, muchas quebradas para bañarse. Hay pájaros lindos, pájaros que yo nunca había visto en San Salvador. De todos colores, lindos.

También cusucos y garrobos. Los "compas" los cazan para comer. Hay una especie de culebra gorda que se come también. Cuando uno tiene hambre aprende a comer de todo. También hay frutas. Encontramos guineos, mangos, aguacates... Según la época de cada fruta, pues.

Me costó bastante acostumbarme a la comida. Porque yo he sido un hartón, ¿no? Y aquí no hay mucho con que hartarse. Cuando estaba en San Salvador lo único que nunca me gustó de la comida salvadoreña fue la tortilla. Para mí no tenía sabor ninguno. Pero como estaba en San Salvador conseguíamos ¡pan francés! Y comiamos con francés siempre. Al llegar a Morazán me tocó comer tortilla, no había otra cosa. Aún recuerdo cuando me sirvieron la primera comida: un puño de frijoles encima de dos tortillas. Y con los dedos. ¡Yo nunca había comido con los dedos! Al principio, apenas podía comerme una tortilla con un poquito de frijoles. No me gustaba. Y todo un mes pasé dejando una de las dos tortillas. Comía sólo una. Y hasta la comía un poco a la fuercecita. Al segundo mes, ya comía dos tortillas. Y, por último, si me daban tres, ¡bienvenidas! Y son tortillas gruesas las que hacemos aquí.

En el frente uno no se harta, uno aprende a saborear. Después de todo un día de caminar, de sudar, de enlodarse, que le ha caído a uno la lluvia encima, la tormenta, uno llega al campamento y dice una compañera:

—Aquí tenemos un poquito de café.

Es café de maíz, pero está caliente. ¡Sabe tan sabroso! O una tortilla calentita. Es lo más rico que puede haber en el mundo.

> ..Rogelio Ponseele, sacerdote, que después de haber trabajado diez años en la formación de comunidades eclesiales de base a nivel de San Salvador se ha incorporado al Frente Oriental del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional. A continuación, el compañero y sacerdote Rogelio Ponseele se dirige a todos nuestros hermanos de El Salvador y del mundo que están sintonizando en estos momentos a Radio Venceremos, emisora del FMLN. Con ustedes, el compañero Rogelio Ponseele:
> Al pueblo salvadoreño (...) Ha llegado la hora de la batalla definitiva. El pueblo, harto de sufrir tanto, ha decidido levantarse en armas para conquistar su libertad. La razón la tiene el pueblo, la guerra que le ha sido impuesta por los que desde años lo tienen tremendamente humillado (...) El ejército popular tiene una lucha considerable (...) Los hombres honestos y en su gran mayoría cristianos que han salido en defensa de este pueblo, cuyo calvario no tiene semejante. La violencia es legítima cuando se hace uso de ella en defensa propia y mucho más aún cuando se hace uso de ella en defensa de un pueblo entero. Hermanos, en esta hora decisiva (...).
>
> (Transcripción —inaudible en algunos fragmentos— de las palabras del Padre Rogelio Ponseele por Radio Venceremos el 10 de enero de 1981, día del lanzamiento de la ofensiva general en El Salvador).

Al principio de llegar mi trabajo estaba poco coordinado. Y yo me encontré un poco solo. Me di cuenta que los "compas" me querían aquí, acompañándolos, acompañando a la población, pero que era yo el que tenía que encontrar el camino de cómo hacer las cosas. Además, era el tiempo de preparar la ofensiva general, enero de 1981. Todo andaba en función de eso.

Con la ofensiva, tal como se desarrollaron las cosas, que más que ofensiva final fue la ofensiva inicial, empezó la guerra. La guerra que no ha terminado y se prolonga y se prolonga. Ya en marzo tuvimos la invasión de Morazán por el ejército. Yo trataba de colaborar en todo. Limpiaba el campamento, acarreaba agua para los "compas," iba a dejarles la comida en la línea de fuego... En medio del mortereo yo iba a llevarles los tres tiempos de comida. Era un mortereo bien grande en La Guacamaya. Los "compas" apreciaron lo que hacía, pero al

cabo de unos días me dijeron que eso no me correspondía a mí. Que me estaba ¡ter-mi-nan-te-men-te prohibido! hacerlo.

En aquel tiempo yo pensaba: colaborar en lo que fuera. Abría pozos antiaéreos, paleaba la tierra, lo que se presentara... Después de la invasión nos fuimos a una zona que se llama El Centro. Se acercaba la semana santa y los "compas" se tomaron Villa El Rosario el viernes santo. Allí celebramos la misa de la resurrección.

El enemigo quiso recuperar lo que había perdido. Fue el primer bombardeo contra la población civil que me tocó vivir. Fue bien cruel. Cuando morterean el campamento no impresiona tanto, porque siempre se mantienen las distancias y un mortero cae aquí y otro allá y no asusta tanto. Pero cuando se siente el mortereo en un pueblito tan pequeño... Además, era gente que no tenía ninguna experiencia de eso. Estaban muy angustiados.

—Padre, ¿qué nos va a pasar?

—¿Y cuánto tiempo van a estar volando morteros?

—¿Y después ya nos van a dejar tranquilos?

Días de mortereo permanente. Reunimos a la gente en un solo lugar, en una casa grande, durmiendo todos en el piso. Los niños lloraban y lloraban, pero no era por el miedo a las bombas. Era por los parásitos, les dolía la barriga. No dormí aquella noche. Me quedé sentado mirándolos. ¡Qué pobreza, Dios mío...! Y encima, el silbido de las bombas. Fiuuuuu, ¡bummmbb! Siempre con la esperanza de que el mortero no fuera a matarnos a todos ahí dentro.

Fue un error mío reunir a la gente en un solo lugar. Después aprendí que hay que dispersarla. Y es que yo tampoco tenía experiencia de nada. Pasé la noche mirándolos. Aquellas pobres mujeres cargadas de niños tiernos, angustiadas. Los niños tan chucos, hambrientos, llorando... No olvido aquel cuadro de angustia, siempre me voy a acordar de aquella noche. Sólo los miraba y los miraba. Cuando pienso en aquella noche me viene a la cabeza la pregunta de tantos campos:

—Padre, ¿y qué pasa con Dios? ¿Usted no dice que Dios actúa? ¿Y cómo es que actúa Dios, Padre?

En los bombardeos uno piensa en la muerte, la siente cerca, viene por el aire. Uno se pone nervioso con los bombardeos. En Morazán, permanentemente está la amenaza de la muerte

por el bombardeo, por una invasión militar, por un desembarco del enemigo en la zona, por un mortero, por un disparo perdido... Yo soy miedoso. Un día pensé que no podía seguir viviendo con la angustia de que iba a morir. En San Salvador ya había pasado por malos momentos, ¿no? Y había crecido un poco en eso de aceptar la muerte. Pero ha sido aquí, en Morazán, en donde me enfrenté a esto. Tantos mueren, yo también puedo morir. No soy ni más ni menos, no valgo más, no valgo menos...

La muerte siempre hay que evitarla, pero hay que aprender a vivir con la conciencia de que puede llegar mañana y que eso no lo detenga a uno. Es difícil. Cuando uno pierde el miedo a la muerte, uno ya va teniendo una gran calma. Entonces, viene el bombardeo y hay serenidad, se toman decisiones, no hay nerviosismo. Uno reafirma su compromiso: estar dispuesto a dar la vida. Y así uno sobrevive a esos momentos. Porque el nerviosismo te puede matar antes de que te mate la bomba.

Yo creo que es importante aprender a integrar la muerte en nuestro proyecto de vida. Porque todos queremos hacer algo grande, pero, por favor ¡no morirnos! Por eso, una consigna que a mí nunca me ha gustado de los "compas" es ésa: "Vencer o morir." Los salvadoreños, los "compas," los cristianos, no son así. La muerte forma parte de su proyecto de vida. Los salvadoreños me han enseñado que eso tenía que hacer yo también. Yo, que tanto hablo de la muerte de Jesús, de su entrega en la cruz. Yo, queriendo evadir la muerte a toda costa, a toda costa, no estaba entendiendo nada. A integrar la muerte en la vida: eso lo he aprendido aquí de los salvadoreños.

Después de la toma de Villa El Rosario regresamos al campamento en donde estaba funcionando la Radio Venceremos. Y de ahí ya empecé a trabajar más formal. Todos los domingos tenía misa en la ermita de El Zapotal. Venían los pobladores, venían los compas. Así empecé el trabajo pastoral, reuniéndolos para celebrar la eucaristía.

Misa bajo una lluvia de morteros y balas

El 24 de marzo, o sea a 14 días de combate, cuando más recio estaba el fuego, la comandancia del Frente decidió celebrar el primer aniversario del asesinato de Monseñor Romero. ¡Celebrar una misa y un acto político-cultural con presencia de los pobladores de la zona en plena ofensiva! Y se hizo. Se concentró a la población civil en el caserío El Mozote y se realizaron los actos bajo una literal lluvia de morteros y ametrallamientos de helicópteros. El pueblo y su ejército revolucionario rindieron homenaje a Monseñor Romero en plena ofensiva.

Radio Venceremos se hizo presente al acto y, realmente, fue uno de los programas más hermosos que hayamos producido. En esa oportunidad quedó bien evidenciada nuestra capacidad militar y a la vez la impotencia del ejército enemigo. Nosotros habíamos anunciado desde unos días antes que íbamos a realizar el acto, habíamos dicho el lugar y hasta la hora y, de hecho, el ejército enemigo se propuso impedir el acto, aprovechar la concentración de población y fuerzas en un punto conocido para asestarnos un fuerte golpe y no logró nada.

Y en efecto, cuando estábamos en la misa, que nosotros estábamos transmitiendo en vivo, concentraron su fuego artillero sobre nosotros y los helicópteros nos ametrallaban, mientras que su infantería realizaba un esfuerzo supremo para romper nuestra defensa y poder asaltar el lugar de la celebración. Pero más que el poder de fuego, más que el número de nuestras fuerzas, fue la convicción y entrega de nuestros combatientes lo que mantuvo a raya al enemigo durante todo el acto, durante toda la ofensiva.

No pudieron asustar a la población civil que rendía homenaje a su pastor asesinado, no pudieron callar al sacerdote Rogelio Ponseele (sic), quién acusó a los asesinos de Monseñor, los mismos asesinos del pueblo, no pudieron callar a Radio Venceremos que transmitió para nuestro pueblo y el mundo el estremecedor homenaje de un pueblo en pie de lucha a uno de sus más queridos mártires.

(Testimonio de "un miembro del Colectivo III" de Radio Venceremos. Aparecido en Señal de Libertad, 1983, 24.)

Siempre he podido celebrar la misa aquí en el frente. Nunca he tenido que suspender la celebración por un bombardeo. Algunas veces no he podido ir a alguna comunidad porque la situación está difícil en tal o cual parte. Si la misa es en una comunidad de Morazán, que es territorio controlado por el FMLN, no hay problema, aunque siempre hay posta, siempre hay gente cuidando. Si la misa es en alguna población, pongamos en Corinto, en donde el enemigo puede entrar más rápido, entonces los compañeros mandan por delante una columna. Un pelotón por acá, otro pelotón por allá. Para proteger la misa, para que no vaya a haber alguna sorpresa, ¿no? Siempre me dicen:

—No, Rogelio, usted no va solo, vamos a mandarle a los compañeros.

Y se molestan si voy a hacer algo a alguna comunidad sin avisarles antes. Defienden la libertad religiosa, ¿ve? Es verdad que a ellos no les conviene que me suceda algo. Pero no es sólo por eso. Ellos son muy respetuosos de la fe del pueblo. Y les gusta que se celebren los actos religiosos.

Las misas son momentos de fiesta para todos. Celebramos cuando podemos, sea domingo o no. Llegan de los caseríos, de los cantones, con su mejor vestido. Y por muy pobre que sea la comunidad, siempre hay ambiente de fiesta y ventecitas. Venden pancito o guineo o venden una sandía, cositas así. O hacen fresco.

Cuando tengo alba me la pongo. A veces no la tengo porque la he perdido. La estola sí me la pongo siempre. Le da a la misa más carácter de fiesta. Cualquier lugar lo podemos convertir en un templo. Un árbol, una mesita, los mantelitos, las flores... Siempre lo que más me impresiona es que antes de la misa la gente llega para decirme los nombres de sus caídos para que les dedique la misa. Yo voy siempre con un cuaderno.

—Apunte el nombre de mi papá, de mi mamá, de mis tres hermanitos, de mi abuelita, el de mi tío...

Así son todos. Y esos nombres no son nunca de muertos por enfermedad. Los han matado. Murieron en una masacre, en un bombardeo. A veces en una página del cuaderno tengo sólo uno o dos nombres que son por "muerte de Dios." Así le dicen ellos al que murió de enfermedad: que fue muerte de Dios. Cuántos asesinados, cuántos...

La misa es sencilla. Las lecturas de la Biblia y después la reflexión entre todos. Un texto de la Biblia y tres preguntitas sencillas. A base de esas tres preguntas ellos van sacando la relación de la Biblia con su propia vida. Dicen:

—¡Eso es lo que está sucediendo hoy, es lo mismo!

Y descubrir que lo que está escrito en la Biblia es lo que ellos están viviendo, lo que ellos hacen, les agrada tremendamente. Eso les da fuerza. La Biblia es el libro más lindo que hay. Porque uno abre la Biblia en cualquier página y:

—¡Púchica, si es como nosotros!

Para comprender su historia, el pueblo no tiene un libro que sea mejor, ¿no cree?

A veces en la misa tenemos a "Los Torogoces." Es un conjunto musical. Están acampados, pero si pueden llegar a la comunidad donde celebramos la misa, vienen a cantar. Es una suerte, hay más fiesta. Cantamos mucho *la Misa campesina* de Nicaragua, metiéndole algunos cantos de *la Misa salvadoreña*. "Vos sos el Dios de los pobres" nos gusta mucho. A veces voy caminando por esas veredas, por los cerritos, tengo que caminar tres, cuatro horas hasta encontrar una comunidad por el camino, en las pocas casitas que ya quedan, oigo a los niños y a los mayores cantando eso: "Vos sos el Dios de los pobres, el Dios humano y sencillo, el Dios que suda en la calle..." Desde el primer día cantamos ese canto. Gusta mucho.

"Los Torogoces" tienen la tarea de animar las misas. Son seis. Tienen tambor, dos guitarras, violín, contrabajo, acordeón. Ninguno sabía tocar acordeón, pero "recuperaron" uno en una casa y ya lo tocan. No saben nada de solfa pero tocan todo. El violín lo tocan como grandes artistas. Tocan todo de oído. Yo sé solfa y no toco nada. Ellos no saben nada y tocan todo.

Al principio, cuando llegué, no estaban "Los Torogoces." Y busqué a alguien que tocara en las misas. Y encontré a Felipe, que tocaba el violín. Cuando se habla de odio yo pienso siempre en Felipe. El ejército le mató a su mujer, a su suegra y a cinco hijos. De un solo, en una masacre. Tiene otros dos hijos que andan con él en el frente, combatiendo. Pero no hay odio en Felipe. Hay disposición de luchar, pero odio no hay.

Cuánta gente he conocido que ha sabido convertir tanta pena moral en combatividad, pero no en odio. Por eso me da risa cuando los obispos hablan de perdón en sus cartas pastorales. ¿Sabrán de qué están hablando?

Pienso en el papá del padre Octavio Ortiz. Le mataron a este su hijo sacerdote, le mataron a otro hijo que terminaba su año de bachillerato. Y a su hermano. Quemaron el cadáver y la mamá recogió los pedacitos para enterrarlo. Ahora le llegó la noticia de que dos de sus hijos cayeron combatiendo aquí en el frente. Su mujer, en un refugio de San Salvador, su mamá en un refugio de Nicaragua, sus hijas buscando trabajo en San Salvador, otras en los Estados Unidos... Toda la familia desintegrada. Y con tanta muerte y tanta tristeza, pero él me dice que no tenemos que odiar, que tenemos que perdonar y que Dios nos dé fuerza para hacerlo. Pero no lo dice así, como un esquema que le sale, lo dice saliéndole del corazón. El no odia. Por eso pienso, ¿de qué hablarán algunos obispos, algunos sacerdotes, cuando hablan de perdón? ¿Qué saben ellos?

Hay muchos compas que están en la misa y sienten escrúpulos de ir a comulgar. Porque han participado en algún combate, han disparado y han matado. Y les queda ese escrúpulo. Aunque todos no lo dicen, eso les queda. Vienen a la misa, participan, pero no se acercan a comulgar. Yo insisto siempre en que no tengan escrúpulos, en que el hecho de que estén luchando hasta dar la vida no es en ellos una mera palabra sino un hecho real y que eso es el compromiso más grande, el compromiso más cristiano. Y porque están dispuestos a dar la vida por los demás tienen pleno derecho a acercarse a la comunión. Yo les digo así y estoy convencido de eso que digo.

La misa es, pues, una fiesta. Una fiesta de la comunidad. Cuando he estado en Europa, ah, ¡esas misas de Europa son para llorar! También en la Zacamil la misa era fiesta, era alegría, era participación. Una vez que regresé a Bélgica me pu-

sieron a celebrar una misa en Lovaina, en una iglesia de mucho valor, de siglos... Me pusieron en un altar grande, me tuve que poner todos los chunches, la casulla, todo... ¡Y estaba como a 50 metros de la gente! No puede predicar, no encontraba palabras para decir nada. Me había preparado bien y no sabía qué decir. Y pensando, ¿qué estoy haciendo aquí?, ¿qué significa esto? Nunca he tenido esa pregunta cuando celebro la misa debajo de un árbol aquí con la gente.

Yo no voy nunca a la línea de fuego. No me dejan ir. Tampoco voy armado. Nunca he ido armado. Creo que es mejor así. A veces los "compas" bromean y me dicen:

—¡Ah, Rogelio, agarrá un fusil!

Pero cuando hablan en serio, no. Tienen claridad sobre eso. Saben que a unos les toca una cosa y a otros les toca otra.

—¿Y a mí qué me toca....?

—Rogelio, usted tiene que andar en las comunidades, usted tiene que hacer pastoral. Con que usted ande con nosotros aquí, celebre misa, haga grupos de reflexión de la Biblia, con eso es suficiente. Eso es lo que queremos que haga, eso es lo que le toca a usted.

Cuando yo llegué a Morazán la gente tenía mucho tiempo de no haber visto a un sacerdote. Yo no sabía ni por dónde empezar. Estaban los campamentos de los guerrilleros, estaba la población, yo no conocía a ningún catequista. Yo había llegado para... ¡a saber para qué! Así fue al principio. Pero me llamaron de todos lados. La gente se dio cuenta que había llegado un cura y lo querían ver. Y yo empecé a caminar para un lado, para otro y la gente me llevaba a sus cantones para celebrar la misa y sobre todo para bautizar. Como no había habido sacerdote en mucho tiempo y aquí nacen los niños a ritmo acelerado, había muchos cipotes, tiernos y también ya mayores, sin bautizar.

La gente llegaba a sacarme en caballo, por respeto. Es costumbre en muchos lugares sacar al padre en caballo. Un campesino lleva el caballo del mecate y otros dos van a la par, como en escolta. En muchos lugares se mantiene la idea de que un cura no puede llegar a pie, con una mochila.

A una comunidad que queda cerca de Corinto iba una vez a llegar el cura de Anamorós. Yo estaba por aquella comunidad, el pueblo estaba tomado por los "compas." La mayoría de la gente de esa comunidad está con nosotros, pero hay un grupo que mantiene sus tradiciones y trata de zafarse de la guerra. Yo sabía que llegaba aquel cura y fui a verlo. Quería ver a un hermano sacerdote, me interesaba mucho platicar con él. Caminé por lo menos cuatro horas con mi mochila para llegar allá. Llegué a las ocho. El cura llegó hasta las diez. Yo estaba platicando con la gente y oigo que grita uno:

—¡Ya viene el padre!

Me sorprendió y les dije:

—El padre aquí está.

—¡No, no, el padre!

Como queriendo decirme el padre "de verdad." Llegaba a caballo, con dos a la par y el que guiaba el caballo. Llegaba de sotana blanca. Y el grupito de gente más beata lo rodeó, felices de verlo así. Me acerqué:

—Padre, quisiera concelebrar con usted. Usted predica y si le parece yo puedo decir unas palabritas...

—No, no, en otra oportunidad diga usted lo que quiera. Pero hoy soy yo el que voy a decir la misa.

—Son sólo unas palabritas, un saludo a esta gente que conozco.

Buscando yo un acercamiento, la unidad. Por fin aceptó. Pero él no predicó nada, me dejó hablar sólo a mí. No quiso decir ni una sola palabra en mi presencia. Hay prejuicios. Algunos creen que soy un cura desviado.

Estuvo confesando antes de la misa. Y a la hora de la comunión, puso sólo las hostias de la gente que se había confesado con él. Las había estado contando, ¡con una camándula! A los que no tenía contados, a los que él no había confesado, no les dio la comunión.

—¡Yo sé cuántos son los que pueden comulgar!

La gente mirándose. A los guerrilleros de allá, que fueron a la misa con sus fusiles, como siempre van, tampoco les quiso dar la comunión. Se escandalizaron mucho los compañeros.

Quiero decir que la relación con algunos sacerdotes se hace difícil. Que hay diferencias bien grandes entre nosotros.

Cuando estaba en San Salvador me tocó ya pelear bastante en las reuniones del clero. Yo siempre he sido un poco pleitista. Desde aquí le escribí una vez a un sacerdote, que me faltaban esos pleitos, que echaba de menos las reuniones del clero, que extrañaba todo aquello.

¿Monseñor Rivera me apoya? Yo digo que sí, aunque a su modo... Nosotros tenemos una ventaja: lo que hacemos, acompañar a los pobres, compartir su vida y sus angustias, hacer esta pastoral de acompañamiento, dar esperanza, todo eso, vaya, difícilmente lo puede desaprobar un obispo, ¿no? Por lo menos, si trata de ser honrado. Y esa honradez, me parece, no le falta a Monseñor Rivera. Pero yo digo que me apoya a su modo porque a veces lo sentimos cerca de nosotros y a veces lo sentimos lejano. Nos alegramos bastante cuando dijo que la palabra de Dios tiene que ser anunciada a todos y en todas partes. Entonces, también en los frentes de guerra, ¿no? Esto lo dijo no con estas palabras exactas, pero en una de sus homilías dijo así y de esa forma nosotros lo entendimos.

Yo, personalmente, me sentí bien contento cuando participó conmigo en una celebración de la Palabra en el cerro de Guazapa. Allí, así, delicadamente, dio a entender que sí estaba de acuerdo con mi trabajo. Uno se vuelve sensible ante estas cosas. Animan después de cinco años de habernos sentido aislados de esa comunión eclesial que antes vivíamos tanto.

En Morazán estoy en la Diócesis de San Miguel. Aquí es obispo Alvarez. Pero no tengo nada que ver con él. Nada. El es coronel del ejército, tiene ese rango.

Al principio era más "el padrecito." Al principio. Porque ahora me hablan los "compas" de "vos," ¡de "puta" también! Hay una relación muy cariñosa con los "compas." Pero al principio, si había una cama de pita mejor, era para el padrecito. Si había una tortilla, era para el padrecito. Poco a poco eso fue desapareciendo. Uno entra en confianza y deja de ser el padrecito. Duerme con ellos, come con ellos lo que hay o lo que no hay. Creo que esto es una experiencia bien profunda. Porque nosotros los curas, por muy sencillos que vivamos, disponemos siempre de un poder. Tenemos casa, tenemos dinero, tenemos carro... Tenemos poder y es por eso que la gente nos busca. A ver si me ayuda el padre, a ver si me lleva al enfermo en su carro... Y el padre presta el carro o él mismo va al hospital... Tenemos poder, tenemos ventajas, tenemos privilegios.

En San Salvador yo iba a "La Fosa" y comía las tortillita con la gente. En el tugurio no había nada más que esa tortillita. Pero llegaba a mi casa, abríamos la refrigeradora, sacábamos un pollito ¡y un tamaño vaso de fresco! Aquí hago fila con los compas para un poquito de fresco, poquito porque no se halla azúcar, a veces sólo para mojar los labios. Y uno sabe que eso es ya para todo el día... Ah, es fácil compartir con la gente una hora, dos horas... Aquí es siempre.

En el frente no tengo nada. Nada para mí, nada para darle a nadie. Estás a la par de un compa que no tiene nada y tú igual. Aquí yo siento a veces que no soy nadie. Ando como todos, con mi mochila, sin nada. ¿Qué les puede ofrecer este cura? No tengo nada. Sólo los acompaño y esta poca fe que tengo la comparto con ellos. Ya no hay ningún poder. Y la Iglesia es un árbol, un poco de sombra y un mantelito. Y el cura ya no es nadie por que no tiene nada. ¡Ni para ayudarles tengo poder!

Había que empezar a trabajar en las comunidades. Entonces, empecé a hacer cursillos de varios días, como los que habíamos hecho antes en San Salvador. Me reunía con los que iban a ser los animadores de las comunidades, los catequistas, los delegados de la Palabra. En Morazán encontré a bastantes hombres que habían sido años antes catequistas. Con ellos hicimos un plan de trabajo, vimos algunas cuestioncitas para ir oganizándonos. Ahora, en toda la zona de Morazán contamos con 50 catequistas, pero los que están muy bien formados son poquitos. Los catequistas visitan las comunidades cuando tenemos que estar durante un tiempo lejos, yéndonos de un lugar a otro por la guerra. Ellos son los que convocan a la comunidad para el grupo de reflexión o para la celebración de la Palabra o para la misa, cuando puedo ir a celebrarla.

La comunidad se reúne con el delegado de la Palabra. Son campesinos que apenas saben leer. Para leer una lectura de la Biblia tardan un montón de tiempo y yo, que soy tan impaciente, a veces me pongo nervioso. Me entra la preocupación de si los entiende o no los entiende la gente, si se alargan, si abu-

rren.Porque después de leer tan tardado, predican bien largo. La verdad es que la preocupación es mía. La gente los comprende y le gusta. Con sus palabritas sencillas, con ejemplitos, lo explican todo. A mí es a veces a quien no entienden. Porque siempre quedan deficiencias del lenguaje y está la distancia cultural, tantas diferencias...

Una vez yo estaba visitando con un delegado de la Palabra una comunidad. Ya nos regresábamos.

—Padre, ¿por qué dice usted que no debemos ser pesimistas?

—Porque tenemos que ser optimistas.

—Pero, padre, ¿por qué dice "pesimistas,?" ¿Qué significa eso? Yo conozco que un "pecenista" es de ese partido... Pero no entiendo por qué usted nos dice que no seamos de ese partido, si aquí nadie es de eso...

¡Púchica, para él "pesimista," era "pecenista," del PCN, el partido de los militares...! Si él no me estaba entendiendo, él entendiendo, él que todo el tiempo andaba conmigo... A veces me queda el miedo que nadie entienda nada de lo que digo.

Algo más de un año después de estar en el frente vino a trabajar aquí a Morazán otro sacerdote: el padre Miguel Ventura, que es salvadoreño. A los comienzos de los años 70, él ya había trabajado mucho por esta zona haciendo labor concientizadora, formando comunidades de base. Pocos años antes, lo capturaron y lo torturaron. Se sintió sin ningún apoyo de su obispo ni de los otros sacerdotes que había por allí entonces. Y salió del país y se fue a Estados Unidos. Allí el peligro es que uno se va acomodando poquito a poquito, ¿no? Trabajaba en la solidaridad, con los refugiados, aprendía inglés, pero se iba acomodando.

En 1981 se dio cuenta de que yo estaba por aquí por Morazán y empezó a cuestionarse. A desacomodarse, vaya. Pasó después por Nicaragua y con los compañeros miró algunas películas de aquí del frente, películas que hay de la vida de por acá... Cuando él miró a todita su gente, la que él había formado, ahora comandantes del FMLN, aquí en las tareas... Me contaron que dijo:

—¡Ya no más películas!

Y se fue a reflexionar. Empezó a pensar en volver. En 1982 llegó aquí. El conocía Morazán mejor que yo, estas veredas las tenía todas recorridas. Ibamos por los cantones y en cada rincón salía un compañero:

—¡Puta, Miguel, volviste!

Y los abrazos. Bien emocionante el encuentro de nuevo con su gente. Ya se quedó aquí. Somos amigos, compañeros.

De Miguel he aprendido a ser paciente. Yo soy muy impaciente, siempre lo he sido. El me ha ayudado a tratar a la gente con más calma. Es de origen campesino, un hombre muy profundo, muy sacerdote.

—No, Rogelio, es bueno que el delegado de la Palabra sea quien lea la lectura, la gente lo va a entender. Es más importante que lo haga él que uno que sabe.

Todavía tengo muchas cosas que aprender de los salvadoreños. Con Miguel también puedo hablar de muchas cosas de la fe. Porque al principio, a veces, me sentía solo. No solo, porque estaba rodeado de mucha gente muy cariñosa. Pero, ¿con quién hablar de la fe, de las dudas de la fe? Porque mi fe no es la de un campesino, ¿no? Con Miguel puedo platicar, me comprende muy bien, también a él le agrada platicar conmigo. Rezo con él, hacemos reflexión juntos. Es un gran apoyo. Nos apoyamos uno a otro, vaya. Con nosotros dos, curas, y además de los catequistas, trabaja Paty y Foncho. Somos pocos. Somos pocos para tanto quehacer.

El trabajo pastoral en las comunidades, con la población lo fuimos dividiendo con el tiempo. Ahora tenemos cinco áreas de trabajo. La celebración de la Palabra y la celebración de la eucaristía. Los grupos de reflexión. Los derechos humanos. La catequesis de los niños. Y el apoyo a los proyectos de la comunidad.

La eucaristía es la gran fiesta. Los grupos de reflexión también son importantes. Yo diría que éste es tal vez el trabajo más importante que hacemos, por que es básico que no haya un abismo entre el fuerte compromiso político y la visión cristiana. En toda la zona contamos ahora con unos 50 grupos de reflexión, con bastante gente en cada uno.

La gente se reúne a leer la Biblia, a reflexionar, a cantar, a orar. En unos sitios tenemos más éxito que en otros. A veces los campesinos tienen miedo de entrar en un grupo de éstos porque cuando viene el ejército los acusan de ser guerrilleros.

Vamos buscando los textos que despiertan esperanza, los que les permiten entender su historia, sus sufrimientos, los que les hacen disponibles a participar en todo lo que tiene que ver con la comunidad.

Yo no tengo ningún escrúpulo en animar a la gente a que participe en el proceso revolucionario, en la lucha armada. Para mí es algo tan evidente. Y para ellos también. Su guerra es una guerra tan justa y tan legítima. Es por eso que tienen tanto problema en comprender que un obispo o que un sacerdote puedan estar en contra de esta guerra. No lo entienden, porque para ellos un obispo y un sacerdote son lo más grande del mundo.

Una vez yo traté de meter cizaña en la reflexión:

—Miren, la Radio Venceremos habló contra Mons. Gregorio Rosa Chávez. Me parece que están haciendo lo que no deben, porque nuestros pastores son nuestros pastores y hay que respetarlos.

Yo, para probar a ver qué me decían. Porque para ellos Radio Venceremos es algo sagrado y no se debe criticar a la radio. Pero también el obispo es algo sagrado. Un dilema, ¿no? Pero fíjese que lo resolvieron a favor del obispo. Gente formada, catequistas. Y hasta intentaron escribir a Radio Venceremos que, por favor, no hablara mal del obispo.

—El obispo, si habla mal de nosotros no es porque lo piense así, sino por su seguridad de él. Si nos critica es por seguridad, porque lo pueden matar. Pero la verdad es que él está con nosotros.

Así piensan. Nunca entienden que un sacerdote o un obispo pueda estar contra su lucha, contra su guerra. Siempre han vivido en la pobreza y la Fuerza Armada viene a matarlos. ¿Qué tienen que hacer? Tomar las armas y defenderse, ¡luchar! Eso es evidente. Cositas así siempre salen en nuestros grupos de reflexión.

También hacemos un trabajito alrededor de los derechos humanos. Tenemos que estar cerca de la gente que más sufre, los que son víctimas de los bombardeos, de las invasiones militares. Visitamos a esta gente, platicamos con ellos, vemos

que al menos no les falte un poco de maíz. Porque si han capturado al hombre y la mujer se ha quedado con los niños sola y no hay maíz no puede haber tortilla y entonces, ¿qué comen? También recogemos los datos de las capturas, de los asesinatos, para hacer denuncias. Dentro de El Salvador y también a nivel internacional.

Está la catequesis con los niños. Aprenden con la Biblia; Abraham, Moisés, el desierto, Jesús... Tienen su reflexioncita y juegos y cantos. Por último, tratamos de colaborar en todos los proyectos que van haciendo las comunidades. Estamos en guerra y todos son no más proyectos de sobrevivencia. Hay cooperativas de producción, frijol, maíz, arroz; están los huertos; la salud con medicina preventiva y medicina curativa, tienditas, cooperativas de consumo, escuelitas para los niños.

Alrededor de esos proyectos se organiza la comunidad y se forma la junta vecinal. Al responsable político lo nombra el FMLN. Es un campesino representativo de la comunidad, la gente lo aprecia. Es el hombre que decide en caso de peligro, el que trae las líneas de arriba hacia abajo y el que canaliza las inquietudes de abajo hacia arriba. Hay reuniones, la gente discute, plantea. Hay mucha confianza en el responsable. Es como el papá de la comunidad. La comunidad lo acepta. A él toca ganarse más y más la confianza de la gente y si no lo logra, el FMLN lo cambia. No es una democracia acabada, pero sí es un germen de democracia.

Las comunidades cristianas están representadas en la junta vecinal. Nosotros apoyamos todos estos proyectos. Hacemos lo que podemos. Las escuelitas son casas medio destruidas con unas piedras donde se sientan los niños y una tabla para que pongan el cuadernito. Enseñamos a leer a los niños. Y un poco de geografía de Morazán, su propio ambiente. Les enseñamos a conocer también el Frente, cuáles son las organizaciones que lo integran, cuáles son los frentes de guerra... Geografía de El Salvador, un poco de historia, los sucesos del 32, su propia historia...

Los adultos también tienen clase. Yo he colaborado en varias oportunidades en proyectos de alfabetización. Porque hay compañeros guerrilleros que tienen que cumplir algunas misiones y no saben leer ni escribir. Ahí ve, son comandantes que son grandes estrategas militares y apenas saben poner

unas letras. Eso es una desventaja, porque tienen que recibir correos, cuidar la comunicación, responsabilidades.

Están bien motivados para aprender. Hubo un tiempo en que los compañeros estaban necios, que había que enseñar con el método de concientización alfabetizadora de Freire. Pero yo insistí en que tenía que ser algo más ligero: pa-pe-pi-po-pu y la-le-li-lo-lu y formar palabras y ya. Método tradicional, porque aprender era urgente y los compas ya tienen suficiente formación política. Y rápido aprenden porque tienen ganas de aprender.

Yo he enseñado a leer a varios guerrilleros. A veces me desanimaba, porque no aprendían tan ligero como yo había pensado. Pero un año después los encontraba:

—Padre, ¿se acuerda que me enseñó a poner unas letras? ¡Pues ya sé escribir!

Con esfuerzo y con aquella base ya habían avanzado bastante. Sabían comprender un correo y escribirlo ellos mismos. Yo, la verdad, no puedo entender los correos que escriben, los ganchos de sus letras no los comprendo. Pero entre ellos sí se comprenden. Y al revés, cuando viene el correo del médico yo soy el único que lo entiendo. Los ganchos de las letras del médico ellos no los entienden.

En diciembre de 1981 tuvimos que guindear durante varias semanas, irnos de campamento evadiendo al enemigo. Porque el término "zona liberada" es un término muy relativo. Morazán es ahora zona liberada, zona bajo control total. Pero también aquí hay que caminar para huir del enemigo.

Bajo control quiere decir que ni la fuerza armada ni el gobierno tienen aquí ninguna estructura de poder. No hay alcaldía, no hay cuartel. Pero sí hay desembarcos del ejército, hay invasiones militares, hay bombardeos. Desembarco quiere decir que primero hay un bombardeo para limpiar el terreno y después vienen 15 ó 20 helicópteros que tiran tropa y uno tiene de frente al enemigo en poco tiempo.

Hay todo eso. Hay una guerra permanente. Desde 1981. Entonces, el pueblo se desplaza. Durante años nos hemos estado desplazando. Ahora, por cuestión de táctica política, el ejército no llega tanto directamente a masacrar, sino que tratan de ganarse a la población para alejarla de nosotros. Les traen algunos víveres, o no se los traen. Como chantaje. La gente es tan buza que le dicen a los cuilios que sí, que cómo no, que necesitan los víveres, que traigan más, que qué van a hacer ellos... El pueblo sabe bien quién es la Fuerza Armada. El pueblo es buzo y se aprovecha de esta táctica para ir ganando alguna legalidad.

Guindeamos. "Guindear" significa huir. De uno que corre se dice: "va en guinda." Tiene un tono negativo. Por eso los comandantes han dicho que ya no se puede usar más esa palabra, que hay que usar "maniobrar." Porque guindear es huir, pero maniobrar es jugar con el enemigo en el terreno. Nosotros jugamos con ellos. Como los niños que juegan a esconderse.

Una vez estaba platicando yo con un compañero y yo de "guinda" y de "guinda"... Detrás de mí estaba Jonás, uno de los comandantes de la comandancia general. Es muy bravo. Y yo con la guinda y la guinda...

—¡Basta, Rogelio! ¡Ya hemos dicho que esa palabra no se utiliza más! ¡Aquí se habla de maniobra y no de guinda!

En el fondo queda lo mismo, pensé yo. Es lo mismo, es andar días y noches enteros por esas veredas. Es hambrear. Y cuando no encontramos agua, es lo peor. A veces guindeamos —¡maniobramos!— dos semanas seguidas... A veces más. Caminando siempre. Viene una invasión y entonces los que integran la estructura militar se enfrentan, combaten. Pero la población, los heridos, los curas, los de abastecimiento, los de prensa y propaganda, los prisioneros si hay, bueno, a un montón de gente, nos toca guindear. Caminar de noche y de día maniobrando. Al principio éramos grupos grandes, ahora es con grupos más pequeños y no uno sólo, sino que unos van por aquí, otros van por allá. Grupos de cien personas, más o menos. Más y más la gente ha tratado de mantenerse sin desplazarse. Guindear no es fácil. Parte de la población se queda, otros guindean con sus responsables políticos, otros por su propia cuenta, ya tienen experiencia. Ya hay más control de qué hacer en cada caso.

Al principio, una vez en el sur hubo una invasión que duró mes y medio y nos tocó guindear hacia el norte mes y

medio. Mes y medio caminando todos los días, todo el día. A veces con más intensidad, a veces con menos. Pero durito. Recuerdo que cuando regresamos al campamento, me tiré al suelo y dije:

—¡Ahora que nadie me moleste, voy a dormir!

Y saqué el plástico de la mochila y...

—¡No, Rogelio, agarrá tu mochila, que viene el enemigo!

Había otra invasión por el norte. Toda la noche caminamos hasta el cerro de Cacahuatique. Allí nos quedamos escondidos una semana.

Se camina dependiendo de la posición del enemigo. Llevamos guías que se conocen el terreno con los ojos cerrados, cualquier veredita conocen. Llevamos compas armados para si es necesaria la defensa. Al principio, cuando guindeaba todo mundo junto era duro. Centenares de gentes, niños, mujeres ancianos, llevando sus chunches. Las ollas para hacer café, el comal para las tortillas, las mulas con los sacos de maíz. También iban los perros. Todo tiene que ser en un gran silencio. Los perros de Morazán, como que lo sabían y no ladraban. Son perros que acompañan. Ven pasar una guinda y se van con ella, calladitos los perros.

A veces en la noche se puede descansar. Cuando el enemigo está bien ubicado y no da señales de avanzar, entonces dormimos normal. Normal, eso quiere decir al sereno, con el plástico. En el frente todo el mundo tiene su plástico. ¡Esto es lo más sagrado que tenemos aquí! El plástico es la cama. Si pone uno la mochila en la cabeza, como almohada, se está bien.

En el camino, las mujeres se paran y echan las tortillas, porque llevamos todo para hacerlas. A veces resulta bien chistoso. Va pasando bajito una consigna de boca en boca:

—El enemigo está a 200 metros...

Así susurradito. Tal vez el enemigo está a más distancia, pero eso es para impresionar. Sobre todo, a la población, que no tiene tanta disciplina. Y va pasando la consigna:

—El enemigo está a 200 metros...

Y ni un ruidito, no se sienten ni los pies... Y en esos momentos, ¡un perol que se va para abajo, que cae! ¡Polón-polón-polón! ¡Puta, qué bulla! Pero ni con eso, nunca ha pasado nada en ninguna maniobra. Jugamos con el ejército y lo despistamos

Cuando uno va en guinda y lo descubren hay que buscar un lugar de protección. Lo más peligroso no es nunca la bomba. A no ser que la bomba le caiga a uno encima, claro. Lo más peligroso son las esquirlas, que van por arriba. Pero si uno está bien tendido, en un hoyo, con una pared, una piedra, algo que sea un parapeto, entonces se salva uno de las esquirlas. En la montaña todo mundo sabe qué es lo que tiene que hacer en cualquier momento. Son años de experiencia ya.

El objetivo de las guindas es salvar la vida. Cuando hay bombardeo, invasión, cuando hay un encuentro con la Fuerza Armada. Maniobramos para salvar la vida más que para jugar con el ejército. Pero ni el tiempo se pierde cuando hay guinda. Maniobramos hacia el sur, pues nos reunimos con los catequistas del sur y cuando volvemos al campamento, ya no fueron días perdidos. Siempre hay que estar listo, con la mochila siempre.

¿Qué llevo yo en mi mochila? Un pedazo de plástico, la cobijita, un poco de ropa, la Biblia, algunas hostias y el vino para celebrar la misa.

A veces no llevo hostias. Entonces le digo a los campesinos:

—Jesús usó pan y vino, la comida más ordinaria de su tiempo. Para nosotros lo más ordinario es la tortilla, vamos a celebrar así.

La gente no tiene ningún problema. Y comulgan con la misma devoción. Es algo natural y es también una necesidad, porque si la gente quiere la misa y si yo no tengo las hostias... Yo sé que hay quien dice ¡Ah! ¡Esos curas que celebran con tortilla! Pero para el pueblo no es ningún problema.

Algunos sacerdotes de zonas cercanas a veces me pasan hasta aquí algunas cositas: un libro de liturgia, de pastoral, un folleto que puede servir... Y hostias y vino para que celebre. Pues me contaron que en una reunión del clero, con monjas, el obispo Alvarez dijo bien bravo que muy bien sabía que había sacerdotes que se atrevían a pasar hostias y vino a la zona conflictiva... ¡Lo señalaba como un delito! ¡Qué barbaro! ¿Cómo no poder apreciar que incluso en estas zonas, en medio de la guerra, se celebre la misa con hostias y vino? ¡Como si fuera meter un cañón! Bueno, alguno me ha dicho que siendo el pueblo tan religioso, esas hostias y ese vino valen más que un cañón...

¿Qué pasa con la Iglesia? Cuando pienso en estas cosas me aflijo. ¡Púchica! ¿Cómo es posible que los obispos, que los curas, sean tan negativos frente a un pueblo tan humilde, tan pobre, tan sufrido, que tiene todo el derecho a luchar por una sociedad distinta?

En estas caminatas los campesinos tienen grandes ventajas sobre la gente que es más de ciudad. Hilario, por ejemplo, me gusta ir con él. De noche camina bien galán, con una seguridad bárbara. De día a veces se va al suelo, de noche jamás. ¿Cómo puede, no? Algunos llevan botas y caminan mejor. Pero la mayoría de los "compas" lo que tiene son zapatos sencillos, de suela de hule. Con el agua, con el lodo, duran apenas un mes. La población tiene peores zapatos. Ese es un gran problema aquí, cómo conseguir zapatos si hay tanto que caminar...

Cuando llega el invierno, las lluvias, las guindas tienen una ventaja. Y una desventaja. Ventaja porque el enemigo tiene dificultades. Desventaja porque pasamos noches y noches cayéndonos la tormenta encima, durmiendo con el plástico pero empapándonos. Si uno tuviera dos plásticos, se pone uno encima y otro abajo, pero nadie tiene dos plásticos, ¡eso es un gran lujo aquí! Uno, como está cansado, duerme bañado en agua, pero duerme. La gran alegría es cuando en la mañana sale el sol, se seca la ropa y se olvidan las penas. Si no saliera pronto el sol nos enfermaríamos todos de artritis. Pero aquí nadie padece de eso.

En invierno los caminos son más feos para caminar. Lodosos. Y cuando ha pasado antes toda una columna, ¡puro lodo! Yo me voy cayendo a cada rato. Los compañeros saben mantenerse mejor de pie, pero yo... Bueno, algo he avanzado. Al principio caía así, entero, ¡plas! Todo me dolía. Ahora ya sé caer más elegante y no es tan fregado, pero sigo cayéndome. Y después uno camina todo chuco. Aunque también tiene sus ventajas ir así tan chuco, porque entonces no tienes que mirar ni en dónde te sientas ni en dónde te acuestas. Eso también es una felicidad.

No sé en cuántas guindas he estado, ya perdí la cuenta. ¿Veinte, treinta? Algunas de semanas y semanas. Desde el año 81 se ha dado esto. Desde el principio fue necesario guindear. La única diferencia es que al principio había más población y no era tan frecuente, porque el ejército era más lento

para actuar. Ahora, el ejército entra y entra y cada vez tenemos más desplazamientos. Pero cada vez con menos gente. Y cada vez somos más móviles. Cada vez tenemos más habilidad. Caminar es un hábito ya.

Las maniobras son una posibilidad de hacer reuniones donde nos vamos parando. Estamos cerca y hablamos. Aprovechamos para largas pláticas. Y la plática es algo muy importante en medio de la guerra. Hablar nos ayuda. La guinda es también una oportunidad de hacer con los compañeros una reflexión, hasta con un texto bíblico. Siempre hay oportunidad de trabajar. Nunca estamos paralizados ni cuando vamos de camino.

Cuando vamos en maniobra y no hay que comer o no hay que beber, reflexionamos sobre la Biblia. El éxodo, el desierto, el camino del pueblo de Dios, la conquista de la tierra prometida... Como aquel pueblo, que anduvo 40 años. Nosotros, sólo llevamos 5 años de guerra. Y a pesar de eso, no deja de haber un poco de cansancio ya... Es natural, la gente quiere la paz. Pero quiere una paz que signifique un cambio de verdad, no cualquier "paz."

Reflexionamos también en lo que dice San Pablo, que el cristiano no tiene casa permanente aquí en esta tierra. Nosotros la tenemos. Los pobladores la tienen y la tienen que abandonar muchas veces. Siempre estamos en camino.

Casa fija no hay. Ah, y cuesta, porque nosotros estamos acostumbrados a tener casa, a tener mesa, a tener los libros, a tener máquina, a tener grabadora... ¡a tener música clásica! Yo soy aficionado a la música clásica, Mozart, Beethoven, Rachmaninoff... Aprendí esto desde pequeño y siempre me ha gustado. En San Salvador, en la Zacamil, yo tenía mi grabadora, bastante buena, que no prestaba mucho, para poder escuchar de vez en cuando un poco de música. En el frente, ni casa, ni mesa, ni música, ni libros, ni grabadora. ¡Nada!

A veces llevo conmigo, en la mochila, un libro: la cristología de Jon Sobrino. Un libro bastante denso, ¿no? Pero me gusta. Bajo un árbol leo una página. Me gusta. Una vez encontré una idea importante. Decía que sólo los que caminan pueden tener la esperanza de llegar un día. Sólo los que participan. Eso es lo que está pasando ahora en El Salvador, con la

prolongación de la guerra. La guerra no termina. Pero el cansancio lo sienten más los que se han quedado al margen, mirando lo que sucede. Esos son los que más se cansan. Los que desesperan. Pero los que van caminando no, esos sienten que se van acercando. En el mero bonche no sentimos tanto el cansancio. Fuera, en el extranjero, hay más pesimismo y más derrotismo por la guerra de El Salvador que aquí dentro. ¡Y nosotros somos los que estamos en la guerra, en el mero bonche! Mientras más lejos está uno del bonche, mientras menos participa, más se cansa. Curioso, ¿no?

Me siento muchas veces en la presencia de Dios cuando voy caminando. Y más si nos toca ir en silencio. Cuando vamos en columna, así, uno tras otro, vas junto a los otros, pero vas prácticamente solo y tienes oportunidad de meditar mientras caminas.

Siempre voy dando gracias a Dios. Me siento un privilegiado y le agradezco a Dios porque me ha dado la oportunidad de poder vivir aquí, en estos momentos, de poder participar en esta historia tan decisiva para este pueblo, tan determinante. Le agradezco a Dios el poder vivir aquí, con todos estos riesgos, con los "compas." A veces algunos me dicen, ¡pobrecito! Los guerrilleros, pobrecitos, pobrecito el cura cómo anda... ¿Por qué? Ser parte de este proyecto y compartir con los compas esta experiencia es una felicidad que yo no puedo describir en palabras. Le agradezco solamente a Dios.

Si la maniobra es de noche, yo no veo nada. Hay hoyos, hay piedras. Trato de ir tocando al que va delante en la columna para no perder el camino, porque si uno se sale del camino llega a otra parte y pierde la columna y se pierde él. En la noche y en silencio. Y así van con los heridos, cargándolos. Imagínese para el herido la molestia, qué incómodos van... Es duro.

Nuestros hospitales son siempre provisionales, son móviles, van de un sitio a otro, según la maniobra. Hay algunos seguros, para alguna clase de heridos que no se pueden mover tanto.

A la mayoría los trasladamos en las maniobras. Si a mí me tocara la responsabilidad de ese traslado, no aguanto. Es de lo más pesado, sobre todo en la noche, cuando no se mira ni dónde se pone el pie y con la angustia de no dejar caer al herido.

Una vez me ofrecí a cargar y me aceptaron. ¿Y cuánto aguanté? Una hora. Recuerdo a un compa, campesino, chiquito, con un cuerpo de niño, desnutrido. Era catequista. Se ofreció a cargar heridos en una caminata. Fueron 30 horas seguidas. ¡30 horas! Cargando por cuestas, bajadas, quebradas, por ríos... Yo hubiera muerto.

Me dijo después que le había costado tanto que se había apartado en los momentos en que se paraban un poquito para llorar. De tanto que le dolía el cuerpo. Que había tenido ganas de zafarse, pero que había vuelto de nuevo a cargar porque a los heridos no se les puede dejar atrás. Esta es una de las grandes preocupaciones de los compañeros, los heridos. Por eso nos dio tanta alegría cuando por el secuestro de la hija de Duarte sacaron del país tantos lisiados para curarlos en el extranjero.

Eduardo es un buen médico. Es cirujano. Tiene mucha capacidad. Pero les falta equipo médico, les faltan medicinas. Y no todos los médicos que están tienen la misma capacidad.

—Ese compa se hubiera salvado... ¡Me faltó tal cosa, tal otra...! Falté yo, no supe...

Sufren por esas fallas. Heridos que no se pudieron salvar. Y perdemos compas que valen oro, se nos mueren por esas limitaciones.

En el Frente hay varios hospitales y varias clínicas. Si hay un compañero muy grave tratan de sacarlo fuera del país para salvarlo. A unos les toca componerse en nuestros hospitales. Después, se reintegran a la lucha. Para mí es admirable cómo, después de la experiencia tan dura de estar heridos y heridos así como es aquí, con tantas penalidades, se reintegran a la lucha. Es ser valientes.

Todos los días hay un compañero herido, un compañero que cayó, uno que llega al hospital medio muerto, uno que se quedó sin sus piernas, un compañero que queda loco... Es un ambiente duro. Para mí, el trabajo más difícil que me toca es ir a visitar los hospitales y las clínicas. Estoy confesándome con usted, ¿no? Pues reconozco que no he trabajado suficientemente en eso porque estos compañeros heridos merecen que uno esté a la par de ellos, pero a mí me duele tanto ir a verlos que casi siempre me busco otra tarea que hacer.

Me acuerdo de Tavo, un compañero que cayó en una mina. Eduardo estaba tratando de salvarlo, lo había operado ya siete veces. Pasé por allí:

—Pase adelante, Rogelio, aquí está Tavo.

En ese momento no tuve valor para entrar. Sentía una gran incapacidad de consolarlo. ¿Qué le iba a decir?

Esa noche murió Tavo y ya no lo vi más. Me enojé conmigo mismo, aún siento ese peso en la conciencia. Es que me duele mucho ir a ver los heridos. A veces, uno que se ha quedado sin sus dos piernas... Estoy con él, unas palabritas. Y al salir, veo que fue él quien me dio ánimos.

—Seguimos adelante, padre. Si salgo de ésta, siempre me darán algunas tareas...

¡Púchica, qué valor! Y yo no tenía ni el valor de pasar a verlo... Reconozco eso, que es mi punto débil. No es que yo sea llorón, pero el dolor tan grande me paraliza. Y la guerra es cruel.

Cuando estoy cerca de un "compa" que va a morir casi nunca le hablo de Dios. Es un silencio inconsciente. No es que yo diga no voy a hablar de Dios, no. Pero no me sale. Sólo trato de estar cerca, de darle la mano, de estar con él. Eso es lo único que sé hacer. Miguel es mucho mejor que yo en eso. El sabe hablar de Dios en esos momentos. Y eso ayuda al "compa." Pero yo no puedo, no sé. Yo trato de escapar, de huir. Hay un médico muy fino, que no comparte la fe crstiana, pero que siempre que algún compa está agonizando nos invita:

—El compañero es cristiano, padre. Hay que hablar con él.

Es un médico muy bueno, un hombre muy respetuoso. Entonces, entro y estoy ahí. La presencia sólo. No se qué más voy a decir. Me parece demasiado barato decirle; tenga confianza, porque Dios... ¿Qué, qué tendría que decirle? Hay algunas personas que con una facilidad tremenda hablan de Dios y de Dios. Y a mí eso me aburre. Miguel sabe decir algo de Dios siempre, pero Miguel es profundo, nunca es barato. Los "compas" saben que Miguel está en todo momento a la par de ellos. Por eso él tiene derecho a hablar de Dios. Pero a mí no me sale. Creo que por mi temperamento me gusta más estar en las cosas de la vida y en la bulla.

Los compas que caen en combate se quedan lamentablemente en el campo de batalla. Los entierran en el mismo lugar, de prisa, porque casi siempre hay que replegarse. Pocas veces he tenido oportunidad de enterrar a alguno. Pero a veces sí sucede. Entonces, el entierro es un acto muy especial y tengo oportunidad de decir algunas palabras cristianas sobre la muerte.

Por ejemplo, en el entierro de Herbert, un comandante. A él lo conocí desde el primer día. Lo enterramos en la plaza de Jucuarán, en Usulután. Habló el comandante Chico "Chicón," hablaron otros compañeros, también hablé yo. Estaba el pueblo y los combatientes. Aquella vez dije dos cosas, allí en la plaza:

—Es una idea muy valiosa pensar que cuando uno muere luchando por su pueblo, trasciende. Es decir, que sigue viviendo. Porque el proyecto por el que uno murió sigue, continúa. Porque no es un proyecto individualista, es un proyecto del pueblo. Y como el proyecto no ha muerto, los muertos que mueren por él siguen viviendo en los que siguen luchando. Herbert vive entre nosotros y debemos seguir luchando por este proyecto. Porque si no, Herbert muere. Pero eso no es todo, eso no es suficiente. Herbert no sólo vive así en nosotros. Herbert, nuestro hermano, su persona, toda su realidad, su generosidad y su amor, lo que conocimos de él, toda su vida, sigue también viviendo. Comparte ya la vida con Dios.

Esas dos cosas dije. ¿Cómo es esa vida "con Dios"? No sabemos, pero tenemos esa fe, esa confianza, esa esperanza. A los compañeros eso que yo les digo les da esperanza, aun a los que no comparten o dicen que no comparten la fe.

En Morazán hay unos dichos muy comunes, pero muy poco cristianos. Dicen, "Fulano fracasó en la calle." Quiere decir que murió en la calle, por un accidente tal vez. "Fulano fracasó," aunque muera de enfermedad. Llega el día de los difuntos y dicen "día de los finados." Los que llegaron "a su fin." Son dos expresiones bien comunes, pero no me parecen cristianas. No lo son. Porque para nosotros la muerte no es un fin, es el acceso a una vida más plena. Porque creemos en un Dios que no sólo actúa en la historia, sino que actúa más allá de la muerte.

Sí, yo me resisto a creer que no hay nada más allá de la muerte. Aquí en el Frente, más pienso en eso. Veo a estos compañeros tan jóvenes que se integran a la guerrilla... ¿Toda su vida qué es? Andar por estos caminos lodosos de Morazán, dormir al sereno, comer casi nada, andar chucos, cansarse, aguantar los bombardeos, cumplir con actividades que son un gran riesgo... Si tienen suerte, aguantan tres años y luego caen en la lucha. Y esa vida, ¿se va a perder así? No, no puede ser...

Cuando hay un caído los compas lo nombran y dicen tres veces:

—¡Presente, presente, presente!

A veces se ríen:

—Mirá vos, cuando caigás, te vamos a gritar tu "presente"...

Y se ríen. Como que ese "presente" no basta, ¿no? A un comandante sí lo recuerdan. Pero a estos "compitas," los que estuvieron muy cerca de él se acuerdan un tiempo, pero después ya todos se olvidan. ¡Son tantos muertos! ¿Y esas vidas...? Porque ese "compita" no tuvo niñez por la pobreza. Ni tuvo juventud. Y ha tenido que vivir con una renuncia tan grande... ¿Cómo puede ser que esa vida no encuentre una respuesta? Es por eso que me resisto a creer que no hay nada después de la muerte...

Si no hay nada, estos "compitas" están haciendo una locura, son locos al arriesgarse así, al ser tan generosos. El cielo no es cuestión de premio, es cuestión de justicia. La muerte... Monseñor Romero y Somoza murieron los dos asesinados... Y ahora, ¿ya son lo mismo los dos? No, me resisto a creer que no va a haber justicia después de la muerte...

Para mí, Dios es el que garantiza que las vidas de los buenos no se pierden, que ese compita va a alcanzar la vida plena que anhelaba. Dios asegura que habrá justicia. Yo no veo que una fe así sea freno, una fe alienante, como dicen. No lo creo. Porque si podemos trabajar y luchar con esa perspectiva tan optimista, eso nos anima, no limita nuestras fuerzas, ¿no le parece? Todo eso lo entienden los compas. A veces en la guerra el peligro es que uno se acostumbra a la muerte... Vamos a morir, pues, eso es lo que nos toca, así piensan. Porque en la guerra hay siempre la cercanía de la muerte. Por eso es importante que estemos allá, con una palabra cristiana de esperanza frente a la muerte. Y esta visión ante la muerte no es sólo importante en el momento de la muerte, sino que es importante para la vida. Esta visión da una perspectiva. Hay un Dios a quien yo agradezco, a quien yo respondo, que hará justicia... Mi vida no sería lo mismo si no hay ese Dios. No es lo mismo responder al partido que responder a Dios, no ... El partido también es limitado. Lo último sólo es Dios.

Algunos me dicen al principio de una plática:

—No, yo no creo en Dios.

Y al final yo miro que creen más que yo. Constato una cosa, estos "compas" que me dicen que no creen en Dios son los que con más frecuencia me hablan de Dios o me quieren hacer preguntas para hacerme hablar a mí. Casi siempre empiezan con una broma y, después, enseguida salen los problemas que tienen con la Iglesia.

—Rogelio, a usted lo conocemos y usted está con nosotros aquí, trabajando. Pero ¿esos obispos y esos curas y tantos cristianos que son tan diferentes...? ¿Cómo es que usted se mantiene dentro de esa Iglesia, cómo se puede considerar parte de esa Iglesia?

Tienen problemas. También, claro, ellos reciben clases de marxismo. Y se les hace una confusión de ideas. Materialismo histórico; entonces, empiezan a cuestionar la existencia de Dios. Aunque, realmente, no se hace de eso un punto de gran discusión.

Yo creo que es como cuando uno llega a cierta edad y rechaza lo que le enseñaron sus padres y empieza a hablar de modo distinto al de sus padres. Porque estos compañeros nunca tuvieron una experiencia cristiana que valga la pena. Han aprendido a ser hombres en la organización. Yo diría más, han aprendido a ser cristianos, a renunciar, a entregarse, a compartir con los otros, en la organización. Nada de esto lo aprendieron en la comunidad cristiana, porque nunca pertenecieron a una comunidad. Lo único que recuerdan es que fueron con la abuelita a la misa, que hicieron rezos largos y aburridos cuando había alguna calamidad. O que andaban con una piedra en la cabeza para que lloviera. En el campo salvadoreño es muy común hacer procesiones con una piedra en la

cabeza. Y mientras más pesada, mejor. Más sacrificio, más lluvia. Y eso es lo que ellos están rechazando cuando dicen que no creen en Dios.

Preguntan sobre Dios. Si existe o no existe. Esa es como la pregunta de fondo. Sobre Jesucristo no preguntan, pues Jesucristo es evidente que vale la pena. Por eso, resulta que son cristianos, aunque dicen que no creen en Dios. Pero yo digo que están encaminados. Porque nuestra fe empieza con Jesucristo. No sé si eso será muy teológico, pero eso es lo que a mí me pasa, así es mi fe.

Jesús, un hombre que vivía con una pasión por la verdad y por la justicia, con un amor predilecto por los pobres, que supo perseverar en medio de tantos riesgos, de tantas calumnias, de tantos problemas. También humilde, al servicio de un proyecto. Esa su disposición a dar la vida, a no ser importante, porque su Padre era lo único importante. Y por último lo miro y digo, Jesús tenía fe. Eso me impacta mucho, impacta mi fe que él también tuviera fe. Con Jesús empiezo a creer.

Por eso hay que empezar con Jesús, porque Jesús era un hombre de fe, de una fe radical, que encontraba en su relación con Dios la fuerza para seguir por ese camino. ¿Para qué discutir filosóficamente si el mundo es autosuficiente o si deja un espacio a Dios...? A los compas les gusta más el camino de Jesús. Y ya están en ese camino. Porque creer en Jesús es seguirlo, seguir su camino, ser como él. Yo se los digo:

—Ustedes son cristianos. Porque tienen esa pasión por la verdad y por la justicia, ese amor por su pueblo, por los pobres, esa perseverancia... ¡Cinco años de guerra y aquí están, con ese optimismo, con esa esperanza! Porque ustedes tienen humildad.

La humildad. Tengo que reconocerlo, los "compas" me han enseñado a mí esa virtud. Yo no la tengo. Nosotros, los curas, no somos humildes, nada humildes. Somos unos tremendos orgullosos. Y unos individualistas tremendos. Siempre pensamos que nosotros somos importantes, porque todo mundo siempre nos pone en medio. Yo he aprendido de los "compas" lo que vale la humildad.

Ellos esperan lo que haya que esperar. Yo no, yo soy impaciente, no me gusta esperar, tengo que hacer cosas importantes, no puedo perder tiempo... Los compas nunca. Tampoco les miro jactancia. Y respetan. El acceso a los comandantes es siempre tan fácil. Nunca se ponen en medio, en el primer lugar. Comen tortilla y frijoles, duermen en el suelo y cuando están en un grupo yo los observo. Su preocupación es ¿comieron todos? No piensan, ¿comimos nosotros? Así es Joaquín Villalobos, así es Luisa, la comandante Luisa, así es Ana Guadalupe, así es Chico "Chiquito," así son todos... Si tienen fe o no tienen fe, eso es otra discusión. Pero yo los veo más cristianos que nosotros, porque su vida es totalmente entregada. Y eso es ser cristiano, ¿no?

Uno me dijo una vez que admiraba mucho a Jesús. Pero sólo en una cosa no, en que Jesús no optó por la violencia. Pero yo les digo que la violencia no es un problema moral, sino en primer lugar, un problema político. Y los trato de convencer siempre de que ellos tampoco están en favor de la violencia, que no la quieren, sino que la han tenido que usar para así acabar de una vez para siempre con la violencia. Que la opción pacífica de Jesús estuvo determinada por un contexto. Que entonces, en el tiempo de Jesús, hubo focos de guerrilla, los zelotes, pero sin mayor perspectivas... Lo entienden. Jesús nunca es problema. Es indiscutible que lo admiran.

Situación actual del departamento de Morazán

El hecho de ser gran parte del departamento de Morazán uno de los frentes de guerra le hace estar caracterizado por elementos diferentes en relación al resto del país, a excepción de los otros frentes de guerra.

La represión de Estado estalló entre los pobladores de esta zona en los últimos días del año 77. Esta situación, al agudizarse, obligó a muchos de sus habitantes a abandonar sus lugares de origen. Al aparecer en 1980 los frentes de guerra, la población se llenó de pánico y terror ante los bombardeos y ametrallamientos de la aviación y la persecución contra todo aquel que era sospechoso de

tener vínculos con la guerrilla. Muchos pobladores, ante el cateo, quema de viviendas y asesinatos de la Fuerza Armada en octubre de 1980, abandonaron esta zona. A comienzos de 1983 la Fuerza Armada abandonó posiciones militares al norte del río Torola, surgiendo así al norte de este río un territorio completamente controlado por la guerrilla. Esta situación acrecentó las actitudes represivas que la Fuerza Armada en años anteriores venía manifestando contra la población. (...) A esta actitud represiva se unen las políticas de "tierra arrasada" practicada por la Fuerza Armada en todos los patrullajes y operativos. Así se explica la quema de miles y miles de casas en los cantones y poblaciones. (...)
La meta era hacer desaparecer a la población, por lo cual las capturas, asesinatos y el temor a través de bombardeos y mortereos fueron el método más efectivo para que la población abandonara la zona. Al constatar que no toda la población huia pretendieron aislarla sometiendo a registro y control militar el paso de víveres, ropa, medicina, calzado, etc. (...) A partir de enero de 1986 el cerco militar ha capturado pobladores y decomisado sus mercaderías y en otros casos ha desplazado comerciantes de Perquín y Torola. La situación de los aproximadamente 20 mil pobladores es sumamente delicada (...)
Si en circunstancias normales la comida común del campesino salvadoreño consistía en tortillas acompañadas de mucha sal y unos cuantos frijoles, después de 6 años de guerra y de todos los tipos de represión y destrucción de cultivos parece inconcebible que aún sigan comiendo algo.. La vejez prematura y los rostros de adultos y niños inflamados es la expresión de una población que se consume. (...)
En lo que se refiere a los cultivos, todos los productos, y de forma especial la producción cooperativizada, han sido quemados o destruidos. (...)
La mayoría de familias que tenían sus casas con regular construcción, de adobe, ladrillo, han emigrado a las ciudades por temor a los constantes bombardeos de la fuerza aérea, siendo ocupadas dichas casas hoy por centenares de familias que han quedado sin hogar desde el

año 1980, cuando la Fuerza Armada realizó operativos e incendidaba toda casita que encontraba a su paso. (...)
Tradicionalmente el campesino salvadoreño compraba ropa una vez por año y calzado cuando podía. Durante estos 6 años de conflicto, para la mayoría de los pobladores ya no ha sido posible ni una vez cada dos años. La mayoría visten ropas sumamente deterioradas y están volviendo a ser usadas las que antes se consideraban descartadas. Los pobladores de la comunidad de La Joya (Meanguera) dan testimonio que sus 200 vecinos han quedado sólo con la mudada que vestían y duermen a la intemperie, siendo víctimas de mordidas de los murciélagos. Los pocos que al norte de Morazán usan zapatos son ya unos pedazos y la mayoría de los niños viven descalzos...

(Extracto de un informe elaborado por el equipo pastoral de las comunidades de oriente. Morazán, julio de 1986).

La "zona liberada" abarca prácticamente desde el norte, desde la frontera, hasta el río Torola. O un poco más allá, hasta Corinto. Hay ahora sólo unas 20 mil personas en esa zona, dispersas en cantones y en caseríos. A esas personas se dirige en primer lugar nuestro trabajo pastoral. A ellas atendemos. Aunque es mucho decir "atendemos." Queremos atenderlas. La población se ha ido reduciendo en estos años. Tantos bombardeos y tantas masacres del ejército han hecho que la gente se vaya. A Honduras, a San Salvador, a los refugios. Los que se han mantenido, los que han resistido, son para mí una gente invencible, ejemplar. Tantos años de guerra y siguen sembrando sus frijoles, su maíz, su arroz. Tienen sus tienditas donde venden sólo un poco de sal, algunos dulces. Van de noche a otros pueblos a ver de buscar esas cositas. Les levantan las tienditas, se las destruyen, las vuelven a levantar... Tienen sus huertos. Si tienen que salir de maniobra por una semana ya pierden las hortalizas por no regarlas. Pero nada, termina la guinda, termina el bombardeo y antes de que el enemigo salga de Morazán, ya están sembrando otra vez... ¡Púchica! ¿Cómo este pueblo se mantiene haciendo todos

los días tantos esfuerzos, sabiendo que la mitad de la cosecha el enemigo se la va a destruir? ¡Qué coraje, Dios mío, qué perseverancia...!

Cuando hablo de las 20 mil personas hablo sólo de Morazán. Nuestro frente abarca más. San Miguel, La Unión, Usulután. Allí hay muchísima población. Son todo zonas con un control más relativo, zonas en disputa. Yo también trabajo en estas zonas.

El trabajo en zonas de menor control es más difícil. Es cuestión de conectes. Hacemos una liturgia en un lugar y luego en otro, siempre animando a la gente. En estas zonas no puedo quedarme fijo. Se trata también de dar ánimo a los catequistas, a los delegados que están allí, para que continúen la tarea. He estado en Anamorós, en Esparta, en lo que nosotros llamamos "el sur," en Usulután, en la zona de Jucuarán. Bastante tiempo he estado por allí en estos años. Siempre con el mismo objetivo: hacer algunos conectes, animar a los delegados, hacer las celebraciones.

En estas zonas el FMLN controla militarmente, pero como son zonas donde actúa el enemigo, hace su propaganda y cierta población tiene sus prejuicios. Yo he comprobado una cosa: son lugares en donde si los cristianos no han pasado una verdadera formación y sólo se han quedado en práticas religiosas y nada más, se encuentran débiles ante estas situaciones nuevas. Y es, sobre todo, porque quedan las actitudes individualistas y entonces no se piensa en función del pueblo. Por eso es siempre tan importante el trabajo de formar comunidades de base. Trabajo previo, para que después se entienda lo que pasa y participar. Si con ese esfuerzo de hacer comunidades logramos formar sólo a 5 gentes, pues ya hemos hecho mucho.

Yo estoy de acuerdo con que la religiosidad popular tiene una riqueza bárbara, pero cuando se deja sin hacer crecer a la par la conciencia de la gente, de nada sirve. La experiencia en Jucuarán me enseñó esto. La gente de allí nunca había participado en comunidades de base, nunca había tenido una formación cristiana que les permitiera entender su propia historia. Cuando llegué a Jucuarán fue difícil por eso mismo. Trataba de acercarme a la gente que llegaba a la iglesia a rezar el rosario. Les hablaba de María, rezaba con ellos un rosario, ¡hasta dos rosarios! Pero como me vinculaban con el FMLN,

¡ni modo! Y ni tanto era por eso. Era por todo. ¡Un cura que duerme en el suelo, qué barbaridad! ¡Qué come tortilla así en la mano, con los dedos, más barbaridad! Que anda sudado y lodoso... Ah, eso no les gusta. Ellos quieren un cura que esté sentadito allá, al que ellos puedan atender. Esa es la imagen que tienen del cura. Y ésa es la que quieren. Los compas me contaron aquella vez que había gente diciendo:

—Hummmm... ¡ese cura ha perdido su dignidad!

Me dio risa. Porque eso dicen de una muchacha cuando sale embarazada...

En Jucuarán había una gran tradición religiosa por la Virgen de la Candelaria. Cuando llegué, hice la procesión, pero nadie del pueblo quería caminar conmigo. Contaban de las procesiones que hicieron antes de la guerra, con miles y miles de campesinos que venían de muy lejos a la Virgen que hacía tantos milagros. Y todo el día pasaba gente por la iglesia para dejarle limosnas a la Virgen. A un "compa" catequista que anda conmigo ahora le tocó en aquellos años cargar al convento los costales con las limosnas. ¡Costales de pisto! Ahora los curas que hacían estas procesiones y que recogían tantas limosnas ya se fueron. Como el FMLN ya anda por allí, ellos ya no encajan, dejan a la gente y se van. Como es lugar de peligro...

Y yo me pregunto, ¿cómo es posible que estos curas nunca aprovecharan la ocasión de estas fiestas, de esta religiosidad tan profunda, para decir algo que valiera la pena sobre María, sobre la fe, sobre el compromiso del cristiano? Porque de María se puede hablar mucho y muy interesante. Pero ellos sólo le decían a la gente que se apurara a dejar la limosna... Y un año el cura andaba con un carro y al otro año con otro. Y dijeron que con las limosnas se iba a hacer una iglesia nueva, pero la iglesia ahí está, a medias. Dicen que el cura se llevó el pisto. Y dicen que no sólo el pisto, sino que se llevó también a una muchacha... Eso me da tristeza. Porque hay entre algunos de nuestros hermanos sacerdotes una corrupción y un aprovecharse de la ignorancia de la gente... Pudiendo hacer maravillas partiendo de la religiosidad tan profunda de la gente y ...¿Para qué se hicieron sacerdotes, pues? El FMLN lamenta mucho estas fallas de los curas. Y nos dan todo el apoyo para otro tipo de trabajo, que es el de hacer comunidades.

En mi procesión nadie quería participar. Sólo vinieron 20 personas. Pero yo, necio, hice la procesión y hasta mandé hacer dos filas, de 10 cada una, para que fuera más solemne. ¡Los compas se reían después! Y fui por la calle con un megáfono haciendo reflexiones sobre María. Y al día siguiente, otra procesión. Poco a poco fuimos haciendo un trabajo, sobre todo con la gente de los cantones. Un trabajo no fácil, pero algo logramos. Yo tengo un principio en estos casos: mantenerme de frente, necio, hasta que la gente diga:

—Bueno, no es como los otros curas que conocemos, pero no podemos decir que es mal cura.

El pueblo a veces está totalmente confundido. Y es por la falta de responsabilidad de nosotros, los sacerdotes. Porque nuestra responsabilidad es ayudar a esa gente tan religiosa para que comprendan su propia historia. Lo más triste del mundo es cuando los pobres no comprenden su propia historia y toman las actitudes de los ricos, contra ellos mismos. No hay nada más triste.

No es sólo la falta de conciencia. Es también un poco de miedo. Porque si sabe el ejército que andan con Rogelio "Poncel" los acusan de guerrilleros. Es un delito andar conmigo. El enemigo maneja mi nombre, como el de un sacerdote desobediente al Papa, como un sacerdote que incita a la violencia. Una vez unas minas causaron la muerte a varios campesinos en Joateca. En la prensa salió que yo había sido el que ordenó poner esas minas. No sé por qué me echaron a mí esa culpa. Sabían que yo andaba atendiendo la zona de Joateca, tal vez por eso.

Por sus medios el ejército a veces divulga, para que los "compas" se enteren, que me han capturado, que me mataron, que ya las moscas están comiendo mi cadáver... Riegan esas bolas para desmoralizarlos. Según el enemigo, yo he muerto ya varias veces en Morazán.

Los "compas" saben siempre por donde ando yo. El responsable de la zona lo sabe para avisar que me reciban y que me den protección durante el regreso. A veces me prohíben ir a algún lugar. Y a mí no deja de molestarme. Porque a los curas

nos gusta hacer siempre nuestra voluntad. Después veo que los "compas" tienen razón, que me están cuidando.

Yo nunca me he vestido de militar. Nunca ando armado. Los catequistas sí van armados, es otra cosa. Realmente, nunca me he encontrado con problemas serios por tierra. Sólo los bombardeos. Ve, yo no sirvo para ir armado, soy un inútil en estas cosas. Ni la pistola sé manejar. Pero para mí no ir armado es también como un signo para que tengamos siempre clara la idea de que la violencia no es el ideal. La violencia es una necesidad dolorosa, pero lo que nosotros buscamos es la paz. Los compañeros lo entienden, la imagen que tienen del sacerdote no es la de un hombre con arma. Esa es mi experiencia. Frente a la población, creo que tengo mayor acceso si ando sin arma, aunque ellos comprenden bien que yo vaya con gente armada por protección. Eso no es problema para nadie.

He sido criticado por el régimen y por algunos curas. ¿Cómo se puede imaginar a un cura que ande con gente armada? Pero el día que llegó el Papa a San Salvador yo vi que estaba rodeado de gente armada, y no de unos "compitas" humildes que llevan una pistolita, sino de gente bien entrenada y muy bien armada. Entonces, ¿qué?

Nuestro pueblo armado, nuestro pueblo, avanza en todo el territorio nacional. Hemos informado que el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional ocupó la población de Corinto el pasado domingo luego de intensos combates con el enemigo. A continuación Radio Venceremos presenta la grabación en las propias calles de Corinto, en Morazán, que nos envió nuestra unidad móvil en esa zona:

Radio Venceremos, voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional, desde los frentes de guerra del Frente Oriental "Francisco Sánchez" en la población de Corinto.

Este día 3 de febrero de 1982, año de las victorias populares, las fuerzas del FMLN tienen bajo su control político y militar Corinto, en el departamento de Morazán.

Luego de un arrollador avance de nuestro ejército y pueblo mancomunado con las fuerzas de nuestras milicias populares, las brigadas de salud y la participación de los pobladores de esta población de Morazán, el ejército revolucionario del FMLN ha tomado el control de Corinto y sus alrededores.
El 31 de enero avanzaron nuestras fuerzas del ejército revolucionario por tres rumbos, por al norte, al sur y al poniente. En este día nuestras fuerzas redujeron las posiciones del enemigo a seis lugares en esa población de Corinto. Un grupo de guardias nacionales y paramilitares se redujeron en la casa cuartel de la Guardia Nacional, otro grupo se refugió en la torre de la iglesia de Corinto, otro en una posición estratégica, una casa de dos pisos fuertemente fortificada.
Durante la noche nuestras fuerzas revolucionarias con la participación de los pobladores de Corinto y de nuestras milicias populares procedieron a encender fogatas en todas las esquinas para facilitar la visibilidad de nuestros combatientes en todo el pueblo.
El día 1 de febrero, nuestras fuerzas continúan avanzando, venciendo al enemigo a una sola posición al final de este día, en la torre de la iglesia de Corinto. Para ese mismo día nuestro ejército del pueblo toma el control militar total de este distrito del departamento de Morazán.

(De la transmisión de Radio Venceremos el 3 de febrero de 1982).

Es muy alegre cuando llego a celebrar la misa después que los compañeros se han tomado un pueblo. Yo he estado en varias tomas: Corinto, Anamorós, Chirilagua... En el combate no estoy, llego cuando ya hemos tomado el pueblo. Es una gran alegría, difícil describirla en palabras.

Y es que vivimos en el monte con muchas limitaciones. De repente, estar en un pueblito es como estar en el cielo. Con gente, con tienditas, con el movimiento del pueblo. ¡Con luz! La primera reacción de la gente es siempre muy positiva. Después de haber vivido los momentos tensos de la toma, con los disparos, tendidos en el suelo de la casa durante horas, con esa

angustia... Cuando acaba eso y entra nuestro ejército es bien alegre. Yo invito a celebrar la eucaristía y llegan. Les explico lo que ha pasado desde el punto de vista cristiano y les doy ánimo. Los compañeros andan felices tomando fresco y muchas veces organizan un baile con "Los Torogoces." A las muchachas les da gusto bailar con un guerrillero. Aunque los compas no bailan muy bien. Tocan rancheras y cumbias y es una sola alegría.

Después de la alegría viene el miedo. Porque cuando tomamos el pueblo el ejército se va, pero casi siempre a los días viene a tratar de retomar lo que perdió. Y empieza de nuevo el combate. Los bombardeos asustan a la gente. Desanima esta guerra permanente. ¿Quién no tiene miedo de la guerra?

Mucha gente se ha ido. Por eso, nacen menos niños. Y ahora ya no hay tantos bautizos como al principio. Pero sigue habiendo. La ceremonia del bautizo es bien sencilla. Siempre dentro de una misa. Yo les insisto en que bautizarse no es un acto social. Y les cuento que en la Zacamil casi siempre el bautizo era sólo la gran comilona, la música a todo dar para el baile y el papá y el padrino y el tío chupando en un cuarto antes de la ceremonia... Aquí en el frente no falta su fresquito de cualquier fruta, de mango, de lo que haya. Esa es la fiesta: un fresquito. La fruta no es tanto problema. El problema es el azúcar.

También les digo a los padres, a los padrinos, a la comunidad, que no bautizamos por miedo, por si acaso el niño se va al limbo o al infierno. Porque a veces ellos sienten ese miedo, los han educado en el miedo.

—No, hermanos, no puede ser que Dios sea tan cruel que a este niño tan inocente y tan lindo lo pueda condenar. No bautizamos por miedo, bautizamos por el compromiso, por comprometernos, porque ustedes quieren que este niño forme parte de la comunidad cristiana. Les pregunto a los padres, a los padrinos, a la comunidad, si de verdad están dispuestos a educar al muchachito, a hacerle conciencia para que sea un hombre, una mujer, que luche por su patria.

A los niños les ponen muchas veces el nombre de un hijo que ha caído o de otro caído de la familia. Hay muchos que se llaman Oscar, que se llaman Arnulfo, por Monseñor Romero. Y Octavio, por el padre Octavio Ortiz. Siempre digo a la comunidad que todos tienen que pasar a darle un beso al niño para felicitarlo. A veces vacilan, porque los campesinos son tímidos. Terminamos siempre con un gran aplauso, porque nuestra familia se ha hecho mucho más grande. Es una fiesta bien alegre.

El sacramento de la confesión se practica muy poco. Realmente, yo no he querido fomentar las confesiones tradicionales. Porque yo bien podría decir:

—¡Una fila aquí para confesarse!

Y ahí no más vendrían, la larga fila. Sólo por la costumbre. Entre los campesinos la costumbre es ir a confesarse con el padre de una mala mirada, de una mala palabra, cositas así... Pero yo quiero evitar eso. Y como no tomo la iniciativa de hacer ese tipo de confesión, entonces tampoco me lo reclaman. Al principio de la misa siempre les digo que hagamos juntos un acto de penitencia. Reconociendo nuestras limitaciones y que todos pueden comulgar, que no tengan escrúpulos.

Lo que sí me sucede a veces es que tengo una plática con un "compa," donde él se queja conmigo de su falta de compromiso, de sus fallas morales, que le afectan en su compromiso con el pueblo. También algunos platican conmigo sobre la violencia, porque han tenido que matar, han tenido que ajusticiar a alguno.

—Padre, ¿qué dice usted de todo esto?

Yo considero que esas pláticas, a veces largas, son confesiones. Entonces les digo al final:

—Hermano, esto ha sido una confesión, porque usted ha contado todo con una gran humildad, con una gran sinceridad y hemos aclarado muchas cosas. Yo considero que por todo eso Dios se ha hecho presente en esta plática con su perdón, con su misericordia, con su amor, para levantarnos y empujarnos a un camino más perfecto... Así que, si a usted le parece, si lo quiere, yo le puedo dar la absolución...

—Ah, ¿y entonces esto fue una confesión?

Porque recuerdan lo que ellos han entendido siempre por confesión en un confesonario. Y se sorprenden. No digo que estas cosas se den todos los días. Pero cuando se dan me gusta bastante. Y a ellos también.

Los "compas" tienen también lo que ellos llaman crítica y autocrítica. También los pobladores la hacen y con bastante disciplina. En realidad, estas reuniones son una confesión. Y hay mayor sinceridad y honestidad que en el confesonario. Además, la comunidad está presente, participando, señalando. Cada uno va haciendo su autocrítica y todos, cuando termina, tienen derecho a criticarlo y van diciendo, esto no lo dijo, hemos observado esto, esto que usted hace no es revolucionario... Cada uno se hace su autocrítica y recibe críticas de todos. Con cariño, con mucha franqueza. Yo también participo. Lo que lamento es que a mí no me hacen tantas críticas, aunque más y más ya me las han ido haciendo. No les gusta que me enoje, que me ponga nervioso, impaciente. Para ellos es peor que un cura se enoje a que tenga una mujer por ahí. No esperan de nosotros el enojo. Eso me lo critican. Ahora me lo critican más. Al principio se quedaban callados y se reían. Para ellos ya es mucho que un cura ande con ellos y se sienten tímidos para criticarme. Son buenas estas reuniones. Porque a nosotros los curas nos entrenaron para que escondiéramos nuestros defectos y sacarlos así, al aire, delante de todos, nos cuesta.

En estas reuniones de crítica y autocrítica hay discusiones. A algunos les cuesta aceptar. Pero siempre se quedan en paz. Las críticas se hacen con mucho respeto. Pienso que son una confesión. Sobre todo, porque son ante la comunidad. Pienso que quizá por eso a los "compas" no se les mira la necesidad de confesarse conmigo. Muy valioso, ¿no?

A mí me ha costado siempre entender los ajusticiamientos. Pero los "compas" lo tienen que ver de otra manera. Una vez llegó un compañero que quería platicar conmigo:

—Bueno, ven el jueves a la una.

—Ah, no puedo a esa hora, porque a la una tengo que ajusticiar.

—¿Y a qué hora puedes?

—A la una y media, cuando termine.

A esa hora llegó. Tranquilo. Después de un ajusticiamiento... Era un oreja, un caso bien investigado. Esos ajusticiados son gente que han señalado a familias enteras, familias que han sido asesinadas porque ellos les pusieron el dedo. ¿Qué hay que hacer con esa gente?

—Padre, esto es una tarea. Tengo que cumplirla. ¿Cómo vamos a dejar libre a un hombre que está matando a los demás?

Después seguimos platicando de otras cosas. La organización pone mucho cuidado en evitar que los "compas" caigan en desviaciones en cuanto a los ajusticiamientos. Tratan con cuidado ese punto. Cierto escrúpulo frente a la violencia me parece muy bueno. Y los compas lo tratan de mantener. Me gusta cuando oigo a Joaquín Villalobos. El insiste siempre en que nuestra tarea no es destruir ni mucho menos matar. Y si un "compa" se desvía en ese punto, lo llaman y lo regañan, incluso lo castigan.

A veces ajustician a un compañero porque ha resultado ser un traidor. Yo insisto siempre en que investiguen muy bien, que el ajusticiamiento sea el último recurso, que nosotros no somos los dueños de la vida. Es importante mantener esa distancia. Porque si un hombre se cree el dueño de la vida, ¿dónde termina? Pienso en Marcial y en Ana María. Marcial tuvo una trayectoria muy revolucionaria, pero se desvió. ¡Y se creyó Dios! Cuando alguien se hace Dios ya no da valor a la vida. Mató a Ana María y con qué crueldad... Es importante, aun políticamente, que Dios quede siempre como el único dueño de la vida.

Una vez me contaron de un compañero al que hubo que ajusticiar. El compañero pidió un favor antes de que lo fusilaran:

—Quisiera decirles unas palabras.

—Dígalas.

—Entiendo que tengo que morir y estoy de acuerdo, lo merezco. Pero estoy arrepentido.

Entonces se quitó sus zapatos.

—Les dejo aquí mis zapatos para que los regalen a un compañero. Y que él no recorra con ellos los caminos que yo he recorrido, sino los caminos rectos, los verdaderos...

Los compañeros que tenían que fusilarlo se quedaron... Pero la orden ya estaba dada y éstas son cuestiones militares. Le dispararon. Dicen que cuando se lo contaron a los comandantes, se les llenaron los ojos de lágrimas.

Ajustician, es cierto, pero no son brutos ni desalmados. Tenemos que mantener siempre un escrúpulo frente a la violencia porque es sano. Pero no para caer en que la guerra no es guerra. No, la guerra es guerra. Y yo no dejo de alegrarme cuando me dicen que hubo bajas en el ejército enemigo. No, nunca he visto a los muertos del ejército. Nunca los he visto, a mí no me dejan ir a la línea de fuego.

Cuando mataron al coronel Monterrosa yo me alegré mucho. Usted también ¿verdad? Yo estaba muy cerca del lugar donde ocurrió este operativo. Y toda la historia de cómo los "compas" lo hicieron no se la puedo contar. Algún día se sabrá. Es una historia increíble... ¡Pero cuánto nos alegramos al saber que había sido un éxito el plan que prepararon contra este hombre! Porque él fue el último responsable de la masacre de El Mozote y allí cayó, muy cerca de donde había matado a tantos.

En La Joya, bien cerquita del lugar donde mataron a Monterrosa, hubo una celebración de la palabra con la comunidad. Para agradecerle a Dios. El tema de la liturgia fue Dios hace justicia a través de su pueblo. Y hubo juegos recreativos y baile. ¡Y nos alegramos tanto por lo que había ocurrido! Algunos europeos se escandalizan cuando les cuento esto, se molestan de que nos alegramos de la muerte de Monterrosa. No se dan cuenta de lo que eso significa para el avance del pueblo. No se dan cuenta que no es sólo la muerte de una persona, sino las muertes que esa persona ha ocasionado y las que podía haber ocasionado. No nos alegramos por la muerte trágica de una persona ni hacemos un juicio definitivo sobre ella, eso no nos corresponde. Pero sí vimos en aquella muerte cómo Dios

rechaza el mal y no abandona nunca a su pueblo. Y por eso nos alegramos.

Monterrosa era un asesino. El ordenó la masacre de El Mozote en diciembre de 1981. Yo estaba en guinda cuando eso sucedió. Fue una crisis muy fuerte para mí. Yo había llegado tantas veces a ese pueblito... Un caserío muy poblado, con sus tienditas. ¡En El Mozote se podía tomar hasta una Coca-Cola! Y cuando uno viene del monte, después de dos meses de no salir de allí, tomar una gaseosa fría es como un sueño... Muchas veces iba, celebré allí la misa muchas veces. Y el mensaje siempre era la esperanza. Que lo que está sucediendo, lo que estamos viviendo, no es lo último, que estamos en camino a tiempos mejores. Que Dios no es un Dios indiferente ante tanto dolor, sino un Dios cercano, que él actúa en nuestra historia. Así eran siempre mis palabras. La gente se reunía, rezábamos, cantábamos con "Los Torogoces." Era lindo ir a El Mozote.

Y precisamente allí sucedió esto. Pasó la Fuerza Armada. La gente no había guindeado, se confiaron demasiado. Guindear tampoco es fácil, les dijeron que se fueran, pero se resistieron, no quisieron abandonar sus casitas, sus sembrados, se atuvieron a que Dios no iba a permitir que les pasara nada. Y llegaron los cuilios y mataron a más de mil campesinos. Acusándolos de ser guerrilleros. La política en aquellos años era acabar con la posible base social de la guerrilla lo más rápido posible. Mataban masivamente. Ahora quieren lo mismo , pero ya no matan de esta forma sino que tratan de ganarse a la gente dándoles o quitándoles el alimento. Claro que son los mismos y la gente ha visto ya tanta cruedad, que qué va a creer de ellos...

Más de mil campesinos asesinados. No exagero. Yo vi muchos de los cadáveres mutilados, deshaciéndose. Días después se sentía aún un olor insoportable. Las casas destruidas, todos muertos... En aquel pueblito que para mí era la alegría, eran mujeres y niños, esos niños que nunca vemos en la montaña jugando... El Mozote, un caserío tan alegre, con tanta vida... Cuando miré las pilas de los muertos, la destrucción, no pude aguantar. ¿Cómo es posible que precisamente aquí, a donde he llegado tantas veces para decir que Dios es un Dios cercano y que nos quiere, que no queda indiferente ante el dolor, que precisamente aquí suceda una masacre tan espantosa...? Es en estos momentos cuando uno piensa qué hago yo, para qué hablo... Tal vez me dedico a otra cosa. Agarro el fusil, me van a matar en el primer combate... Ya no voy a hablar más, para qué...

Murieron tantos conocidos. Gente buena que vivía allí, gente inocente, mis amigos... Me acuerdo del sacristán de la ermita, un señor tan amable. Siempre me preguntaba:

—Padre, ¿y esta guerra ya se va a terminar?

—Ya falta poco.

Lo mataron. No tengo palabras para describir aquello. Mi fe es muy frágil.

Mientras que el presidente, ingeniero José Napoleón Duarte, manipulando el acontecimiento navideño en su discurso de fin de año invitó a la paz, la reconciliación y la confianza que debe tener el pueblo en su gobierno, en los cantones Cerro Pando, Poza Honda, La Joya y El Mozote del departamento de Morazán fueron vilmente masacrados por el ejército nacional más de mil campesinos, en un acto indescriptible en cuanto a crueldad. En el cantón El Mozote, como colmo de cinismo y de irrespeto hacia lo más sagrado, fue escogida la misma iglesia, en donde tuvimos la oportunidad de celebrar la palabra y la presencia de Dios, como lugar donde reunir y fusilar a los hombres de dicha población, hijos de Dios Padre y templos del Espíritu Santo. Además, varios objetos reservados para la Santa Misa fueron maltratados, botados y pisoteados. Posteriormente, parte de la misma iglesia fue destruida. Sus ruinas cubren ahora los cadáveres de tantos hermanos, víctimas de este horrendo crimen.

En los cantones Cerro Pando, Poza Honda, la mayoría de las víctimas fueron integrantes de comunidades evangélicas apreciadas por su fervor religioso y su vivencia de la hermandad, tal como nos enseñan las Sagradas Escrituras. Por todo esto, la masacre toma carácter de un acto sacrílego. Es decir, es una terrible ofensa a Dios, ante la cual la conciencia cristiana no puede

quedarse indiferente. Por lo tanto, hacemos un llamado a las comunidades parroquiales católicas de El Salvador, del continente y del mundo y a las comunidades evangélicas dentro y más allá de nuestras fronteras a que conviertan la principal misa o el principal culto del domingo 10 de enero en un acto en memoria de los caídos y a la vez de desagravio ante el sacrilegio cometido en la iglesia de El Mozote. En donde sea posible se han de realizar actos ecuménicos unidos ante el dolor que embarga a nuestro pueblo.

Proponemos que el acto tenga los siguientes tres objetivos:

1. Denunciar los crímenes, divulgando los detalles de los trágicos sucesos, ampliamente relatados por la Radio Venceremos, y responsabilizando al alto mando militar, a la junta militar democristiana y al imperialismo, cuyo vil actuar no fue casual, sino conforme a un plan fríamente premeditado.
2. Tomar conciencia de la necesidad de organizar y de multiplicar nuestros gestos de solidaridad. Sólo así se defiende un pueblo ante un plan premeditado de exterminio, defensa propia que no es sólo un derecho, sino una obligación porque no siendo yo el dueño de mi vida tengo el deber de cuidar mi vida y para eso valerme de los medios eficientes.
3. Pedirle a Dios en una oración comunitaria y perseverante que ponga fin a tanto sufrimiento y haga triunfar la justicia sobre la opresión, la bondad sobre la maldad y el amor sobre el odio.

Todos a participar en la jornada del domingo 10 de enero en memoria de los mil campesinos caídos y en desagravío a los actos sacrílegos realizados en el departamento de Morazán.

(Mensaje del padre Rogelio Ponseele al pueblo salvadoreño y a los demás pueblos del mundo. Transmitido por Radio Venceremos el 5 de enero de 1982).

Monterrosa dio la orden para el crimen de El Mozote. El fue el responsable. Dios hizo justicia con él. Antes de la de El Mozote había habido otra masacre en El Junquillo. Yo vi a la gente huir, llegando al pueblo donde yo estaba entonces. Fue también horrible. A un señor le destruyeron la casa, le mataron a toda la familia. No tenía nada. Aquella noche le regalé mi cobija. La gente en la huída, trata de salvar algo. Un perol para poder hacer la comida. Salvar algo. Algo. Aquel señor no tenía nada, lo perdió todo.

Los "compas" capturaron después al capitán Medina Garay responsable de esa masacre. Mantuvo siempre una actitud arrogante. Muchos compas en el campamento esperaraban una justicia. Que lo mataran. Porque Medina había matado a sus hermanitos o a sus padres. Realmente, era un hombre malvado. Después de un tiempo, escapó. Lo volvieron a capturar. Al final, lo canjearon por algunos compañeros que estaban presos. La comandancia tuvo que hacer un gran trabajo de convencimiento. Porque lo querían matar, no aceptaban que fuera canjeado.

La política del FMLN ha sido siempre de respeto, aun con estos oficiales. A Medina mismo, quedó herido y lo curaron. Y lo trataron como a cualquier prisionero de guerra. ¿Qué haremos en El Salvador con los militares represivos a la hora del triunfo? ¿Los perdonaremos como en Nicaragua? De momento, la actitud que yo veo es de gran respeto. No es propaganda cuando los "compas" dicen que cumplen los convenios internacionales. Los cumplen, es cierto. Es un asunto de honor, porque ellos no son destructores, no son asesinos. Lamentablemente han tenido que recurrir a un camino violento, pero su objetivo es construir una patria nueva, no es destruir. Cuando llegue el triunfo, lo que van a hacer con estos asesinos se va a decidir con criterios políticos. Porque no sólo hay que pensar estas cosas con criterios cristianos. Hay que someter nuestro juicio cristiano al análisis político en estos asuntos tan delicados.

Yo creo que el perdón es un aporte cristiano. Pero los compañeros, aun los que no son cristianos, también saben perdonar. Los "compas" no llevan odio. Esto se ve cuando capturan soldados. Soldaditos rasos. No va a creerlo, pero media hora después a éstos, los "compas" ya los consideran compañeros. A veces hasta andan platicando con ellos y no les han quitado

siquiera el arma. Si tienen hambre les dan, les curan las heridas. Hay excepciones, pero lo normal, lo que se mira a diario, es que hay aquí una gran capacidad para convertir el dolor moral no en odio, sino en fuerza para seguir adelante luchando. La guerrilla insiste siempre mucho en que el soldado es parte del pueblo, que también estamos luchando por ellos, que tenemos los mismos intereses, que ellos están equivocados...

Yo he estado con estos soldaditos capturados, platicando con ellos. Terminan reconociendo que están equivocados y miran que no es cierto lo que les dijeron de los guerrilleros. Algunos se incorporan al FMLN, otros salen del país. Pero aun los que se van, ya se van con otra idea. No los han odiado, los han perdonado. Y no con palabras, sino con los hechos.

A los niños les afecta la guerra. Ellos viven con la guerra. Sus juegos son juegos de guerra. Con un pedazo de madera, que es un fusil, hacen emboscadas... En un bombardeo más serio sí se asustan y lloran cuando les toca estar muchas horas en un refugio, escondiéndose de las bombas.

Cuando crecen un poquito se vuelven buzos, astutos, con una mentalidad muy adulta. A los 10 años ya son mayores. Ya hablan de la guerra haciendo "análisis"... Y a los 12 años cumplen con sus tareítas. Son correos, por ejemplo. Saben desplazarse en medio del enemigo y cumplen. Al poco, ¡andan ya combatiendo!

Son niños sin niñez. Pero no son malos, no están contaminados de violencia, no. Como que entienden el por qué de esta guerra y como que van asumiendo en la guerra su propio papel. Yo digo que no es odio. Es dignidad. Defienden a su familia, defienden a su patria. Y si usted les pregunta por qué luchan le van a dar toda una charla. Aprenden desde su experiencia:

—A mi me mataron a mi mamá.

—Mi hermano está en la guerrilla.

—Y en la escuela les hacemos reflexionar en lo que fue su vida:

—¿Qué comían ustedes en su casa?

—Sólo frijolitos.

—¿Y tomaban leche?

—No había.

Aprenden rápido. A los que son más tiernitos los sacan cada vez más con sus mamás para los refugios de la capital. Estas invasiones permanentes del ejército asustan mucho. Desgastan. Los que son ya mayorcitos se quedan. Y usted los ve por esas piedras y esos lodos caminando descalzos. Y resisten.

Me acuerdo de uno... ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo...? Se me olvidan los nombres. Y es que en el frente no decimos nombres sino "compas." Y además los nombres están cambiando siempre por seudónimos. Ah, sí, se llamaba Chío. Estaba chiquitito cuando lo fui a traer a Pueblo Viejo, cerca de Gotera, para que viniera a estudiar a una escuelita de Morazán. Hice con él una caminata de 7 horas. Le costó mucho al cipote y lloraba. El había visto cómo los cuilios mataban a su mamá en una masacre. Le habían matado también a dos hermanos y todos los demás hermanos ya estaban organizados. El también quería organizarse y luchar. Tenía 8 años.

Empezó por ir a la escuela. Y fue buen alumno. Y después aprendió más y se hizo radista. Ahora es ya todo un "compa" bien formal, de comunicaciones. Porque aprendió a leer y a escribir muy bien. Los niños que yo vi al llegar aquí ya son todos guerrilleros. Ya pasó el tiempo... Con los niños de Morazán cantamos muchas veces "Quincho Barrilete," la canción de Nicaragua. Les gusta mucho esa canción. Porque Quincho es como ellos: un niño con dignidad que sale a luchar por su pueblo.

Nosotros hacemos actividades de pastoral lo mismo con la población civil que con los guerrilleros. Pero vivimos con los guerrilleros en los campamentos. No quieren que nos quedemos con la población por seguridad, por alguna sorpresa del enemigo que se acerque y hay problemas. Si nos agarra la noche en algún lugar avisamos antes y nos quedamos allí. Pero lo normal es que busquemos el campamento más cercano. No tenemos ningún campamento que sea de fijo el nuestro, vivimos en cualesquiera de ellos con los "compas."

En el frente de guerra hay que levantarse muy temprano, hay que estar listo siempre. Cuando amanece, aún está un poco oscurito. Son las 4 y media, un cuarto para las 5... Empezamos el día cantando "La Internacional." "¡Arriba los pobres del mundo...!" Y después el himno nacional. Pero uno no tiene la garganta lista para cantar a esa hora y como los "compas" desafinan tanto... Cada uno empieza cuando quiere, unos muy arriba, otros muy bajo... El que grita más impone el tono. He tratado de explicarles que empiecen juntos, logrando el mismo tono. Pero no entienden. Horrible suena.

Después viene el matutino. Un poco de trote, una media hora. Y después, ejercicios. Me gusta esa manera de empezar el día. Ahorita yo corro con ellos y voy a la par. Pero al principio, siempre quedaba retrasado. Todos corrían más que yo. Es que llegué a Morazán pesando 220 libras. ¡Todo un cura bien alimentado! Y tenía tiempo de no hacer deporte. Ahora peso 160 libras. Toda la grasa se quedó aquí. ¡Y rápido se quedó! Pero me siento mejor. Esta es una vida muy saludable.

Por la limitación de la comida y por las caminatas permanentes uno se mantiene así, sin grasa. Aun cuando no haya maniobra, para llegar a una comunidad tengo que caminar hasta 4 horas... Los primeros 3 meses estuve mal del estómago por el cambio. Pero después, ni una gripe, ni un catarro ni un dolor de cabeza. Aquí la enfermedad más frecuente es el paludismo, por los zancudos. Fuera de eso, los compañeros se enferman muy poco. Es un ambiente muy sano. Es un sol que quema, ¡quema de verdad! Y es una lluvia que moja, ¡y moja de verdad! Te cae toda una tormenta encima. Y el cansancio es de verdad. Es una vida físicamente intensa.

Los guerrilleros fuman, sí. Y es importante que fumen. Los dirigentes siempre están preocupados por garantizarles el cigarro. Una vez yo preguntaba que por qué tanta contemplación con el cigarro, que por qué era tanta la preocupación. Yo no fumo, claro. Me explicaron lo importante que es para el que fuma, tener el cigarro en el combate. Por los nervios.

El guaro no, el alcohol está totalmente prohibido. Ni en las fiestas hay una gota de guaro. En eso son implacables. Porque con gente armada no se puede permitir. Una vez llegó un periodista mexicano, un 25 de diciembre, y traía botellas y

botellas de ron, pensando que iba a agradarnos con eso. Pensaba invitar a la comandancia, ¡brindar con ellos un vaso de ron el día de navidad! Pero nada, ni una gota. Ni 24 de diciembre ni 31 de diciembre ni nunca. Son muy rígidos en eso.

Después del trote nos vamos a bañar al río. Todos juntos. Todo el mundo en cueros, claro. No hay ningún problema en eso. A mí sí me costó al principio. Uno está acostumbrado a tener su casa y a tener su baño y a meterse dentro y a cerrar la puerta. Y hasta que la tiene bien cerrada, se desnuda.

Aquí tenía que bañarme en medio de todos los compañeros, de las compañeras. Fue para mí algo muy nuevo. Y es algo bien natural. Uno tiene prejuicios tal vez por ser un pequeño burgués... Pero ellos lo miran como lo más natural. Nunca he visto un gesto turbio de los compañeros para las compañeras.

Bañados, ya estamos listos para empezar el día. Viene el desayuno: sus dos tortillas, su poquito de frijol. Cafecito a veces, pero no siempre. A veces hay café de palo. En Perquín hay. Muchas veces tomamos café de maíz. Para mí, con tal que tenga el color del café y esté caliente, ya es rico.

Después del desayuno nosotros nos reunimos con los catequistas que están, hacemos una oración, una reflexión, rezamos un Padrenuestro, un canto y ya vamos viendo qué vamos a hacer en el día. Unos a tal comunidad, otros a otra, quién va conmigo, quién va aquí, cuánto tiempo va a estar... Y empezamos a caminar. Tres, cuatro horas para llegar a las comunidades.

Cada quien se lava su ropa. No todos los días. A veces con jabón, a veces no se consigue. Lavamos en una piedrita de una quebrada. Si una compañera me quiere consolar me dice:

—¿Le lavo?

Pero normalmente no acepto, porque ellas tienen su propia ropa que lavar y tienen sus tareas.

—No, yo tengo más tiempo que ustedes. Y además tengo que aprender.

Y cómo me cuesta aprender. ¡Púchica! ¡Esos pantalones tan duros! Y en una piedrita todo doblado. Qué difíciles esos bluyines, nunca se les saca el jabón... Yo creo que los hombres tenemos menos fuerza para lavar la ropa que las mujeres. Ellas ligero sacan el jabón, con una habilidad tremenda. La-

var es una tareíta a la que un cura no está muy acostumbrado. Un día había unos periodistas alemanes y yo me puse a lavar, me tocaba ese día. ¡Y corriendo se fueron a traer su cámara! ¡Una noticia: un cura que lava sus pantalones!

En el campamento hay muy pocos relojes. Para la posta siempre ocupan el mío. Cada uno tiene que estar en la noche una hora, una hora y media de posta. Muchas veces es por disciplina y no por el peligro del enemigo que esté cerca. Yo siempre que llego a un campamento me pongo en la lista de la posta. Es el único rato que estoy con el arma en la mano, mirando la luna... si la hay.

Siempre los compas:

—Padre, présteme su reloj para la posta.

Me da un poco de miedo porque siempre me arruinan esta trabilla. Empiezan a querer abrirlo por aquí, mire. Y cambian la hora a veces para no tener que estar tanto tiempo.

Para las cuestiones militares los compas sí cuentan con el reloj. Pero fuera de eso, la hora no cuenta nunca. Dicen:

—¡Mañana, reunión a las 8 en tal parte!

Yo estoy 5 minutos antes de las 8. No puedo, me cuesta mucho llegar tarde. Entonces pasa uno:

—Rogelio, y qué pronto llegó, ¿qué le pasó?

—¿No dijeron a las 8?

—Sí, pero ahora váyase a descansar, no empezamos hasta más tarde.

¡Y son reuniones con los dirigentes militares! La guerra sí tiene hora, pero lo demás no. Y con la población es peor. Una vez me dijeron:

—Padre, ¿podría celebrarnos la misa por un caído el lunes?

—Claro, con todo gusto. ¿A qué hora quieren?

—No, padre, usted tiene mucho que hacer, defina usted la hora.

Era al principio. Pensé, si celebro a las 8, a las 9 y media estoy libre, estoy desocupado y puedo hacer otras cosas. Les dije que a las 8.

—Encantados, padre. A las 8, pues.

Y yo corriendo para estar a las 8. Pero la misa no empezó hasta las 11. Se levantan muy temprano, hacer las tortillas, moler, limpiar un poco la casita, ir a lavar... Y cuando ya está toda esa rutina lista es cuando empiezan a pensar:

—Hay misa, tenemos que acercarnos.

La hora no les importa nada. Gustavo Gutiérrez dice que para el pueblo latino el reloj y la agenda son una agresión. Uno llega a comprender que es verdad.

A la hora en punto siempre sale al aire Radio Venceremos. Es una radio bajo tierra. Por protección. Por lo menos 50 gentes trabajan en la radio, todo un equipo. Los locutores, los redactores, los que están escuchando las emisoras de San Salvador y las extranjeras, los de documentación, los de seguridad... El estudio de grabación, los motores, los equipos, todo está bien cuidado, bajo tierra. Porque cuando hay invasión o un desembarco y es cerca de la Venceremos, hay que sacar la radio en maniobra, como a los heridos. Y hay un equipo de evacuación bien organizado para sacar todos los aparatos, los micrófonos, las grabadoras, cosas delicadas que hay que cuidar mucho. Los archivos, los papeles. en el momento de la evacuación cada quien sabe lo que tiene que llevar en su mochila, este micrófono, aquel papel. En 10 minutos todo está fuera y a maniobrar con la radio... Y cuando llega la hora de la transmisión y ya se ve que estamos fuera del peligro, el que anda con la antena corre a un cerrito y empiezan a montar los aparatos eléctricos y sacan no sé qué más y yo no sé cómo le hacen, pero a la hora exacta... "¡Radio Venceremos! ¡Voz oficial del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional!!!" Como si nada hubiera pasado. Y así siempre, en cualquier parte. Y a veces, aun en medio de la guinda, ¡tás! Se detienen y empiezan a transmitir. ¿Cómo le hacen..? Yo no entiendo nada de radio, pero los que entienden dicen que eso es algo sensacional.

Santiago siempre ha estado al frente de la radio. El llegó al mismo tiempo que yo a Morazán. Nunca le ha dolido la garganta. Y eso que por la radio hablan siempre tan alto, como si tuvieran delante a todito el pueblo. Con los gestos y todo agitado. Santiago ha estado siempre al frente, incansable, nunca ha salido de Morazán y no ha oído nunca la radio fuera de aquí. Cuando llega alguien de fuera eso es lo que pregunta:

—¿Cómo se oye, cómo entra la señal...?

¿Qué se dice fuera de la radio? Eso es lo que le interesa. Está enamorado de la radio.

"Mariposa" es la muchacha que más habla con él por la Venceremos. También tiene una garganta tremenda. A veces estamos en un acto político así, a campo abierto, y ella a 250 metros grita: "¡Rrrrrevolución o muerrrrte!" Tiene una potencia de voz tremenda.

¿Y cómo es posible que el enemigo no haya sido capaz en todos estos años de ubicar la radio, de acabar con ella? Todos se preguntan eso. Con los aparatos tan sofisticados que tienen los gringos y no pueden... Ese es el orgullo de los "compas."

Yo hablo por la Venceremos. Desde el primer momento he hablado siempre por radio. Desde que se preparaba la ofensiva general en el 81. Hablé entonces animando a la insurrección, diciendo que había llegado la hora en que como cristianos asumiéramos nuestra responsabilidad y, como nos habían cerrado todos los caminos, ya era cuestión de luchar y de luchar con el fusil en la mano.

Muchas veces voy a grabar a la emisora porque muchas veces nos desplazamos muy cerca de la Radio. Prefiero así, hablar allí mismo. Otras veces hago alguna meditación y la grabo y la mando con un compa. Siempre hay programas especiales en navidad, en la semana santa, para algunas fiestas, aniversarios. El sábado y el domingo hacemos siempre la reflexión sobre el evangelio. En muchas zonas a donde llego por primera vez la gente me conoce ya por la Venceremos.

—Ah, ¿usted es Poncel? Lo hemos escuchado por radio...

Santiago nunca pudo pronunciar bien mi apellido, como suena en flamenco. Y el Ponseele lo hizo Poncel y ese nombre se me quedó. Creo que hablar por radio es una gran oportunidad que tenemos para la evangelización. A la gente le llama la atención que haya un sacerdote hablando por la radio del FMLN. Y escuchan lo que decimos, les interesa.

> ...La liturgia del miércoles de ceniza, con la que comienza la cuaresma, se realizó en todas nuestras comunidades. Para nuestro pueblo la cuaresma no comienza el miércoles de ceniza ni termina el sábado de gloria. La cuaresma es más bien permanente. Es decir, todos los días nuestro pueblo se somete y lleva a la práctica ese

ayuno que agrada a Dios, que según el profeta Isaías consiste en romper las cadenas, en desatar las amarras, en dejar libres a los oprimidos, en romper toda clase de esclavitud, en compartir el pan con el hambriento, dar alojamiento a los sin techo, ropa a los desnudos y nunca jamás dar la espalda al hermano. La cuaresma, en el sentido litúrgico, es para nuestro pueblo una época de mayor reflexión y decisión. Todo lo que dice la liturgia en la cuaresma y durante la semana santa le ayuda a su fortalecimiento moral para poder vivir enfrentándose con un adversario cada vez más cruel.

La última experiencia en la zona de Joateca, durante el operativo "Torola V", fue tremendamente dolorosa. En todas las comunidades la Fuerza Armada robó y destruyó siembras, realizó numerosas capturas, cateó casas de la manera más obscena, ultrajó a pobladores y torturó a otros, como en el caso de la anciana Mercedes Gutiérrez, de Estancias, jurisdicción de Cacaopera, que a causa de las torturas ha quedado prácticamente inválida. Asesinó a varias personas, como en el caso de Jeremías Márquez y Anastasio Pereira, cuyos cadáveres fueron encontrados degollados. Igualmente, por desquite, se valió de bombardeos y mortereos y ametrallamientos indiscriminados y a la hora de salir, amenazó con volver a castigar a todos los que hacen caso al FMLN. Incluso, a castigar a los que asisten a actos religiosos llevados a cabo por nuestro equipo pastoral, pues dijo el coronel: "ese sacerdote es contrario."

Esta vez sí habló acertadamente. Soy contrario. Y todos los que integramos las comunidades de base y todos los que integramos este pueblo honesto y justo, somos contrarios a este proyecto de terror y de muerte. La actuación grosera y criminal de la Fuerza Armada contra la población no tiene justificación alguna, pues los pobladores tienen todo el derecho de vivir en una zona bajo control del FMLN, tienen todo el derecho de hacerles caso a los que actualmente velan por sus necesidades inmediatas y tienen todo el derecho de asistir a los actos religiosos realizados por nuestro equipo pastoral.

Nuestro pueblo cristiano, durante la época cuaresmal y durante la semana santa, estará en permanente reflexión, alimentando su fe en la Palabra de Dios, una palabra a favor del pobre, como aquella que Jesús dirigió a los oprimidos, a los que sufren, a los hombres sencillos, a los humillados, diciéndoles: "Felices ustedes, los pobres, los que tienen su confianza en Dios y están abiertos a que se cumpla la voluntad de que todos los hombres tengan vida. De ustedes es el reino. Felices los que lloran porque ven la oposición que hay a la construcción del reino, porque ven la injusticia y la ambición de aquellos que impiden un mundo fraterno. Ustedes recibirán consuelo. Felices los que tienen hambre y sed de justicia, es decir, aquellos que buscan que surja una sociedad nueva, fruto del amor y de la justicia, porque ellos serán saciados. Y felices los que son perseguidos por mi causa por realizar el proyecto de Dios. Esto les provocará conflictos y serán infundados, difamados y perseguidos, pero de ustedes es el reino."
Hermanos, el futuro está de parte de los pobres, pues no es el imperialismo norteamericano ni Duarte ni mucho menos el coronel quienes tienen la última palabra. La última palabra la tiene Dios y esa palabra es una palabra de verdad y de justicia.

(Reflexión del padre rogelio Ponseele a través de Radio Venceremos, 23 de febrero de 1985.)

Los compañeros respetan mucho la fe del pueblo. Tienen un gran respeto por lo que predicamos. Esa imagen de Dios que toma partido por los pobres, un Dios más poderoso que Reagan y que las fuerzas armadas, un Dios que está cercano a nosotros, a los pequeños, a los humildes, que nos da fortaleza, que nos pone frente a un reto y a un compromiso, esa imagen les agrada.

Tienen un gran respeto por el trabajo pastoral que hacemos. Saben lo importante que ha sido el trabajo pastoral que se hizo en todo El Salvador antes de que empezara esta guerra. Y miran cuánta conciencia le dio al pueblo todo ese trabajo, ven

los frutos ahora, en esta lucha tan larga. Miguel, por ejemplo, que tanto trabajó antes por aquí por Morazán. El abrió el camino en este pueblo tan religioso. Y de ahí fueron organizándose para luchar. Y eso se fue haciendo durante años en todo El Salvador. Fuimos poniendo los cimientos. Y eso lo sabe el FMLN y lo valora mucho. Y ese trabajo de ir sembrando no es como algunos dicen una "instrumentalización" ni lo aceptan ellos por táctica. Se trata de ser objetivo con la realidad concreta de El Salvador. Porque este pueblo es religioso.

Joaquín Villalobos me dijo una vez que ellos están convencidísimos de que el evangelio —y no dijo la Iglesia— es la mejor motivación para que los salvadoreños trabajen por la plena realización del hombre. Literalmente, me lo dijo así. También me dijo que tal vez dentro de 50 años podríamos tener una mesa redonda en una universidad para discutir sobre la religión, sobre la visión idealista y la visión materialista del mundo, pero que hasta entonces jamás habrá un conflicto sobre estas cosas entre nosotros. Y yo lo creo. A veces la gente me dice que soy muy ingenuo, que me manipulan, que me ocupan ahora y después me van a botar. Pero es que yo veo diario la práctica de ellos. Y sé que nunca harían eso. Esta dirigencia es de hombres y mujeres de mucha calidad moral.

Con los dirigentes no hay ningún problema. Con algunos mandos intermedios lo que sucede es que empiezan a estudiar un poco de marxismo y ya dicen:

—Vaya, parece que Marx no creía en Dios...

O ven a alguno de sus dirigentes que tampoco cree en Dios. Hay que entenderlo, son dirigentes que caminan con ellos, que se arriesgan con ellos, que están en la línea de fuego con ellos, que comen con ellos los mismos frijolitos o que no los comen para que ellos coman... y no creen en Dios. Eso los cuestiona. Porque para un campesino, ser bueno es lo mismo que creer en Dios.

—Entonces, ¿éste que es tan bueno y tan entregado, cómo es que no cree en Dios?

—Marx es el hombre que ha pensado ¡Lo mejor que se puede pensar para cambiar esta babosada! Y no creía en Dios...

Son cuestionamientos muy grandes para ellos. Por ahí empiezan algunos rechazos a la fe. Es comprensible.

La Iglesia siempre los cuestiona. Cuando el Papa vino a El Salvador había, incluso entre los dirigentes, alguna esperanza de que fuera a decir algo claro en apoyo a la justa lucha del pueblo. El mensaje que había mandado antes de su visita nos pareció bastante bueno, hablando del diálogo. Había esperanza. En el pueblo, muchísima. Se imaginaban que el Papa iba a venir y así, ¡de repente!, llegaría la paz. El pueblo siente como una adoración por el Papa.

Vino y el pueblo no entendió mucho de lo que dijo. Esa es la verdad. Entre los "compas," una tristeza profunda, una decepción. Muy pronto la superaron. Porque para ellos es claro que el Papa, que los obispos, que la Iglesia, son una institución política que se mueve dentro de la correlación de fuerzas políticas, como cualquier otro poder. Y saben que hay que tratarla así, como a un poder mundial, analizándole sus movimientos y haciendo todas las maniobras políticas necesarias para enfrentarla. Los dirigentes saben hacer muy bien la diferencia entre ese poder, con el que tienen que maniobrar, y la Iglesia de las comunidades de base. Esa diferencia la entienden muy bien.

En ningún momento yo me he sentido manipulado. Se puede pensar eso cuando se confunde a estos compañeros con los dirigentes políticos de los partidos, los políticos tradicionales, que dicen un discurso aquí y se ponen una gorra de obrero cuando van a hablar con un obrero y van a dar otro discurso allá y a la noche comen muy bien y duermen muy bien... No, estos hombres son distintos. Están realmente comprometidos. Yo los observo de la mañana a la noche.

Cuando tenemos reunión con ellos, es importante la relación que se establece. Nosotros mantenemos el trabajo eclesial como trabajo eclesial, pero tenemos que coordinarnos. Yo estoy siempre muy interesado en conocer las líneas políticas para que nuestro trabajo pastoral avance y sea coordinado. Y ellos están muy interesados en conocer por nuestro trabajo cómo se siente la población, que críticas está haciendo, qué inquietudes tiene. Les interesa cómo van creciendo y consolidándose las comunidades, cómo se va ampliando esa fuerza social de gente de veras comprometida. Están siempre interesados en eso, abiertos.

Sucede que a veces ellos van haciendo sus grandes planes en función de la guerra, en función de sus objetivos políticos mayores y se descuidan de tener en cuenta las necesidades más pequeñas, más concretitas de la población; que tiene uno su siembra aquí y no la puede abandonar, que tiene su ranchito, que las mujeres se quedan solas si a los maridos los mandan a tal tarea... Para todo hay que hacer un trabajo previo, un trabajo paciente. No se puede decidir cosas que afectan a la gente así, con líneas que vienen desde arriba y pasan sobre la cabeza de la gente... Los cuestionamos cuando pasa esto. Y ellos están siempre muy abiertos a escuchar esas críticas y lo que vamos oyendo cuando vamos por las comunidades. Lo agradecen.

Nuestra posición frente al FMLN es de independencia y de coordinación. Las decisiones sobre la población las tomamos en diálogo, coordinadamente. Ellos tienen derecho a definir cómo tiene que ser la guerra, ése es el campo de ellos. Pero la decisión sobre la vida de las comunidades es de la Iglesia. Ellos deben de darnos un informe político. Los compañeros tienen mucha más claridad política. Tienen la formación y la información.

Hay claridad en esto de la independencia y de la coordinación, pero surgen preguntas. Porque ellos tienen también una clara conciencia de ser la vanguardia del pueblo. Y realmente lo son. Están conduciendo al pueblo en su lucha, son su vanguardia. Y como entienden que la fe es parte de la conciencia del pueblo, tienden también a querer conducir la fe del pueblo.

Lo que pasa es que aquí está naciendo una Iglesia que ya no vive para sí misma, sino que expresa la fe de un pueblo. Es por esta razón que nacen y nacen nuevas preguntas entre nosotros. Y es por eso que tenemos necesidad de conocernos, de coordinarnos, de apoyarnos.

En estas reuniones siempre hay interrupciones. Correos, un papelito con un mensaje, que el enemigo está aquí, que se desplaza por allá, que hay noticias de que habrá bombardeo en tal parte, que los que maniobran hacia allá van mal, que hubo bajas

bajas aquí, que allá el operativo fracasó, que hay tales problemas de abastecimiento... Conducir una guerra es difícil, muy difícil. Yo hubiera muerto ya. No de bomba o de bala, sólo de pensar en que tengo que conducir la guerra.

Los dirigentes se mantienen despiertos día y noche. Joaquín Villalobos no duerme. Es un hombre muy humilde, de una tremenda calidad moral. Son incansables. Se reúne con los comandantes, todo un día de planificación, de reflexión, pensando en cómo hacerle... Y de repente:

—¡Que vengan "Los Torogoces!" Y los de abastecimiento que consigan unas gallinas ¡y ya vamos a hacer una fiesta!

Se preocupa siempre porque los compañeros tengan alguna fiestecita para que aguanten un ambiente tan tenso. Son detalles, ¿no? Y él lleva siempre una vida bien austera. A veces en Europa dicen que Joaquín es el hombre de la guerra, el de la mano dura, ¡el monstruo! Y es un hombre obsesionado por la paz y por el diálogo. Yo vivo con ellos, los conozco.

A los "compas" les gusta que les hable y hablarme, las dos cosas. En eso, yo a veces sigo siendo bastante europeo. Si tengo un plan de trabajo me cuesta salir de él. Siempre quiero al final del día tener terminada ¡mi agenda! ¡Mire qué absurdo ése, qué gran absurdo en tiempo de guerra! Pero estoy haciendo ahora una confesión con usted ¿no? Me acuso de que no soy suficientemente dado a la plática y a veces huyo de esas largas platicadas. Y para los compañeros hablar es muy importante. Siempre empiezan igual:

—Rogelio, ¿a dónde va?

—Tengo que hacer tal cosa...

—No, Rogelio, siéntese, siéntese con nosotros aquí y cuéntenos una pasada...

Para los campesinos, la "pasada" es clave. Es contar una historia. Ellos no se entretienen leyendo un libro y si llegan a leer un poquito, una página, dice que les duele la cabeza. Es la falta de hábito de leer, pero ellos le llaman dolor de cabeza. Les gustan, pues, las "pasadas," los entretienen. Les cuento de Bélgica, de cualquier cosita, de lo que me pasó

en tal comunidad... Y ellos cuentan de sus hazañas de la guerra. Las exageran un poquito, se ríen...

A veces me preguntan los europeos:

—¿Rogelio y nunca se ha sentido solo?

Es una pregunta muy europea. Porque la soledad es el gran problema allí. Yo siempre les digo que no, que mi problema es que a veces he querido estar solo y no puedo, que nunca estoy solo, que siempre estoy con los compas, comiendo, durmiendo, caminando...

A veces agarro un libro y vienen a la par mía. Pocos libros hay en el frente. Los compas leen los folletitos del partido, los catequistas leen la Biblia y algún estudiante trae a veces un libro, pero hay poco que leer, no hay costumbre. Entonces, quiero leer y se me acercan y me piden que les lea. Tienen como la curiosidad de entrar ¡en el mundo de los libros!

Desde que soy sacerdote siempre he preparado la homilía por escrito. Tiene la ventaja de que uno no sale a decir cualquier babosada. Van y pasan y me miran escribiendo:

—¿Qué escribe, Rogelio, con esa letra tan bonita?

—Preparo lo que voy a decirles en la misa.

—Pero, si ya sabe, ¿qué escribe tanto?

Piensan que no tengo que prepararme nada. Pero siempre lo he hecho. Cuando improviso me siento incómodo, no me sale. Por el lenguaje, pero también por mi modo de ser.

Si me pongo a leer el misal, porque otra cosa no tengo para leer, ahí vienen:

—¿Qué está leyendo, de qué se trata?

Y es para empezar una plática. Les gusta platicar.

No, en Morazán no hay privacidad. Para mí fue una cosa dura al principio. No hay intimidad, uno nunca está solo. Allá en San Salvador yo me metía en mi cuarto a escuchar música, a reflexionar, a preparar mi homilía. Y nadie entraba en mi cuarto sin tocar a la puerta y pedir permiso. A los curas nos educaron para un cuarto privado donde nadie puede entrar.

Aquí no, ¡no hay privacidad ni para hacer las necesidadese! Ni para eso. Tenemos un hoyo como letrina. El hoyo,

con un poco de monte alrededor, algo apartadito. A veces está uno allí y ni siquiera allí está solo. Nosotros nos escondemos, a mí al principio estas cosas me daban una pena muy grande. Ya no tanto.

A veces siento una gran necesidad de estar solo para meditar, para evaluar mi vida ante ese Dios en quien creo, que me llama siempre a un mayor compromiso. Revisar mi vida. Necesito esos momentos de estar un poco aislado y me aparto un poquito. Sólo un poquito... Los "compas" son capaces de perseguirlo a uno a cualquier parte.

Casi nunca le pido cosas a Dios. Muy poco pido en mi oración. Un poco de fortaleza para mí y para los "compas." Para este pueblo que enfrenta tanto dolor. Es lo único que puedo pedir. Creo que el hombre tiene su responsabilidad y que debemos ser capaces de enfrentar nosotros los problemas de la vida. Dios no nos los va a resolver.

Sí, me han preguntado muchas veces por qué no me he casado. Les gusta el tema y como me tienen confianza, bromean con eso. Si hay una compañera presente preguntan:

—Y con esta compañerita, Rogelio, ¿no le gustaría?

Y la compañerita está en la broma también. Para ellos el que un cura se case o no, no es ningún problema. El gran problema es que no pueden imaginarse que uno asuma el celibato y lo cumpla. Para muchos eso es un imposible, y es una gran tontera también.

—¿Y cómo aguanta sin mujer, Rogelio...? ¿No tiene alguna?

Yo también les respondo a la broma, haciéndome el bravo:

—¡No vayan a involucrarme en ese bonche, que ya tengo yo problemas suficientes!

Nos reímos. Pero a veces profundizamos un poquito más. Y ellos comprenden.

—Si yo me hubiera casado, probablemente no estaría aquí. Porque hubiera tenido preocupaciones por mi mujer y por mis hijos. Nunca hubiera tomado la decisión de venir a Morazán. Pero no me casé y me siento libre. Aquí me puedo quedar, aquí me puedo morir, no tengo que pensar en que dejé a la mujer en Bélgica o en México, no tengo ninguna responsabilidad que esté descuidando. Estoy aquí y estaré aquí siempre. Soy libre.

Ellos lo comprenden. Porque para ellos sus familias son un problema. Los hijos creciendo en un refugio, los hijos fuera, la mujer que es una burguesa y qué formación les estará dando a los cipotes...

La guerra se ha prolongado y eso trae muchos problemas. Trae problemas emocionales que son reales. Porque hay una gran inestabilidad, incertidumbre, tienen la esposa lejos y tienen compañeras aquí en el frente y qué van a hacer... La guerra no ha durado ni un año ni dos... Son hombres, tienen una mentalidad machista, yo no puedo exigirles que sean célibes como yo. ¿Cómo voy a exigirle a un campesino, con su educación machista, que no se junte con otra compañera? Nosotros escogimos el celibato pero ellos no. ¡Ah, y cómo nos cuesta a nosotros! Yo les insisto en que sean ordenados en eso, que no sea hoy con una y mañana con otra. Porque también eso pasa a veces. Los problemas morales. Los problemas emocionales, que son reales. Y después influyen en sus tareas, en sus compromisos...

En el aspecto sexual todos somos un poco débiles, todos somos seres humanos. Yo no me creo el hombre más fuerte del mundo y si veo una mujer bonita... Pero eso lo sé controlar. Creo que es mucho también cuestión del temperamento de cada quien. Yo siempre he experimentado en el celibato una gran libertad, no me hace sufrir. Y esa libertad, esa tranquilidad, la siento mucho más aquí en el frente, donde hay tanto que arriesgar.

Todo eso lo comprenden. Creo que si me casara, sería para algunos una gran decepción. Aun para los mismos "compas," a pesar de sus bromas. Siento que el celibato es un testimonio frente a la exagerada pasión por el sexo. Y por ese testimonio, yo puedo después reclamarles, puedo hablar de todos sus problemas sexuales con ellos, no tengo nada que esconder...

¡Aunque si lo tuviera, no podría esconderlo! Aquí no se puede esconder nada...

En estos años he visto crecer a este ejército. Los "compas" tienen más disciplina, más formación militar, más formación política, más conciencia y una experiencia bárbara. El FMLN es un ejército de campesinos. La mayoría son campesinos. Algunos dirigentes son estudiantes. Pero más y más, en la dirigencia general, se integra a los campesinos. Algunos han llegado a la comandancia general y manejan ya una formación increíble. Los campesinos tienen más ventajas en algunas cosas: conocen el terreno y han sufrido tanto que son incansables. Si se trata de escribir algo, de hacer un correo, tienen más ventajas los que son estudiados. Pero como están en un mismo proyecto, todos son compañeros y no se notan las diferencias, se tiende a una igualdad tremenda.

¿Sabe dónde yo veo diferencias? En las bromas que hacen. Los campesinos hacen unas bromitas muy simples. Las de los que son estudiantes son más pesadas. Los campesinos son muy sensibles y algunas expresiones las toman a mal. Incluso, cuando yo voy caminando con un catequista tengo que poner cuidado de no ofenderlo. En eso se les nota bien todo el pasado que llevan encima: siempre han sido rechazados, siempre han sido despreciados.

Los campesinos también tienen una gran capacidad para hacer armas populares. Aquí tenemos talleres de explosivos donde hacen fusiles, hacen minas, experimentan, incluso a las armas ya arruinadas las saben componer con cualquier pedacito de arma vieja. Es un trabajo muy delicado y lo saben hacer muy bien.

A veces nuestro servicio de inteligencia se entera de cómo entre ellos se engañan... Algún oficial comunica al mando que ya están en tal lugar y que ya cumplieron la misión. El mando, satisfecho, les ordena regresar.

Pero es falso, no han hecho nada de lo que dicen. Pero es para no ir más adelante. Porque tienen pánico a los terrenos minados con esas minas que hacen los campesinos, que son tremendas.

Sin la aviación, sin las bombas, hubiéramos ganado ya la guerra. Por tierra la Fuerza Armada no puede hacer gran cosa. Avanzan porque cuentan con la aviación y cada vez que se encuentran en apuros, llaman a la aviación.

Hay la conciencia, pues, de que la Fuerza Armada se mantiene por la aviación, por las bombas y los helicópteros que manda Estados Unidos. Hay la conciencia clara de que ésta es una guerra contra Estados Unidos, contra el imperialismo. Es un concepto bien común, aun entre los campesinos más sencillos: estamos enfrentando al imperialismo norteamericano. Y hasta con los niños se habla de eso. A veces hacemos piñatas con ellos y les pregunto:

—¿Qué nombre le vamos a poner a la piñata?

—¡Ronald Rigan!! (sic.)

¡Para quebrarle la cabeza! Está esa conciencia común. Y se sabe que es por Estados Unidos que aún no ganamos la guerra, que es por los gringos que la guerra se ha hecho más difícil y tan cruel.

En 1981 los norteamericanos evaluaron que la guerra era más un problema político que militar; trataron de ganarla con un genocidio y no lo lograron. En 1983 los norteamericanos consideraron que la guerra era fundamentalmente un problema militar y se plantearon ganarla, haciendo crecer al ejército y tampoco tuvieron éxito. Para los norteamericanos la guerra en 1986 se ha convertido en un problema político y militar de mayores dimensiones para el cual ya no tienen solución, ni con genocidio ni con ayuda militar.

.....

El ejército no ha progresado en lo más mínimo en los aspectos políticos de su plan contrainsurgente. La principal razón de este fracaso reside en la incapacidad estratégica de hacer concesiones importantes a las masas; todo lo contrario, las sigue reprimiendo. Su capacidad de concesión no va más allá de la ejecución de acciones de reparto de víveres que no son otra cosa que una desgraciada caridad que no mitiga el hambre de un día ni

hace olvidar la represión de hace 50 años. Estas acciones sólo confirnman el profundo desprecio que sienten por un pueblo al cual creen incapaz de pensar y luchar consciente de sus intereses y cuyos principios y valores humanos son muy superiores a los que promueve el sistema en que vivimos.

...

En un país tan pequeño como El Salvador y con la densidad de población que tiene, cada kilómetro cuadrado donde la Fuerza Armada ya no pueda sostener de manera estable su poder militar, donde no se pueda mantener la autoridad jurídico-política del gobierno y donde, de manera embrionaria o parcial, se comience a desarrollar otro poder, se terminará reflejando una evidente dualidad de poderes político militares entre el FMLN y el ejército, lo cual constituirá un grave debilitamiento estratégico del proyecto contrainsurgente norteamericano.

En El Salvador, un país con 244 habitantes por kilómetro cuadrado, cruzado por muchas carreteras, lleno de municipios por todos los rumbos, no existe el concepto de montaña ni área rural aislada. En ese sentido, cada pulgada de terreno perdido constituye un desequilibrio vital en la guerra. Haciendo un estimado modesto del territorio donde el FMLN tiene más control o más dominio que la Fuerza Armada, podríamos hablar de unos 5 mil kilómetros cuadrados, es decir, de la cuarta parte del país.

(Joaquín Villalobos, "El estado actual de la guerra y sus perspectivas," *ECA* 1986, *449*.)

Veo otra Iglesia que está naciendo. Cuando miro nuestras pequeñas comunidades eclesiales de base, pienso: tal vez por aquí nace algo nuevo para dentro de algunos años. En todo El Salvador se está trabajando por eso, cada quien en su lugar. Con esa confianza. Somos bastantes, somos muchos. Porque hay bastantes sacerdotes fuera de las zonas de guerra que trabajan en esa misma línea y muchos otros sacerdotes formando comunidades. Hemos aprendido mucho en estos años de sufrimiento. Algo nuevo está naciendo.

Estamos contribuyendo a la formación de esa Iglesia nueva, que camina con el pueblo, que se inspira en el evangelio, con la esperanza de que será tan fuerte y tan sólida que el mal ejemplo de la Iglesia instituicional ya no hará más daño. Para los compañeros, aunque ellos no sean creyentes, un cristianismo así, una Iglesia así es una señal. Ellos aprecian y respetan eso muchísimo. Los curas y las monjas nos hemos creído siempre el ombligo de la Iglesia, el centro de todo. Pero esta Iglesia que nace tiene en su centro al pueblo. Deseo que la Iglesia pierda todo su poderío, que sea como una Iglesia casi invisible. Entonces es cuando tendremos la oportunidad de hablar del evangelio, de descubrir en lo más profundo de nosotros mismos qué es ser cristiano, qué es lo específico del mensaje cristiano.

Realmente, la revolución es una mística. Cuando veo salir a los "compas" que van a realizar una misión especial, entrar en un cuartel eje del ejército, por ejemplo, hacer un operativo en las meras narices del enemigo, me quedo siempre pensando. Van a esa misión y saben 'que muy probablemente no van a volver. Los comandantes les dirigen la palabra, gritan consignas. Y ellos van con una gran dignidad, contentos de que van a hacer algo grande. Van con la mística de que vale la pena dar la vida. Y son jóvenes, y podrían rajarse, porque quieren vivir más. Pero van.

Sí, es una mística. La mística de formar parte de algo mayor, de estar proyectándose hacia la sociedad, dándole su aporte, su vida. Cómo sucede también en una verdadera comunidad cristiana.

Un acto político es también una liturgia. Realmente. Es aplauso, es palabra, es canto, es consigna, es grito. Falta el pan y el vino, pero... También hay siempre su comidita al final.

A veces pienso que entre el cristianismo, en ese sentido, y el marxismo, más como mística que como análisis, no hay ninguna diferencia. Nosotros partimos de la persona de Cristo y ellos de ese proyecto histórico que vale la pena. No hay mu-

chas diferencias visto así.

De todas maneras, cuando se dice que un cristiano es un comunista y que un comunista es un cristiano, me parece muy simple. Tenemos que profundizar más en esa relación. ¿Hay algo específico cristiano? Lo pienso y no sé contestar. A veces pienso que mientras tengamos chance de aportar algo, lo aportamos. Y si no podemos aportar nada, ¡pues no aportamos nada! A mí me gustaría hablar de esto con muchos, pero no lo he hablado hasta ahora con nadie... ¿Qué es lo específico cristiano? Digan lo que digan, una sociedad socialista está mucho más cerca del evangelio que una sociedad capitalista. Es claro que los marxistas nos pueden enseñar muchísimo, sobre todo ese valor de la colectividad, de someter los intereses individuales al proyecto colectivo, la entrega a la comunidad, a un pueblo. Porque aunque en el evangelio hay esa entrega y esos valores, tuvimos una educación más burguesa que cristiana y nos inculcaron un amor de llegar hasta aquí no más, que primero mi familia, un evangelio todo aguado, que es individualismo, espiritualismo...

Pero podemos aprovechar algo de la educación cristiana que tanto nos ha sensibilizado en el valor de la persona humana, de cada persona humana. El peligro es que caigamos en el individualismo, pero el otro peligro es que con la colectividad olvidemos a cada persona. Porque cada persona vale mucho. Puede ser un anciano: vale. Puede ser un niñito: vale. Me acuerdo de mis papás con mi hermano atrasado mental, un arruinado. Vi en la generosidad de ellos cuánto valía mi hermano. Y cuanto valía a los ojos de Dios.

Yo no digo que nosotros tengamos el monopolio de los valores individuales, de los valores personales, pero a veces los proyectos grandes, las grandes líneas políticas, pueden hacer olvidar esto. Y si hay que sentarse a pensar qué hacer con ellos. Claro que hay que incorporarnos todos y armarnos y... Pero, ¿aquel anciano? También hay que tomarlo en cuenta a él... ¿Lo vamos adejar fuera? No sé si me explico.

¿Por qué voy a negarlo? A mí me interesa mucho que la gente tenga fe. Y me interesa mucho porque yo creo que la fe da

felicidad. Y yo quiero que la gente sea feliz, eso es lo que quiero, lo que más me interesa. Que sea feliz en esta vida, que tenga otra perspectiva ante la muerte. Pero siento que nosotros los curas tenemos que cuidarnos de hablar demasiado fácil de Dios. Estamos muy acostumbrados a hablar y a hablar de Dios. Cuántas veces no decimos que Dios actúa en nuestra historia...

—Pero, Padre, ¿y si actúa, cuándo se acaba esto? ¿Y tantos años de guerra, y tantos miles de muertos...? ¿Qué pasa con Dios?

Trato entonces de hablar con ellos, no de convencerlos, ¡porque yo no convenzo a nadie! Y tampoco es evidente que Dios actúe, ¿verdad? Mi fe es demasiado frágil. Platicamos:

—¿Ustedes creen en la victoria?

—¿Y si no...? Aquí estamos, ¿no mira?

—Pero hay miles y miles que no creen, miles. Por eso, lo que ustedes tienen es fe en la victoria. Es una fe. Porque esa victoria no todos la creen, ni la esperan, ni la quieren. Está Estados Unidos, la potencia mundial, contra nosotros. Está todo ese mundo de vacilantes que apoyan a Reagan. Estamos nosotros aquí, con pocas armas, con un pueblo hambriento, con pocos recursos... Si uno va poniendo los obstáculos en una lista y después tiene que afirmar que vamos a ganar la guerra, ¡es una locura! Es pura fe afirmar la victoria.

Les hace reflexionar. La diferencia es que yo relaciono mi fe en la victoria con la fe en Dios, en el Dios de Jesús, que garantiza esa victoria y que tiene la última palabra.

Cuando hablo de Dios siento en mí una gran timidez. Será por esa fe tan frágil que siento que llevo conmigo. Y si yo siento esa timidez, se imagina a esos "compitas" cuando se enfrentan a alguien que les dice:

—¡Dios no existe!

Porque la fe de los campesinos es tremenda. Dios está ahí, detrás de la puerta. Todo lo relacionan con Dios:

—Ayer tuvimos un bombardeo y nos salvamos por Dios.

A mí me sorprende. Porque esta gente ha pasado por todo. Bombardeos, asesinatos, masacres...

—Dios actúa, Padre.

Así me dicen. Seguros de lo que dicen.

—Dios está con nosotros, Padre, porque si no hubiera estado Dios, hubiera sido aún peor.

¡Siempre salvan a Dios! Y pase lo que pase, ¡Dios, siempre los salva a ellos!

Sabe lo que es para una fe así que venga alguien y diga:

—¡Dios no existe!

Vienen conmigo:

—¿Es cierto que no hay Dios, Padre?

A veces siento que lo que buscan en mí es que yo les afirme mi fe con seguridad. Y a mí, por timidez o por respeto, no me sale hacerlo, no me gusta hacerlo. Mi fe es frágil. Porque si es seguridad, ya no es fe.

—¿Es cierto que no hay Dios, Padre?

A mí me da sentimiento cuando me dicen así, porque expresan una confusión. Se desmoralizan, se quedan todos aguados. Y es que la fe les da un horizonte, da fortaleza para no desmayar, da un estilo de vida. Si no se respeta la fe de un campesino, si así no más se la golpea, se destruye lo que siempre fue su fuente de fortaleza y de vida. Es delicado tratar de arrancar de un solo esa raíz. Por eso los "compas," los dirigentes, respetan tanto la fe.

¿Y cuando no haya ya que tener fortaleza para luchar, porque ya haya terminado la lucha de clases, permanecerá la fe? Sí, se oye que la fe es un elemento cultural y que a medida que el pueblo vaya avanzando, a medida que madure, irá rechazando la fe. Se oye que tener fe es tener una concepción no científica del mundo, que sólo el marxismo es lo científico. Se oye que esto de la fe es sólo para movilizar la conciencia en esta etapa, que después se dará un salto de calidad y se acabará todo esto de la religión.

Ciertamente yo creo que nunca vamos a llegar a una sociedad tan ideal para que no haya ninguna razón de esperar más y más allá. Nunca habrá un hombre tan perfecto que hayamos acabado con ese enemigo que hay dentro de nosotros, que nos hace caer siempre en el individualismo.

Me parece a mí que siempre será alegre ese Dios que nos garantiza una vida plena, que siempre será válido ese esfuerzo por igualarse a Jesús y a todos esos valores que representa el evangelio. No creo que esos valores sean transitorios. No creo que sean valores que tengan que ser superados. Son valores reales.

Supongamos que triunfemos. Vamos a triunfar. Después, vendrá una época más difícil aún: la reconstrucción. Después vendrán épocas de tentaciones, de decadencias, de errores, de acomodamiento, de olvidarse de los principios... ¿No le parece a usted que permanentemente tendrá que haber una revolución dentro de la revolución? Si es así, siempre nos ayudará a hacerla el tener un Dios delante que nos invita a caminar más y más. Yo no soy nadie para hablar, pero así lo veo. Caminamos hacia la felicidad, pero siempre quedará camino por delante. Luchamos por la felicidad, pero siempre habrá fallas. Están las relaciones humanas con sus problemas, está la enfermedad... Siempre nos quedarán preguntas, insatisfacciones, siempre tendremos limitaciones que superar.

La fe me ha hecho feliz, me da una esperanza amplia, me da horizonte. Por eso me resisto a dejar de creer. Un campesino me dijo:

—La fe es un amor, Padre. Sin fe no se puede vivir.

Por eso a mí me interesa que la gente tenga fe. Para que vivan. Yo quiero para todos esa fe. ¿Por qué no?

En la práctica sí nos estamos encontrando aquí los marxistas y los cristianos. En la misma lucha por el mismo pueblo. Yo mismo experimento que hacemos un mismo camino buscando los mismos valores. Los "compas" tienen un poemita que le pusieron de título "El partido," donde dicen ellos lo que significa entrar en el partido. Entrar en la revolución, digo yo.

Si no vienes a dar
el corazón y la vida,
no te molestes en entrar
porque en tu entrada
comienza tu salida.
Si tú vienes a buscar
un lecho para una ocasión mullida,
no te molestes en entrar
donde la flor más bella es una herida.
Este es un lugar propicio
tan sólo para el sacrificio.
Aquí tienes que ser
el último en comer,

el último en tener,
el último en dormir,
el primero en morir.

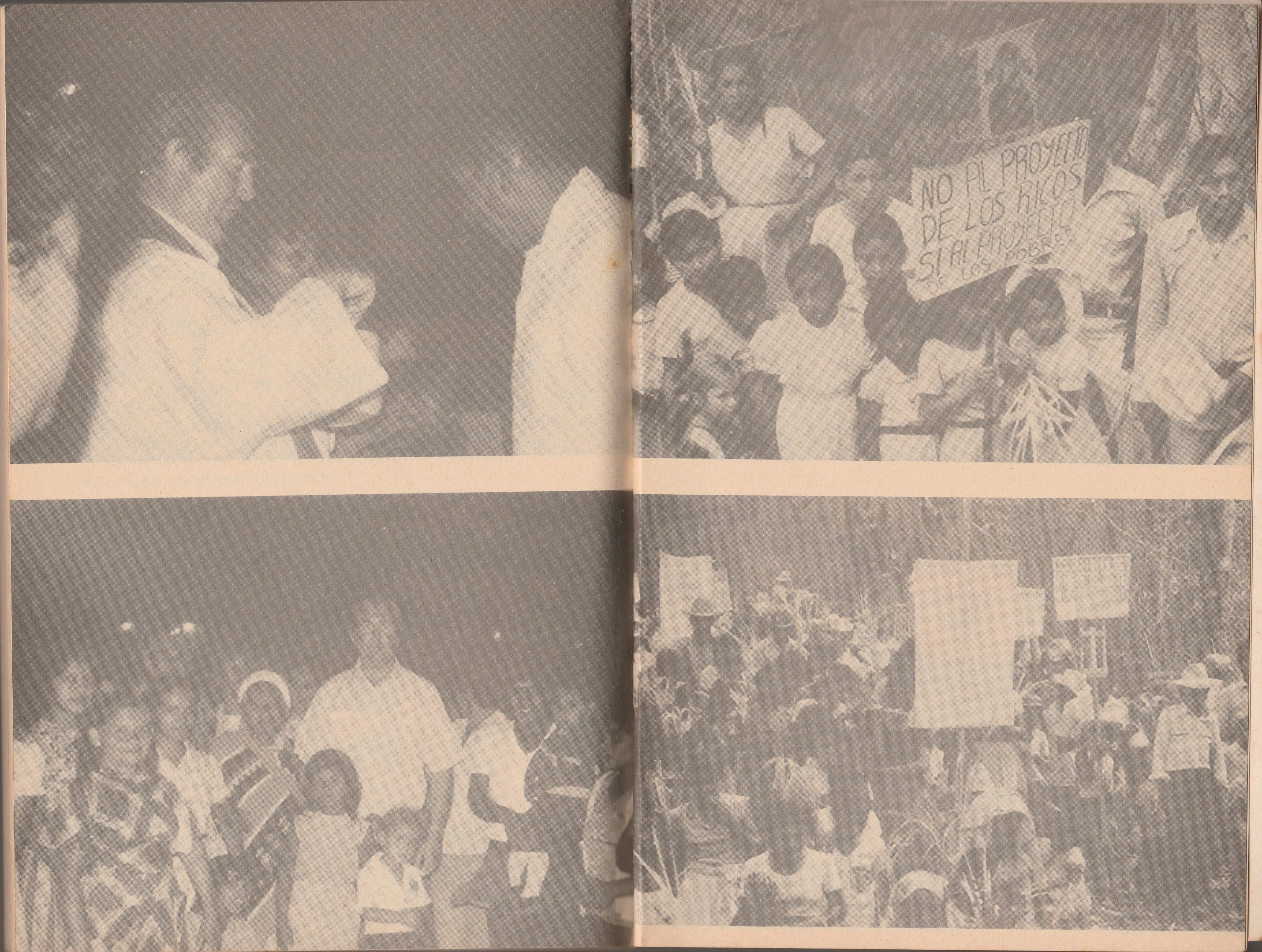
¿Qué más cristiano se puede decir?

Lo que yo considero nuestro principal papel es dar esperanza. Es la razón por la que yo estoy aquí. Si me dijeran: mire, las circunstancias no le permiten decir misa, no puede tener pastoral, no puede hacer grupos de reflexión, lo único que va a poder hacer es estar con los "compas," con la población, caminar con ellos por las veredas, yo me quedaría aquí.

Para este pueblo que cree en Dios la palabra de la fe es fuente de fortaleza, de valor, de esperanza. Que un sacerdote ande con ellos es una señal de que Dios va con ellos.

Y para mí es lo mismo, igual me pasa. Cuando ando arruinado y chuco, sin ganas de nada, cuando comparto con ellos la misma angustia y a veces no tengo ni deseos de hablar y estoy más agüevado que ellos, la presencia de ellos me da ánimos a mí. Ellos son los que me dan la esperanza. Eso es lo que tenemos y lo que nos damos. La esperanza de que Dios va con nosotros, de que vamos a triunfar. Por eso nunca me iré de aquí. Hasta que ganemos la guerra.




NO AL PROYECTO
DE LOS RICOS
SI AL PROYECTO
DE LOS POBRES





COLECCION
La Iglesia en América Latina

1. *Medellín,* Los textos de Medellín y el proceso de cambio en América Latina.
2. *Rutilio Grande,* Mártir de la evangelización rural en El Salvador.
3. *Los obispos latinoamericanos entre Medellín y Puebla,* Documentos episcopales de 1968.
4. *Mons. Oscar A. Romero, Mons. Arturo Rivera D., Ignacio Ellacuría, Jon Sobrino y Tomás R. Campos,* Iglesia de los pobres y organizaciones populares.
5. *Tercera conferencia del episcopado latinoamericano,* Puebla. La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina.
6. *R. Cardenal, I. Martín-Baró y Jon Sobrino,* La voz de los sin voz. La palabra viva de Monseñor Romero.
7. *Comisión de derechos humanos de El Salvador,* La Iglesia en El Salvador.
8. *La fe de un pueblo,* Historia de una comunidad cristiana en El Salvador (1970-1980).

COLECCION
Teología Latinoamericana

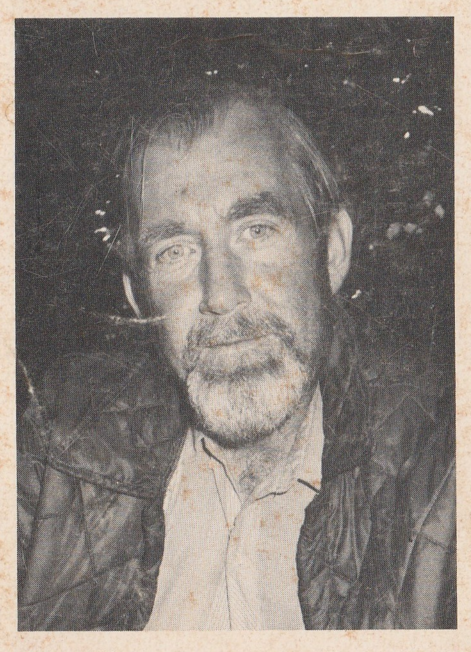
1. *Jon Sobrino,* Jesús en América Latina.
2. *Rodolfo Cardenal,* El poder eclesiástico en El Salvador (1871-1931).
3. *Ricardo Falla,* Esa muerte que nos hace vivir. Estudio de la religión popular de Escuintla (Guatemala).
4. *Ignacio Ellacuría,* Converción de la Iglesia al Reino de Dios. Para anunciarlo y realizarlo en la historia.
5. *Rafael de Sivatte.* Dios camina con su pueblo. Introducción al Antiguo Testamento.
6. *James R. Brockman,* La palabra queda. Vida de Mons. Oscar A. Romero.
7. *Rodolfo Cardenal,* Historia de una esperanza. Vida de Rutilio Grande.
8. *Jon Sobrino,* Resurrección de la verdadera Iglesia. Los pobres, lugar teológico de la eclesiología.

Rogelio tiene 46 años. Es alto, recio, rubio y rojo. "El padre Tomate," le decían a veces. Se emociona y se pone colorado. Se apasiona y le sube casi toda la sangre a la cara. Conserva aún muchísimo del asombro, de la sencillez y de la limpieza que son patrimonio de los niños. Pero a la vez en muchos momentos parece un niño pícaro, pero es también un hombre sabio, con muchos caminos recorridos, de esos a los cuales la experiencia ya no permite retornar.

Rogelio cuenta aquí bastante de la evolución experimentada por la Iglesia salvadoreña —en gran medida, por toda la Iglesia que está en América Latina en estos últimos 20 años. La evolución de una pastoral que se va aclarando. Y radicalizando. Es decir,que vuelve a las raíces más jugosas del evangelio de Jesús.

Tenía que ser en El Salvador. Porque en este país chiquito se ha ido gestando, amasada con sangre, una Iglesia grande, luz para muchos en el mundo. Tan grande esta Iglesia, tan recio ya el arbolito de mostaza, que nos dio a todos el fruto de un obispo como Monseñor Romero.

Esta Iglesia nos está dando también, como fruto sazonado, este modelo de sacerdote, que acompaña al pueblo y al ejército popular, haciendo presente en medio de una guerra de liberación la eucaristía, la comunidad de base, el grupo bíblico, el agua del bautismo, la palabra de esperanza. Haciendo presente al Dios de Jesús, al Jesús del evangelio.



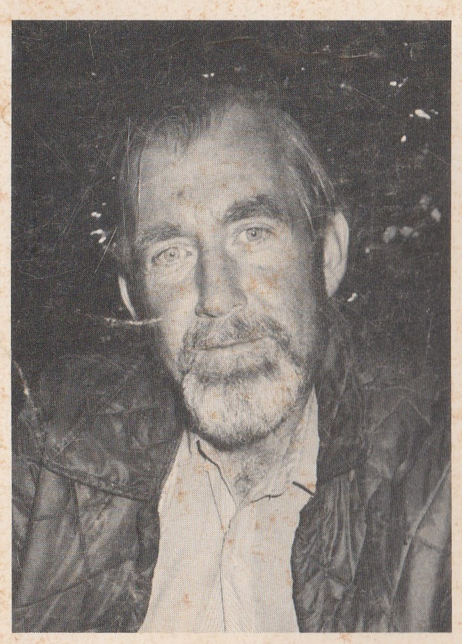


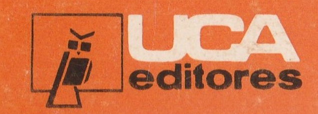
Rogelio tiene 46 años. Es alto, recio, rubio y rojo. "El padre Tomate," le decían a veces. Se emociona y se pone colorado. Se apasiona y le sube casi toda la sangre a la cara. Conserva aún muchísimo del asombro, de la sencillez y de la limpieza que son patrimonio de los niños. Pero a la vez en muchos momentos parece un niño pícaro, pero es también un hombre sabio, con muchos caminos recorridos, de esos a los cuales la experiencia ya no permite retornar.

Rogelio cuenta aquí bastante de la evolución experimentada por la Iglesia salvadoreña —en gran medida, por toda la Iglesia que está en América Latina en estos últimos 20 años. La evolución de una pastoral que se va aclarando. Y radicalizando. Es decir,que vuelve a las raíces más jugosas del evangelio de Jesús.

Tenía que ser en El Salvador. Porque en este país chiquito se ha ido gestando, amasada con sangre, una Iglesia grande, luz para muchos en el mundo. Tan grande esta Iglesia, tan recio ya el arbolito de mostaza, que nos dio a todos el fruto de un obispo como Monseñor Romero.

Esta Iglesia nos está dando también, como fruto sazonado, este modelo de sacerdote, que acompaña al pueblo y al ejército popular, haciendo presente en medio de una guerra de liberación la eucaristía, la comunidad de base, el grupo bíblico, el agua del bautismo, la palabra de esperanza. Haciendo presente al Dios de Jesús, al Jesús del evangelio.







Muerte y Vida en Morazán

Testimonio de un sacerdote

María López Vigil

UCA editores

